

El partido en la historia del movimiento obrero (I). De Marx a Gramsci.

Selección de textos a cargo de Joan Tafalla.
Para una sesión en la escuela de la Joventut comunista CJC.
29 de marzo de 2014.



ÍNDICE

Nota introductoria	3
Bibliografía i webgrafía	5
I. Karl Marx y Friedrich Engels, el partido, la independencia política del proletariado y su constitución como clase.	7
Extractos del Manifiesto del partido comunista (febrero de 1848).	7
Circular del Comité Central a la Liga Comunista (Marzo de 1850).	9
El reciente proceso de Colonia (1852)	10
Carta a Ferdinand Freiligrath, 29 de febrero de 1860.	12
Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864).	12
Instrucción sobre diversos problemas a los delegados del Consejo Central Provisional (1867)	13
Resolución de la conferencia inaugural de la AIT, Londres 1871.	13
Carta a FRIEDRICH BOLTE en Nueva York	13
II. El corte epistemológico: Karl Kautsky, la II internacional y la fundación del marxismo.	16
El programa socialista (La Lucha de clases-El programa de Erfurt)	16
III. V.I. Lenin. De ¿Qué hacer? (1902) al Testamento (1923). Una evolución.	20
<i>¿Qué hacer? (1902)</i>	20
El estado y la revolución (1917)	25
Discurso sobre el papel del Partido Comunista 23 de julio de 1920. Pronunciado en el II Congreso de la III Internacional.	32
Cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial. Informe pronunciado ante el IV Congreso de la Internacional Comunista el 13 de noviembre de 1922	34
Carta al Congreso. (22 dic. 1922 - 4 enero 1923)	35
IV. Antonio Gramsci. El partido como la fase más elevada de la autonomía de clase: la conquista de la hegemonía.	39
Antonio Gramsci. El partido y la revolución. (L'Ordine Nuovo, 27 de diciembre de 1919.)	39
Por una renovación del partido socialista. L'Ordine Nuovo, 8 de mayo de 1920.	41
Los partidos y la masa. L'Ordine Nuovo -diario-, 25 de septiembre de 1921.	45
Los partidos y la masa. L'Ordine Nuovo -diario-, 25 de septiembre de 1921. Continua del "Nuevo Príncipe".	47
Cuaderno de la Cárcel nº 13 § <23>. Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en los períodos de crisis orgánica.	51
Cuaderno de la Cárcel nº 13 § <36> 1932-1943. Sobre la burocracia.	55
Cuaderno de la Cárcel nº 2 § <75> 1929-1933. Robert Michels y su concepción del partido político.	57
Cuaderno de la Cárcel nº 3 (XX) § <48>. Espontaneidad y dirección consciente.	60
Cuaderno de la Cárcel nº 13 § <33>. <i>Sobre el concepto de partido político</i>	63
Cuaderno de la Cárcel nº 15 § <55> <i>Pasado y presente</i> . Una manifestación típica del pensamiento sectario.	63

Nota introductoria a esta selección.

Hace unos meses recibí el encargo de preparar una sesión de formación sobre el partido comunista del siglo XXI a celebrar en la escuela de formación de la juventud comunista (CJC), el próximo día 29 de marzo. Inicialmente, decliné la propuesta por dos motivos:

1. Será la lucha de clases lo que decidirá en cada país qué cosa será el partido comunista en el siglo XXI. Intento siempre mantenerme fiel al criterio marcado por los padres fundadores en un texto fundador: “Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan ni mucho menos en las ideas, en los principios forjados o descubiertos por ningún redentor de la humanidad”¹.
2. Aunque yo me hubiera hecho una idea acabada de lo que deba ser el partido comunista en el presente siglo, me abstendría de ir a predicar esa idea en el seno de una organización soberana de sus decisiones. Corresponde a los comunistas organizados decidir qué cosa será su partido en el presente y en el futuro.

En contrapartida, ofrecí exponer una revisión histórica de las ideas que se han formulado en más 160 años de la historia del movimiento obrero y comunista en Europa. Mi idea era exponer un recorrido desde Marx hasta Alvaro Cunhal, pasando por Engels, Kautsky, Lenin, Gramsci y Togliatti. Creo que el conocimiento de la rica experiencia del movimiento comunista puede ayudar a cualquier a reflexionar sobre la organización en la actualidad. Es evidente que la reflexión debe partir de nuestra sociedad, de nuestra clase obrera, de nuestra intervención colectiva en la realidad actual de nuestro país.

El estudio de la historia es un esfuerzo del que no podemos prescindir si queremos evitar descubrir de nuevo la sopa de ajo, repetir errores ya cometidos o tirar al basurero una elaboración que, con sus virtudes y defectos permitió obtener grandes victorias a la clase obrera durante el siglo XX. Como dice Raimon : quien pierde sus orígenes pierde la identidad.

Los organizadores de la escuela aceptaron esta propuesta. Trabajando en esta revisión me he dado cuenta de que es imposible y que sería incluso contraproducente abarcar tanto en el breve tiempo de que dispondremos para debatir. Así que he decidido dividir la exposición en dos partes. En esta primera, abordaré la elaboración del movimiento en Europa entre el Manifiesto Comunista y los Cuadernos de la Cárcel de Antonio Gramsci.

Si la sesión interesa, si los asistentes consideran que es útil, ya encontraremos la ocasión para exponer la ideas de Palmiro Togliatti y de Alvaro Cinhal sobre el partido comunista. Y para hacer un repaso al conjunto del movimiento en Europa.

Lo que sigue es una selección de textos. Para hacer viable la sesión del día 29 de marzo, solo he incluido las partes de los textos y aún recortadas, que hablan de la cuestión del partido. Se señala siempre con (...) el lugar donde se ha producido el recorte. Es aconsejable que cualquier comunista los lea enteros para no pensar esta cuestión fuera del contexto histórico.

¹ Karl Marx y Federico Engels, Manifiesto del partido comunista (febrero de 1848), véase infra, p. .

Las citas fuera de contexto engañan, no sirven. En la sesión del 29 de marzo intentaré explicar el contexto político y social de estos textos y comprender el recorrido que hacen en su dinámica histórica. Por el momento advertir que esta selección e, incluso los párrafos escogidos no es completada y, seguro, adolece de defectos. A pesar del intento de dar una visión de conjunto, seguro que la selección obedece a una reflexión cuyos méritos se deben a mi experiencia de trabajo militante durante 30 años en el PSUC y el PCC y, en los últimos 15 años en Espai Marx. Los defectos de la selección sólo pueden ser achacados a mi.

Nota final sobre el idioma. Estando la mayor parte de textos a mi alcance en castellano, he optado por ese idioma a la hora de hacer este dossier. Si mes es posible pondré a disposición de los lectores una traducción al catalán.

¡Buena lectura!

Joan Tafalla
Sabadell, 13 marzo 2014.



BIBLIOGRAFÍA Y WEBGRAFÍA

Orígen de los textos:

- Las obras citadas de Karl MARX, Federico ENGELS y V.I. LENIN han sido descargadas de <http://www.marxists.org/espanol/m-e/> y de <http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/escritos.htm>. El trabajo de estas webs es magnífico, aunque no exento de faltas de picaje, que he corregido en la medida de lo posible, confrontando los escritos con las ediciones en papel de dichas obras que obran en mi biblioteca o en la Biblioteca de Espai Marx, sita en el Casal Tres Voltes Rebel de Nou Barris (Barcelona).
- GRAMSCI, Antonio, Cuadernos de la Cárcel, edición crítica de Valentino Gerratana, primera edición en italiano 1975, traducción al castellano de Anan Maía Palos, México Ediciones Era, 1981. Disponibles en Internet en la biblioteca virtual de Espai Marx: *Els Arbres de Farenheit*: http://www.elsarbresdefarenheit.net/ca/index.php?view_doc=43. La página argentina <http://www.gramsci.org.ar/> da muchos de estos textos pero sin clasificar ni contextualizar.
- KAUTSKY, Karl, *Le programme socialiste* (La lutte des classes – Le programme d’Erfurt). Traduit de l’Allemand par L. Rémy, 1909. Librairie des sciences économiques et sociales. Marcel Rivière. 31 rue Jacob, Paris, 1909. El original de este libro se puede consultar en la Biblioteca de Espai Marx, sita en el Casal Tres Voltes Rebel, Passeig Urrutia 125 Barcelona, fue donado a la biblioteca por José Bailo Ramonde. La versión electrónica de esta edición se puede recuperar de la colección: "Les classiques des sciences sociales": http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html. Una utilísima biblioteca de textos de ciencias sociales en francés de la Universidad de Chicoutimi en Quebec.

Textos que me han ayudado en la selección de los textos:

CONCHEIRO, Elvira, *Federico Engels y el partido*, descargable en: <http://kmarx.wordpress.com/2012/10/10/federico-engels-y-el-partido/>

MIRAS, Joaquin, *Repensar la política. Refundar la izquierda*, Barcelona, El Viejo Topo, 2002.

MIRAS, Joaquin, *Repensar la política. Este texto es una ponencia presentada en las jornadas de reflexión sobre “La Refundación Republicana de la Izquierda”, organizadas en Cuenca*

<file:///Users/joantafallamonferrer/Downloads/repensar-la-politica.pdf>

MIRAS, Joaquin & TAFALLA, Joan, *La izquierda como problema*, Barcelona, El Viejo Topo, 2013. Se puede descargar en:

MIRAS, Joaquin & TAFALLA, Joan, *Rosa, Vladimir y la democracia*, Biblioteca Virtual Omegalfa. Descargable en: [file:///Users/joantafallamonferrer/Downloads/rosa-vladimir-y-la-democracia%20\(1\).pdf](file:///Users/joantafallamonferrer/Downloads/rosa-vladimir-y-la-democracia%20(1).pdf)

MIRAS, Joaquin & TAFALLA, Joan, *Dilemas del comunismo a caballo entre dos épocas* Descargable en: <http://www.espai-marx.net/ca?id=182>

PEREYRA, Carlos, *La idea de partido en Marx*, Cuadernos políticos, número 54/55, México, D.F., editorial Era, mayo-diciembre de 1988, pp. 69-75. Descargable en:

<http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.54-55/CP54-55.10.laideadepartidoenmarx.CarlosPereyra.pdf>

Riazanov, David, *Marx y Engels, Conferencias en la Academia socialista de Moscú, 1922.* Buenos Aires, Ediciones IPS, 2012.

ROSENBERG, Arthur, *Historia del bolchevismo*, traducción de José Aricó, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 70, 1977.

RUBEL Maximilien, *El partido proletario en Marx* (1961), in *Marx sin mito*, Barcelona, Ediciones Octaedro, 2003.

RUBEL Maximilien, *Crónica de Marx, Datos sobre su vida y su obra*, (1963), Barcelona, Editorial Anagrama, 1971.

RUBEL Maximilien, tres textos en *Marx critique du marxisme*, Paris, Préface de Louis Janover, Petite Bibliothèque Payot/ Critique de la politique, 2000, première édition, 1974. Texto 1: *La Charte de la première internationale*, pp.57-80 ; texto 2: *Le parti prolétarien*, pp. 269-282 y, texto 3: *Notes sur le prolétariat et sa mission*, pp. 283-292.



I

Karl Marx y Friedrich Engels, el partido, la independencia política del proletariado y su constitución como clase.

Extractos del Manifiesto del partido comunista (febrero de 1848).

I BURGUESES Y PROLETARIOS

Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad , es una historia de luchas de clases (...)

Sin embargo, el desarrollo de la industria no sólo nutre las filas del proletariado, sino que las aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas. Y al paso que la maquinaria va borrando las diferencias y categorías en el trabajo y reduciendo los salarios casi en todas partes a un nivel bajísimo y uniforme, van nivelándose también los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado. La competencia, cada vez más aguda, desatada entre la burguesía, y las crisis comerciales que desencadena, hacen cada vez más inseguro el salario del obrero; los progresos incesantes y cada día más veloces del maquinismo aumentan gradualmente la inseguridad de su existencia; las colisiones entre obreros y burgueses aislados van tomando el carácter, cada vez más señalado, de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para pertrecharse en previsión de posibles batallas. De vez en cuando estallan revueltas y sublevaciones.

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. (...)

Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, se ve minada a cada momento por la concurrencia desatada entre los propios obreros. Pero avanza y triunfa siempre, a pesar de todo, cada vez más fuerte, más firme, más pujante. (...)

Las colisiones producidas entre las fuerzas de la antigua sociedad imprimen nuevos impulsos al proletariado. (...)

Hasta ahora, todos los movimientos sociales habían sido movimientos desatados por una minoría o en interés de una minoría. El movimiento proletario es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa. El proletariado, la capa más baja y oprimida de la sociedad actual, no puede levantarse, incorporarse, sin hacer saltar, hecho añicos desde los cimientos hasta el remate, todo ese edificio que forma la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la campaña del proletariado contra la burguesía empieza siendo nacional. Es lógico que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía.

Al esbozar, en líneas muy generales, las diferentes fases de desarrollo del proletariado, hemos seguido las incidencias de la guerra civil más o menos embozada que se plantea en el seno de la sociedad vigente hasta el momento en que esta guerra civil

desencadena una revolución abierta y franca, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, echa las bases de su poder.

(...)

II PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No profesan principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario.

Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, prácticamente, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que ha de abocar el movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es idéntico al que persiguen los demás partidos proletarios en general: formar la conciencia de clase del proletariado, derrocar el régimen de la burguesía, llevar al proletariado a la conquista del Poder.

Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan ni mucho menos en las ideas, en los principios forjados o descubiertos por ningún redentor de la humanidad. Son todas expresión generalizada de las condiciones materiales de una lucha de clases real y vívida, de un movimiento histórico que se está desarrollando a la vista de todos. La abolición del régimen vigente de la propiedad no es tampoco ninguna característica peculiar del comunismo.

(...)

IV ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS OTROS PARTIDOS DE LA OPOSICION

Después de lo que dejamos dicho en el capítulo II, fácil es comprender la relación que guardan los comunistas con los demás partidos obreros ya existentes, con los cartistas ingleses y con los reformadores agrarios de Norteamérica.

Los comunistas, aunque luchando siempre por alcanzar los objetivos inmediatos y defender los intereses cotidianos de la clase obrera, representan a la par, dentro del movimiento actual, su porvenir. En Francia se alían al partido democrático-socialista contra la burguesía conservadora y radical, mas sin renunciar por esto a su derecho de crítica frente a los tópicos y las ilusiones procedentes de la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin ignorar que este partido es una mezcla de elementos contradictorios: de demócratas socialistas, a la manera francesa, y de burgueses radicales.

En Polonia, los comunistas apoyan al partido que sostiene la revolución agraria, como condición previa para la emancipación nacional del país, al partido que provocó la insurrección de Cracovia en 1846.

En Alemania, el partido comunista luchará al lado de la burguesía, mientras ésta actúe revolucionariamente, dando con ella la batalla a la monarquía absoluta, a la gran propiedad feudal y a la pequeña burguesía.

Pero todo esto sin dejar un solo instante de laborar entre los obreros, hasta afirmar en ellos con la mayor claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que separa a la burguesía del proletariado, para que, llegado el momento, los obreros alemanes se encuentren preparados para volverse contra la burguesía, como otras tantas armas, esas mismas condiciones políticas y sociales que la burguesía, una vez que triunfe, no tendrá más remedio que implantar; para que en el instante mismo en que sean derrocadas las clases reaccionarias comience, automáticamente, la lucha contra la burguesía.

(...)

Resumiendo: los comunistas apoyan en todas partes, como se ve, cuantos movimientos revolucionarios se planteen contra el régimen social y político imperante.

En todos estos movimientos se ponen de relieve el régimen de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos progresiva que revista, como la cuestión fundamental que se ventila.

Finalmente, los comunistas laboran por llegar a la unión y la inteligencia de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Abiertamente declaran que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una revolución comunista. Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero que ganar.

¡Proletarios de todos los Países, uníos! .

Karl Marx. Circular del Comité Central a la Liga Comunista (Marzo de 1850).

Hermanos:

Durante los últimos años de revolución (1848-1849) la Liga ha justificado plenamente su existencia. Primero: Por la vigorosa actividad de sus miembros; en todos los sitios donde se produjeron movimientos estuvieron en la vanguardia, en la Prensa, en las barricadas y en los campos de batalla del proletariado, como la única clase revolucionaria de la sociedad. Segundo: A través de la concepción que del alzamiento en conjunto tenía la Liga, según fue enunciado en la carta circular del Congreso Central Ejecutivo en 1847, y particularmente en el Manifiesto Comunista.

Esta concepción ha sido ratificada por los acontecimientos de los dos años últimos. De otra parte, los puntos de vista que respecto de las condiciones sociales actuales propagábamos nosotros en los primeros años de nuestra actuación en reuniones secretas y en escritos clandestinos son ahora del dominio público y se predicen en esquinas y plazas públicas.

Por otro lado, la primitiva y rígida organización de la Liga se ha perdido considerablemente; un gran número de miembros que han participado directamente en la revolución han venido a la conclusión de que ha pasado el tiempo de la organización secreta y que la propaganda pública sería suficiente. Varios distritos y Comunidades han perdido el contacto con el Comité Central y no lo reanudan.

Mientras el partido democrático, el partido de la pequeña burguesía, amplía y robustece su organización, el partido de la clase obrera pierde su cohesión o forma organizaciones locales para fines locales, y así se ve envuelto en el movimiento democrático

y cae bajo la influencia de la pequeña burguesía. Este estado de cosas debe terminar; la independencia de la clase trabajadora debe ser restablecida.

(...)

Esta reorganización sólo puede ser lograda por un enviado especial, y el Comité Central piensa que tiene una gran importancia el hecho de que nuestro delegado debe estar en viaje en el momento en que un nuevo alzamiento es inminente; precisamente cuando, por esta razón, el partido de la clase obrera debería estar fuertemente organizado y actuar unánime e independientemente, si no quiere ser de nuevo explotado y marchar a remolque de la burguesía, como en 1848.

(...)

Hemos visto que los demócratas vendrán al Poder en la primera fase del movimiento, y que serán obligados a proponer medidas de mayor o menor naturaleza socialista.

Se preguntarán qué medidas contrarias deberán ser propuestas por los trabajadores. Naturalmente, en el comienzo no podrán proponer las actuales medidas comunistas; pero se puede compelir a los demócratas a atacar el viejo orden social por tantos puntos como sea posible, perturbar sus procedimientos regulares, comprometerlos a ellos mismos y concentrar en las manos del Estado, en la proporción que se pueda, las fuerzas productivas, los medios de transporte, fábricas, ferrocarriles, etc. etc. Las determinaciones de los demócratas, los cuales en ningún caso son revolucionarios, sino simplemente reformistas, deben ser estimuladas hasta el punto de que se conviertan en ataques directos a la propiedad privada; así, por ejemplo, si la pequeña burguesía propone la incautación de los ferrocarriles y las fábricas, los trabajadores deben decir que, siendo estos ferrocarriles y estas fábricas propiedad de los reaccionarios, tienen que ser confiscados simplemente por el Estado y sin compensación. Si los demócratas proponen impuestos proporcionales, los trabajadores deben pedir impuestos progresivos; si los demócratas se declaran en favor de un impuesto progresivo moderado, los trabajadores deben insistir en un impuesto que paso a paso, gradualmente, signifique el hundimiento del gran capital; si los demócratas proponen la regulación de la Dieta Nacional, los trabajadores deben pedir la bancarrota del Estado.

(...)

Pero ellos mismos han de realizar la mayor parte del trabajo; necesitarán ser conscientes de sus intereses de clase y adoptar la posición de un partido independiente. No deben ser apartados de su línea de independencia proletaria por la hipocresía de la pequeña burguesía democrática. Su grito de guerra debe ser: "La Revolución permanente".

Londres, marzo de 1850.

F. Engels. El reciente proceso de Colonia (1852)

Londres, miércoles, 1 de diciembre de 1852

Seguramente, habrán recibido por los periódicos europeos numerosas informaciones del extraordinario proceso de Colonia, en Prusia, contra los comunistas [1], y sus resultados. Pero como ninguna de las informaciones da ni siquiera aproximadamente una relación fidedigna de los hechos, y como estos hechos proyectan clara luz sobre los medios políticos que tienen aherrojado el continente europeo, creo necesario volver a hablar de este proceso. El Partido Comunista, o proletario, lo mismo que otros partidos, ha perdido la posibilidad de organizarse legalmente en el continente por la supresión de los derechos de asociación y reunión. Además, sus dirigentes fueron exiliados de sus países. Pero ningún partido político

puede existir sin organización; y si la burguesía liberal, lo mismo que la pequeña burguesía democrática, eran capaces de suplir más o menos esa organización con su posición social, sus ventajas materiales y las relaciones diarias establecidas desde hacía tiempo entre sus miembros, el proletariado, en cambio, privado de esa posición social y de medios pecuniarios, estuvo necesariamente compelido a buscar esa organización en asociaciones secretas. Por eso, tanto en Francia como en Alemania surgió multitud de sociedades secretas que, a partir de 1849, fueron siendo descubiertas, una tras otra, por la policía, y perseguidas como confabulaciones. Muchas de estas asociaciones eran realmente complots para derrocar el gobierno existente, y es un cobarde quien no conspira bajo ciertas circunstancias, lo mismo que es un imbécil quien lo hace en otras distintas. Además, existían otras asociaciones que se planteaban otros fines más vastos y sublimes, asociaciones que sabían que el derrocamiento de los gobiernos existentes es sólo una etapa transitoria en la magna lucha que se avecinaba y que procuraban mantener unido y preparar el partido, cuyo núcleo estaba constituido por ellos, para el combate final y decisivo que acabará un día u otro para siempre con la dominación no sólo de los meros "tiranos", "déspotas" y "usurpadores" en Europa, sino también con un poder mucho mayor y más terrible que el de éstos: el del capital sobre el trabajo.

La organización del Partido Comunista de vanguardia en Alemania fue de esta índole. Según los principios de su Manifiesto (publicado en 1848) y con las tesis de la serie de artículos sobre Revolución y contrarrevolución en Alemania, publicados en The New York Daily Tribune, este partido jamás se forjó ilusiones de que podría hacer cuando quisiera y como se le antojara la revolución que ponga en práctica sus ideas. Ha estudiado las causas que motivaron los movimientos revolucionarios de 1848 y las que los condujeron a la derrota. Al reconocer que en el fondo de todas las luchas políticas está el antagonismo social de las clases, se aplicó a estudiar las condiciones bajo las que una clase de la sociedad puede y debe ser llamada a representar todos los intereses de una nación y, así, gobernarla políticamente. La historia ha mostrado al Partido Comunista cómo creció el poder de los primeros capitalistas acaudalados, tras la aristocracia terrateniente de la Edad Media, y cómo ellos asieron luego las riendas del gobierno; cómo fueron desplazadas la influencia social y la dominación política de este sector financiero de los capitalistas por la creciente fuerza de los capitalistas industriales desde el empleo del vapor, y cómo en el presente reclaman su turno en el poder otras dos clases más, la pequeña burguesía y los obreros industriales. La experiencia revolucionaria práctica de 1848-1849 confirmó los razonamientos de la teoría que condujo a la conclusión de que la democracia de los pequeños comerciantes y artesanos debía tener su turno antes que la clase obrera comunista pudiera esperar a establecerse permanentemente en el poder y destruir el sistema de esclavitud asalariada que la sujetaba al yugo de la burguesía. Así, la organización secreta de los comunistas no podía tener el objetivo directo de derrocar los gobiernos actuales de Alemania. No se formó para derrocar estos gobiernos, sino el gobierno insurreccional que tarde o temprano vendrá a sustituirlos. Cada uno de los miembros de la organización podrá apoyar enérgicamente en su día, y sin duda lo hará, el movimiento revolucionario contra el statu quo; pero la preparación de tal movimiento no puede ser objeto de la Liga de los Comunistas más que propagando las ideas comunistas entre las masas. La mayoría de los miembros de esta asociación comprende tan bien las bases de la misma que, cuando la ambición y el arribismo de algunos de sus miembros llevaron a las tentativas de convertirla en una organización conspiradora para hacer la revolución ex tempore fueron expulsados en seguida.

(...)

K. Marx.- Carta a Ferdinand Freiligrath, 29 de febrero de 1860.

Ante el equívoco que se había producido entre ellos, por una carta anterior de Marx en que quería involucrar a su amigo en la respuesta de Karl Vogt (demostrando la falsedad de la acusación de éste sobre la supuesta participación de Marx en la preparación de complotos revolucionarios y en la dirección de diversas sociedades secretas. Cf. K. Marx, El señor Vogt, Ed. Juan Pablo Mexio, 1977). Freiligrath había respondido a Marx que ya no mantenía, desde la disolución de la Liga, nexo alguno con el partido. A ello, Marx respondió:

“Te hago notar, ante todo, que desde noviembre de 1852, cuando a propuesta mía la Liga fue disuelta, nunca más pertenecí ni pertenezco a ninguna asociación, secreta o abierta, y, por consiguiente, hace ya ocho años que en este sentido, totalmente efímero de la palabra, el partido dejó de existir para mí [...] Recuerdas que recibí de los dirigentes de la Liga de Nueva York una carta en la que me pedían reorganizar la antigua Liga. Tardé un año en contestarles y finalmente les dije que desde 1852 no estoy ligado a ninguna organización y tengo el conocimiento profundo de que mi trabajo teórico es mucho más beneficioso para la clase obrera que la participación en organizaciones cuyo tiempo ha pasado en el continente [...]. Si tu eres poeta, yo soy crítico, y la verdad sea dicha, me basta con la experiencia de 1850-1852. La Liga, lo mismo que la Sociedad de las Estaciones y que centenares de otras sociedades, son sólo episodios en la historia del partido que nace espontáneamente, por doquier, de la sociedad moderna”. Y concluía: “Yo me he esforzado por disipar el equívoco de que por “partido” entendía la Liga, cuya existencia terminó hace ocho años, o la redacción de diario, que dejó de salir hace doce años. Por partido yo entendía el partido en el gran entido histórico del término”.

Cf. Marx a Ferdinand Freiligrath, del 29 de febrero de 1860, en Marx, K. y Engels, F. Collected Works, vol 41, Ed. International Publishers, n. Ytork, 1985, pp. 81-87).

K. Marx. Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864).

[...]

La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera. Así parece haberlo comprendido ésta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia, se han visto renacer simultáneamente estas aspiraciones y se han hecho esfuerzos simultáneos para reorganizar políticamente el partido de los obreros.

La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarles a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados. Guiados por este pensamiento, los trabajadores de los diferentes países, que se reunieron en un mitin público en Saint Martin's Hall el 28 de septiembre de 1864, han resuelto fundar la Asociación Internacional.

(...)

K. Marx. Instrucción sobre diversos problemas a los delegados del Consejo Central Provisional (1867)

1. ORGANIZACION DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL

El Consejo Central Provisional recomienda el plan de organización tal y como ha sido trazado en los Estatutos Provisionales. La experiencia de dos años prueba lo justo de dicho plan y las posibilidades de su adaptación a los diferentes países, sin perjuicio para la unidad de acción. Para el año próximo recomendamos que Londres sea la sede del Consejo Central, puesto que la situación en el continente no parece ser propicia para cambios.

Por supuesto, los miembros del Consejo Central serán elegidos por el Congreso (§ 5 de los Estatutos Provisionales), con derecho de cooptación.

El Secretario General será elegido en el Congreso por un año y será el único miembro pagado de la Asociación. Proponemos que se le paguen dos libras esterlinas por semana.

La contribución uniforme anual de cada individuo miembro de la Asociación será de medio penique (quizá un penique). El precio del carnet de miembro se pagará aparte.

(...)

K. Marx. Resolución de la conferencia inaugural de la AIT, Londres 1871.

“... vistas las consideraciones de los Estatutos originales, donde se dice: “La Emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo al que cualquier movimiento político debe subordinarse como un medio;

Vista la Conferencia inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores (1864) que dice: “La conquista del poder político es pues el primer deber de la clase obrera”;

Vista la Resolución del Congreso de Lausanne (1867). “La emancipación social de los Trabajadores es inseparable de su emancipación política”.

Considerando también:

Que contra este poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose ella misma en partido político distinto, opuesto a los viejos partidos formados por las clases poseedoras;

Que esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su fin supremo: la abolición de las clases.

Que la coalición de las fuerzas obreras ya obtenida por las luchas económicas ha de servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha contra el poder político y sus explotadores;

La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional:

Que en el estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política están indisolublemente unidos”.

Friedrich Engels. Sobre la acción política de la clase obrera=Acta hecha por el autor del discurso en la sesión de la Conferencia de Londres, el 21 de setiembre de 1871

“La abstención absoluta en política es imposible; todos los periódicos abstencionistas hacen también política. El quid de la cuestión consiste únicamente en cómo la hacen y qué política hacen. Por lo demás, para nosotros la abstención es imposible. El partido obrero existe ya como partido político en la mayoría de los países. Y no seremos nosotros los

que lo destruyamos predicando la abstención. La experiencia de la vida actual, la opresión política a que someten a los obreros los gobiernos existentes, tanto con fines políticos como sociales, les obligan a dedicarse a la política, quiéranlo o no. Predicarles la abstención significaría arrojarlos en los brazos de la política burguesa. La abstención es completamente imposible, sobre todo después de la Comuna de París, que ha colocado la acción política del proletariado a la orden del día.

Queremos la abolición de las clases. ¿Cuál es el medio para alcanzarla? La dominación política del proletariado. Y cuando en todas partes se han puesto de acuerdo sobre ello, ¡se nos pide que no nos mezclemos en la política! Todos los abstencionistas se llaman revolucionarios y hasta revolucionarios por excelencia. Pero la revolución es el acto supremo de la política; el que la quiere, debe querer el medio, la acción política que la prepara, que proporciona a los obreros la educación para la revolución y sin la cual los obreros, al día siguiente de la lucha, serán siempre engañados por los Favre y los Pyat. Pero la política a que tiene que dedicarse es la política obrera; el partido obrero no debe constituirse como un apéndice de cualquier partido burgués, sino como un partido independiente, que tiene su objetivo propio, su política propia.

Las libertades políticas, el derecho de reunión y de asociación y la libertad de la prensa: éstas son nuestras armas. Y ¿deberemos cruzarnos de brazos y abstenernos cuando quieran quitárnoslas? Se dice que toda acción política implica el reconocimiento del estado de cosas existente. Pero cuando este estado de cosas nos da medios para luchar contra él, recurrir a ellos no significa reconocer el estado de cosas existente”.

K. Marx.- Carta a FRIEDRICH BOLTE en Nueva York

[Londres], 23 de noviembre de 1871

...La Internacional fue fundada para remplazar las sectas socialistas o semisocialistas por una organización real de la clase obrera con vistas a la lucha. Los Estatutos iniciales y el Manifiesto Inaugural lo muestran a simple vista. Por otra parte, la Internacional no hubiera podido afirmarse si el espíritu de secta no hubiese sido ya aplastado por la marcha de la historia. El desarrollo del sectarismo socialista y el desarrollo del movimiento obrero real se encuentran siempre en proporción inversa. Las sectas están justificadas (históricamente) mientras la clase obrera aún no ha madurado para un movimiento histórico independiente. Pero en cuanto ha alcanzado esa madurez, todas las sectas se hacen esencialmente reaccionarias. Por cierto, en la historia de la Internacional se ha repetido lo que la historia general nos muestra en todas partes. Lo caduco tiende a restablecerse y a mantener sus posiciones dentro de las formas recién alcanzadas.

La historia de la Internacional también ha sido una lucha continua del Consejo General contra las sectas y los experimentos de diletantes que tendían a echar raíces en la Internacional contra el verdadero movimiento de la clase obrera. Esta lucha se ha librado en los congresos y, mucho más aún, en las reuniones especiales del Consejo General con las distintas secciones.

Como en París los prudhonistas (los mutualistas) figuraban entre los fundadores de la Asociación, tuvieron, naturalmente, las riendas en sus manos durante los primeros años. Posteriormente surgieron allí, como era lógico, grupos colectivistas, positivistas y otros que se opusieron a ellos.

[...]

...El movimiento político de la clase obrera tiene como último objetivo, claro está, la conquista del poder político para la clase obrera y a este fin es necesario, naturalmente, que la organización previa de la clase obrera, nacida en su propia lucha económica, haya alcanzado cierto grado de desarrollo.

Pero, por otra parte, todo movimiento en el que la clase obrera actúa como clase contra las clases dominantes y trata de forzarlas «presionando desde fuera», es un movimiento político. Por ejemplo, la tentativa de obligar mediante huelgas a capitalistas aislados a reducir la jornada de trabajo en determinada fábrica o rama de la industria es un movimiento puramente económico; por el contrario, el movimiento con vistas a obligar a que se decrete la ley de la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento político. Así pues, de los movimientos económicos separados de los obreros nace en todas partes un movimiento político, es decir, un movimiento de la clase, cuyo objeto es que se dé satisfacción a sus intereses en forma general, es decir, en forma que sea compulsoria para toda la sociedad. Si bien es cierto que estos movimientos presuponen cierta organización previa, no es menos cierto que representan un medio para desarrollar esta organización.

Allí donde la clase obrera no ha desarrollado su organización lo bastante para emprender una ofensiva resuelta contra el poder colectivo, es decir, contra el poder político de las clases dominantes, se debe, por lo menos, prepararla para ello mediante una agitación constante contra la política de las clases dominantes y adoptando una actitud hostil hacia ese poder. En caso contrario, la clase obrera será un juguete en sus manos, como lo ha demostrado la revolución de septiembre en Francia y como lo está, hasta cierto punto, demostrando el juego que aún hoy llevan con éxito en Inglaterra Gladstone y Cía.

II

El corte epistemológico: Karl Kautsky, la II internacional y la fundación del marxismo.

Kautsky extracto de El programa socialista (La Lucha de clases-El programa de Erfurt²)

Se reproducen a continuación extractos del apartado IX, titulado. “La lucha política”

Al propio tiempo que el proletariado forma sus primeras organizaciones de resistencia sobre el modelo de las organizaciones gremiales de los oficiales, sus primeros medios de combate son en los sitios en que se presenta en masa compacta, los mismos que empleaban los oficiales obreros: la puesta en el índice (boycot), y sobretodo la huelga.

Pero el proletariado no puede limitarse a estos procedimientos. A medida que las diferentes categorías de las que se compone se unen en una clase obrera única, sus luchas deben tomar una carácter político; puesto, como nos lo dice el manifiesto comunista, toda lucha de clase es una lucha política.

Las necesidades de la lucha puramente económica fuerzan ya a los obreros a presentar reivindicaciones políticas. Hemos visto que el Estado moderno considera como uno de sus deberes principales imposibilitar la organización de los asalariados. Pero la organización secreta (clandestina) nunca podrá ser más que un sucedáneo insuficiente de la organización pública; y esta observación es verdadera por el simple hecho de la cantidad de masas que se puede reunir en cada caso. A medida que el proletariado se desarrolla, aumenta la necesidad de libertad para unirse, para coaligarse.

Pero si se admite que es preciso que el proletariado constituya sus organizaciones tan completamente como sea posible y que se sirva de ellas de la manera más eficaz, la libertad política por si solo no es suficiente. Anteriormente señalamos lo fácil que resultaba reunirse para los oficiales. En cada ciudad, en cada profesión, había un número muy pequeño, concentrado habitualmente en una misma calle. Ello permitía que establecieran constantes relaciones personales. Una sala de la taberna era suficiente para reunir a todos los oficiales de un mismo oficio. Además, cada ciudad formaba por si misma una unidad económica. Los caminos eran malos, las relaciones entre ciudades eran poco frecuentes. Los oficiales aislados que viajaban entre ciudades eran suficientes para mantener la relaciones entre las diversas organizaciones locales.

Hoy en día, en los grandes centros industriales trabajan millares de obreros y la mayoría de ellos no conocen personalmente más que a algunos camaradas de trabajo, pero permanece extraña a la masa de sus colegas. Para hacer entrar en relación a esa masa, para despertar en ella la conciencia de su comunidad de intereses, es preciso poder hablar libremente y la libertad de reunión y de prensa son indispensables. Los oficiales no necesitaban la prensa. Para mantener sus poco complicadas relaciones, les bastaban las

² Karl Kautsky, *Le programme socialiste (La lutte des classes – Le programme d'Erfurt)*. Traduit de l'Allemand par L. Rémy, 1909. Librairie des sciences économiques et sociales. Marcel Rivière. 31 rue Jacob, Paris, 1909. El original de este libro se puede consultar en la Biblioteca de Espai Marx, sita en el Casal Tres Voltes Rebel, Passeig Urrutia 125 Barcelona, fue donado a la biblioteca por José Bailo Ramonde. La versión electrónica de esta edición se puede recuperar de la colección: "Les classiques des sciences sociales": http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html. Una utilísima biblioteca de textos de ciencias sociales en francés de la Universidad de Chicoutimi en Quebec. Este libro fue escrito originalmente en alemán, fue traducido al francés por L. Rémy en 1909; el apartado sobre el partido ha sido traducido del francés por Joan Tafalla en marzo de 2013). Téngase en cuenta que esa doble traducción que puede haber traicionado el sentido original de alguna expresión de Kautsky, aún salvando la voluntad de los traductores.

relaciones verbales. Pero actualmente es imposible, sin ayuda de la prensa, unir en organizaciones a las masas enormes del salariado moderno y llevarlas a una acción común.

Nuestra observación sirve a medida que los medios de transporte moderno se desarrollan. La facilidad de transportes es un arma poderosa para los capitalistas en su lucha contra los trabajadores. Les permite transportar rápidamente un gran número de trabajadores a grandes distancias. Si surge un conflicto entre empleadores y asalariados, los primeros pueden reemplazar fácilmente a éstos por fuerzas de trabajo extanjeras, si éstas no están en relación con los trabajadores interesados. El desarrollo de las comunicaciones conducen necesariamente a unir los movimientos obreros locales de los trabajadores de las diferentes corporaciones en un movimiento único que abraza a todo el proletariado militante de un mismo país e, incluso, de todos los países civilizados. Pero esta concentración nacional e internacional de los asalariados precisa aún más que la organización local de una prensa.

Por tanto, allá donde la clase obrera de pone en movimiento, allá donde trata de mejorar su situación económica, vemos que al lado de las reivindicaciones económicas ella pone igualmente reivindicaciones políticas, reclama la libertad de reunión, de asociación, de prensa. Estas libertades son muy importantes para la clase obrera; ellas forman parte de sus condiciones de existencia, son absolutamente indispensables para su desarrollo posterior. Aportan el aire y la luz al proletariado. Cualquiera que atente contra ellas o quiera desviar a los trabajadores de su conquista y desarrollo, debe ser clasificado entre los enemigos más peligrosos del proletariado, por mucho que demuestre quererle, se llame anarquista o socialista cristiano. Perjudica al proletariado tanto como sus enemigos declarados; poco importa que el actúe por malicia o por ignorancia. Se le debe combatir de la misma manera que a los adversarios reconocidos de la clase obrera.

Sin embargo se ha opuesto la lucha económica a la lucha política y se ha proclamado que era necesario que el proletariado se consagrarse exclusivamente a una u otra. En realidad, ambas luchas son inseparables. La lucha económica exige los derechos políticos que acabamos de enumerar; ellos no caen del cielo, para obtenerlos es preciso desplegar la actividad más energética. Pero la lucha política es en última instancia también una lucha económica; muchas veces tiene una causa económica directa como en el tema del salario, de la protección obrera, etc. La lucha política no es más que una forma particular, la más amplia, la más tajante, de la lucha económica.

A la clase obrera no sólo le interesan las leyes que le conciernen directamente; la gran mayoría de las demás disposiciones legales le interesan igualmente. Como las demás clases, la clase obrera debe esforzarse para adquirir una influencia, una potencia política y para poner el poder político a su disposición.

En los Estados modernos, dos vías permiten llegar a este resultado: de entrada la influencia ejercida sobre el soberano. (...). En un Estado moderno, las demás clases de la sociedad solo pueden ejercer esta influencia a través de un parlamento, elegido por ellas. Parlamento que fija las condiciones bajo las cuales ellas están dispuestas a para contribuir al mantenimiento del Estado. La facultad de rechazar el impuesto es la base del derecho a hacer o a rechazar leyes o derrocar los ministerios, derechos consentidos a todos los parlamentos que merezcan realmente ese nombre y no se limiten a ser la máscara del absolutismo.

Es preciso ignorar la legislación directa por parte del pueblo. Ella no puede, por lo menos en un gran Estado moderno, que es el caso que examinamos aquí, transformar el Parlamento en superfluo. La legislación directa por el pueblo puede, a lo máximo, corregir su acción en ciertos casos aislados. Es absolutamente imposible confiarle la tarea de elaborar todas las disposiciones legislativas; no se le puede confiar el control y en caso necesario la dirección del gobierno. Mientras exista el Estado moderno, el centro de acción será siempre el Parlamento.

La consecuencia última del parlamentarismo es la república parlamentaria. Poco importa que conserve, a título decorativo, la realeza como en Inglaterra, o que pase de ella. De hecho, en un país gobernado realmente siguiendo el método parlamentario, el gobierno depende completamente del Parlamento que es el que controla los cordones de la bolsa del dinero, que es el alma de toda empresa moderna. Y un rey sin dinero vale menos que un rey sin país.

(...)

No todos pueden ejercer la acción parlamentaria. Ésta supone una cierta habilidad que solo puede ser adquirida mediante una larga práctica, sobre todo la oratoria. Exige una visión general y la facultad de entender las cuestiones de interés nacional o internacional. La población campesina y la mayor parte de la pequeña burguesía no responden a estas condiciones y no pueden participar en la vida parlamentaria. YA hemos visto que el trabajo absorbe completamente a los miembros de estas clases. Además, el trabajo las aísla, separa a sus miembros, limita las relaciones de cada uno a un pequeño círculo. Su horizonte es, naturalmente, muy limitado, miden las cuestiones de importancia general según sus necesidades personales, o a lo sumo locales o momentáneas. Sus condiciones de existencia no sólo les impiden generar políticos parlamentarios si no que les impiden reunirse en partidos nacionales compactos (es decir en partidos que agrupen a toda una clase en el conjunto de la extensión de un país). Forman masas heterogéneas dominadas por la opinión del día. No sólo son incapaces de enviar al Parlamento hombres salidos de sus filas, si no que son incapaces de imponer un control severo de los hombres que eligen. Cuando los campesinos y los pequeño burgueses quieren estar representados en el Parlamento nunca envían a uno de ellos; si son liberales envían a un abogado o aun profesor; si son conservadores, envían a un gran terrateniente, a un cura o a un alto funcionario. Esta claro que un diputado de este suerte no es el representante más auténtico de los intereses de los artesanos y de los campesinos, por más que tuviera intenciones honestas. Además, corrientemente sus intenciones no son honestas de ningún modo. Una vez en el parlamento, puede hacer lo que desee, sus electores carecen de ningún medio para actuar sobre él. Como mucho pueden dejar de votarle en las siguientes elecciones para elegir a otro traidor.

No es nada extraño que los campesinos y los pequeño burgueses no tengan en mucha estima el parlamentarismo. Otra cosa pasa con la burguesía. Ella tiene todos los medios para defender sus intereses tanto durante la lucha electoral como en los debates parlamentarios. No solo dispone de recursos suficientes, si no que en sus filas existen numerosas personas instruidas, que conocen el mundo, que están habituados a administrar grandes organizaciones sociales, cuyo oficio es conocer las leyes, oradores, profesores y abogados. Desde este punto de vista, ninguna clase la iguala, ella ha gobernado los Parlamentos y, hasta estos últimos tiempos el parlamentarismo ha sido para ella el medio más eficaz, el más adecuado para asegurarse el poder en el Estado y para utilizar políticamente la fuerza de las clases inferiores.

El pequeño burgués radical, que quisiera dar el tiro de gracia al capitalismo, está dispuesto a ver en el parlamentarismo la razón principal que mantiene y perpetua la dominación de las clases inferiores. No quiere oír hablar de él y piensa que es separándose totalmente de él que como se puede derrocar a la burguesía. Unos piden el reemplazo completo del Parlamento por la legislación directa, los otros van aún más lejos. Reconociendo que en el estado moderno, política y parlamentarismo son inseparables, condenan toda acción política. La cosa puede tener un aspecto revolucionario, pero no es más que la derrota política de las clases inferiores.

Frente al parlamentarismo, el proletariado ocupa una posición más favorable que los campesinos y los pequeño burgueses. Ya hemos visto como el modo de producción moderno despierta en el proletario la sede de saber, la inteligencia de la totalidad de los fenómenos y

de las cuestiones de una importancia general. Por esta razón, como hombre político, él ya es superior al pequeño burgués o al campesino. Comprende fácilmente los principios de un partido, se inclina hacia la política de principios, no sufre la influencia de las opiniones del momento o de los intereses locales o personales. Las condiciones de existencia hacen aflorar en él una fuerte disciplina que él exige también a sus jefes, del mismo modo que éstos se la exigen a él. La acción en favor de las organizaciones proletarias y la acción en su seno es una excelente escuela parlamentaria; acostumbra a sus miembros a las formas parlamentarias, crea oradores, juristas, organizadores.

El proletariado es capaz de constituir un partido propio, independiente de las otras clases, como lo ha demostrado y se sabe bien en Alemania. Hasta el presente ni los pequeño burgueses ni los campesinos lo han conseguido aún ni lo conseguirán. Sabe ejercer su control sobre sus representantes y hacer que sirvan a sus intereses³. Por otra parte, en sus filas encontramos cada vez más gentes capaces de representarlo con éxito en el Parlamento.

Cuando el proletariado en tanto que clase consciente, toma parte en las luchas parlamentarias, en las elecciones y en la misma asamblea, el parlamentarismo empieza a cambiar de carácter. Deja de ser un simple medio de dominación de la burguesía. Estas luchas con, precisamente el medio más poderoso para sacudir a las capas más indiferentes del proletariado, para inspirarles confianza y esperanza. Ellas son el medio más poderoso para fundir las diversas categorías de proletarios en una clase única; en fin, ellas son el medio más poderoso de que dispone el proletariado para actuar sobre el gobierno y arrancarle las mayores concesiones que sean posibles en la situación actual. En resumen estas luchas son la palanca más poderosa para hacer salir al proletariado de su sumisión económica, social y moral.

Así pues, no solamente la clase obrera no tiene ninguna razón para permanecer ajena al parlamentarismo, si no que, por el contrario, tiene todos los motivos para fortificar el Parlamento en detrimento de la autoridad pública y de fortificar su representación en el Parlamento. El sufragio universal es la condición de desarrollo del proletariado, junto al derecho de asociación y a la libertad de prensa.

³ Se puede oponer a esta afirmación la conducta de los « diputados obreros » ingleses, que han solidado traicionar a la clase obrera en el parlamento. Pero estos señores no deben su elección a la mayoría de la clase obrera si no a una aristocracia del trabajo, corporativa, arrogante, que quiere elevarse por encima del proletariado. M. Broadhurst y consortes han actuado siempre conforme a las intenciones de tamaños comitentes.

III

Lenin. De *¿Qué hacer?* (1902) al *Testamento* (1923). Una evolución.

V. I. Lenin *¿Qué hacer?* (1902)

(...) III.

Política tradeunionista y política socialdemócrata

(...)

Durante los últimos tiempos, la inmensa mayoría de los socialdemócratas rusos han estado absorbida casi enteramente por esta labor de organización de las denuncias de los abusos cometidos en las fábricas. Basta con recordar Rab. Mysl para ver a qué extremo había llegado esa absorción y cómo se olvidaba que semejante actividad, por sí sola, no era aún, en el fondo, socialdemócrata, sino sólo tradeunionista. En realidad, las denuncias no se referían más que a las relaciones de los obreros de un oficio determinado con sus patronos respectivos, y lo único que lograban era que los vendedores de la fuerza de trabajo aprendieran a vender a mejor precio esta "mercancía" y a luchar contra los compradores en el terreno de las transacciones puramente comerciales. Estas denuncias podían convertirse (siempre que las aprovechara en cierto grado la organización de los revolucionarios) en punto de partida y elemento integrante de la actividad socialdemócrata, pero podían conducir también (y, con el culto a la espontaneidad, debían conducir) a la lucha "exclusivamente sindical" y a un movimiento obrero no socialdemócrata. La socialdemocracia dirige la lucha de la clase obrera no sólo para conseguir ventajosas condiciones de venta de la fuerza de trabajo, sino para destruir el régimen social que obliga a los desposeídos a venderse a los ricos. La socialdemocracia representa a la clase obrera en sus relaciones no sólo con un grupo determinado de patronos, sino con todas las clases de la sociedad contemporánea, con el Estado como fuerza política organizada. Se comprende, por tanto, que, lejos de poder limitarse a la lucha económica, los socialdemócratas no pueden ni admitir que la organización de denuncias económicas constituya su actividad predominante. Debemos emprender una intensa labor de educación política de la clase obrera, de desarrollo de su conciencia política. (...)

Cabe preguntar: ¿en qué debe consistir la educación política? ¿Podemos limitarnos a propagar la idea de que la clase obrera es hostil a la autocracia? Está claro que no. No basta con explicar la opresión política de que son objeto los obreros (de la misma manera que era insuficiente explicarles el antagonismo entre sus intereses y los de los patronos). Hay que hacer agitación con motivo de cada hecho concreto de esa opresión (como hemos empezado a hacerla con motivo de las manifestaciones concretas de opresión económica). Y puesto que las más diversas clases de la sociedad son víctimas de esta opresión, puesto que se manifiesta en los más diferentes ámbitos de la vida y de la actividad sindical, cívica, personal, familiar, religiosa, científica, etc., ¿no es evidente que incumpliríamos nuestra misión de desarrollar la conciencia política de los obreros si no asumíramos la tarea de organizar una campaña de denuncias políticas de la autocracia en todos los aspectos? Porque para hacer agitación con motivo de las manifestaciones concretas de la opresión es preciso denunciar esas manifestaciones (lo mismo que para hacer agitación económica era necesario denunciar los abusos cometidos en las fábricas).

(...)

La socialdemocracia revolucionaria siempre ha incluido e incluye en sus actividades la lucha por las reformas. Pero no utiliza la agitación "económica" exclusivamente para reclamar del gobierno toda clase de medidas: la utiliza también (y en primer término) para exigir que deje de ser un gobierno autocrático. Además, considera su deber presentar al

gobierno esta exigencia no sólo en el terreno de la lucha económica, sino asimismo en el terreno de todas las manifestaciones en general de la vida sociopoética. En una palabra, subordina la lucha por las reformas como la parte al todo, a la lucha revolucionaria por la libertad y el socialismo. En cambio, Martínov resucita en una forma distinta la teoría de las fases, tratando de prescribir infaliblemente la vía económica, por decirlo así, del desarrollo de la lucha política. Al propugnar en un momento de efervescencia revolucionaria que la lucha por reformas es una "tarea" especial, arrastra al partido hacia atrás y hace el juego al oportunismo "economista" y liberal.

(...)

Tomemos aunque sólo sean los mismos ejemplos citados por el propio Martínov acerca de las "medidas" contra el desempleo y el hambre. Mientras Rab. Dielo se ocupa, según promete, de estudiar y elabora "reivindicaciones concretas (¿en forma de proyectos de ley?) de medidas legislativas y administrativas" que "prometan resultados palpables", Iskra, "que considera siempre más importante revolucionar el dogma que revolucionar la vida", ha tratado de explicar el nexo indisoluble que une el desempleo con todo el régimen capitalista, advirtiendo que "el hambre es inminente", denunciando "la lucha de la policía contra los hambrientos", así como el indignante Reglamento provisional de trabajos forzados, y Zariá ha publicado en separata como folleto de agitación, la parte de su Crónica de la vida interiordedicada al hambre. Pero, Dios mío, ¡qué "unilaterales" han sido esos ortodoxos de incorregible estrechez, esos dogmáticos sordos a los imperativos de la "vida misma"! ¡Ni uno solo de sus artículos ha contenido - ¡qué horror! – ni una sola, ¡imagínense ustedes!, ni siquiera una sola "reivindicación concreta" que "prometa resultados palpables"! ¡Desgraciados dogmáticos! ¡Hay que llevarlos a aprender de los Krichevski y los Martínov para que se convenzan de que la táctica es el proceso del crecimiento, de lo que crece, etc., de que es necesario dar a la lucha económica misma un carácter político!

(...)

La conciencia de la clase obrera no puede ser una verdadera conciencia política si los obreros no están acostumbrados a hacerse eco de todos los casos de arbitrariedad y de opresión, de todos los abusos y violencias, cualesquiera que sean las clases afectadas; a hacerse eco, además, desde el punto de vista socialdemócrata, y no desde algún otro.. la conciencia de las masas obreras no puede ser una verdadera conciencia de clase si los obreros no aprenden –basándose en hechos y acontecimientos políticos concretos y, además, actuales sin falta – a observar a cada una de las otras clases sociales en todas las manifestaciones de su vida intelectual, moral y política; si no aprenden a hacer un análisis materialista y una apreciación materialista de todos los aspectos de la actividad y la vida de todas las clases, sectores y grupos de la población. Quien orienta la atención, la capacidad de observación y la conciencia de la clase obrera de manera exclusiva –o, aunque sólo sea con preferencia – hacia ella misma, no es un socialdemócrata, pues el conocimiento de la clase obrera por sí misma está ligado de modo indisoluble a la completa claridad no sólo de los conceptos teóricos ... o mejor dicho: no tanto de los conceptos teóricos como de las ideas, basadas en la experiencia de la vida política, sobre las relaciones entre todas las clases de la sociedad actual. Por eso es tan nociva y tan reaccionaria, dada su significación práctica, la prédica de nuestros "economistas" de que la lucha económica es el medio que se puede aplicar con más amplitud para incorporar a las masas al movimiento político. Para llegar a ser un socialdemócrata, el obrero debe formarse una idea clara de la naturaleza económica y de la fisonomía social y política del terrateniente y del cura, del dignatario y del campesino, del estudiante y del desclásado, conocer sus lados fuertes y sus puntos flacos; saber orientarse entre los múltiples sofismas y frases en boga, con los que cada clase y cada sector social encubre sus apetitos egoístas y su verdadera "entraña"; saber distinguir qué instituciones y leyes reflejan tales o cuales intereses y cómo lo hacen. Mas esa "idea clara" no se puede encontrar en ningún libro:

pueden proporcionarla únicamente las escenas de la vida y las denuncias, mientras los hechos están recientes, de cuanto sucede alrededor nuestro en un momento dado; de lo que todos y cada uno hablan –o, por lo menos, cuchichean – a su manera; de lo que revelan determinados acontecimientos, cifras, sentencias judiciales, etc., etc., etc. Estas denuncias políticas omnímodas son condición indispensable y fundamental para infundir actividad revolucionaria a las masas.

¿Por qué el obrero ruso muestra todavía poca actividad revolucionaria frente al salvajismo con que la policía trata al pueblo, frente a las persecuciones de las sectas, los castigos corporales impuestos a los campesinos, los abusos de la censura, las torturas de los soldados, la persecución de las iniciativas culturales más inofensivas, etc.? ¿No será porque la "lucha económica" no le "incita a pensar" en ello, porque le "promete" pocos "resultados palpables", porque le ofrece pocos elementos "positivos"? No; semejante juicio, repetimos, no es sino una tentativa de achacar las culpas propias a otros, imputar el filisteísmo propio (y también el bernsteinianismo) a la masa obrera. Debemos culparnos a nosotros mismos, a nuestro atraso con respecto al movimiento de las masas, de no haber sabido aún organizar denuncias lo suficiente amplias, brillantes y rápidas contra todas esas ignominias. Si lo hacemos (y debemos y podemos hacerlo), el obrero más atrasado comprenderá o sentirá que el estudiante y el miembro de una secta religiosa, el mujik y el escritor son vejados y atropellados por esa misma fuerza tenebrosa que tanto le opprime y le sojuzga a él en cada paso de su vida. Al sentirlo, él mismo querrá reaccionar, sentirá un deseo incontenible de hacerlo; y entonces sabrá armar hoy un escándalo a los censores, manifestarse mañana ante la casa del gobernador que haya sofocado un levantamiento campesino, dar pasado mañana una lección a los gendarmes con sotana que desempeñan la función del Santo Oficio, etc. Hemos hecho todavía muy poco, casi nada, para lanzar entre las masas obreras denuncias omnímodas y actuales. Muchos de nosotros ni siquiera comprendemos aún esta obligación suya y seguimos espontáneamente tras la "monótona lucha cotidiana" en el estrecho marco de la vida fabril. En tales condiciones decir que "Iskra tiene la tendencia a rebajar la importancia de la marcha ascendente de la monótona lucha cotidiana, en comparación con la propaganda de ideas brillantes y acabadas" (Martínov, pág. 61), significa arrastrar al partido hacia atrás, defender y ensalzar nuestra falta de preparación, nuestro atraso.

En lo que respecta al llamamiento a las masas para la acción, éste surgirá por sí mismo siempre que haya enérgica agitación política y denuncias vivas y aleccionadoras. Pillar a alguien en flagrante delito y estigmatizarlo en el acto ante todo el mundo y en todas partes es más eficaz de cualquier "llamamiento" e influye a veces de tal modo que después es incluso imposible decir con exactitud quién "llamó" a la muchedumbre y quién propuso tal o cual plan de manifestación, etc. Se puede llamar a una acción – en el sentido concreto de la palabra, y no en el sentido general – sólo en el lugar mismo donde la acción se lleve a cabo; y puede hacerlo únicamente quien va a obrar en el acto. Y nuestra misión de publicistas socialdemócratas consiste en ahondar, extender e intensificar las denuncias políticas y la agitación política.

(...) Ustedes, los intelectuales, pueden adquirir estos conocimientos y tienen el deber de proporcionárnoslos cien y mil veces más que hasta ahora; además, deben proporcionárnoslos no sólo en forma de razonamientos, folletos y artículos (que a menudo – ¡disculpen al franqueza! – suelen ser algo aburridos), sino indispensablemente en forma de denuncias vivas de cuanto hacen nuestro gobierno y nuestras clases dominantes en estos momentos en todos los aspectos de la vida. Cumplan con mayor celo esta obligación suya y hablen menos de "elevar la actividad de la masa obrera". ¡Nuestra actividad es mucho de lo que ustedes suponen y sabemos sostener, por medio de la lucha abierta en la calle, incluso las reivindicaciones que no prometen ningún "resultado palpable"! Y no son ustedes los llamados a "elevar" nuestra actividad, pues ustedes mismos carecen precisamente de esa

actividad. ¡Póstrense menos ante la espontaneidad y piensen más en elevar su propia actividad, señores!

(...)

Al obrero se le puede dotar de conciencia política de clase sólo desde fuera, es decir, desde fuera de la lucha económica, desde fuera del campo de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera de que se pueden extraer esos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y sectores sociales con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí. Por eso, a la pregunta de qué hacen para dotar de conocimientos políticos a los obreros no se puede dar únicamente la respuesta con que se contentan, en la mayoría de los casos, los militantes dedicados a la labor práctica, sin hablar ya de quienes, entre los, son propensos al "economismo", a saber: "Hay que ir a los obreros". Para aportar a los obreros conocimientos políticos, los socialdemócratas deben ir a todas las clases de la población, deben enviar a todas partes destacamentos de su ejército.

Si empleamos adrede esta fórmula tosca y nos expresamos adrede de una forma simplificada y tajante, no es en modo alguno por el deseo de decir paradojas, sino para "incitar" a los "economistas" a pensar en las tareas que desdeñan de manera tan imperdonable y en la diferencia – que ellos no quieren comprender – entre la política tradeunionista y la política socialdemócrata. Por eso rogamos al lector que no se impaciente y nos escuche con atención hasta el final.

Tomemos el tipo del círculo socialdemócrata más difundido en los últimos años y examinemos su actividad. "Está en contacto con los obreros" y se conforma con eso, editando hojas que fustigan los abusos cometidos en las fábricas, la parcialidad del gobierno con los capitalistas y las violencias de la policía; en las reuniones con los obreros, los límites de estos mismos temas; sólo muy de tarde en tarde se pronuncian conferencias y charlas acerca de la historia del movimiento revolucionario, la política interior y exterior de nuestro gobierno, la evolución económica de Rusia y de Europa, la situación de las distintas clases en la sociedad contemporánea, etc.; nadie piensa en establecer y desenvolver de manera sistemática relaciones con otras clases de la sociedad. En el fondo, los componente de un círculo de este tipo conciben al militante ideal, en la mayoría de los casos, mucho más parecido a un secretario de tradeunión que a un jefe político socialista. Porque el secretario de cualquier tradeunión inglesa., por ejemplo, ayuda siempre a los obreros a sostener la lucha económica, organiza la denuncia de los abusos en las fábricas, explica la injusticia de las leyes y disposiciones que restringen la libertad de huelga y la libertad de colocar piquetes cerca de las fábricas (para avisar a todos que en la fábrica dada se han declarado en huelga), explica la parcialidad de los árbitros pertenecientes a las clases burguesas del pueblo, etc., etc. En una palabra, todo secretario de tradeunión sostiene y ayuda a sostener "la lucha económica contra los patrones y el gobierno". Y jamás se insistirá bastante en que esto no es aún socialdemocracia, que el ideal del socialdemócrata no debe ser el secretario de tradeunión, sino el tribuno popular, que sabe reaccionar ante toda manifestación de arbitrariedad de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea el sector o la clase social a que afecte; que sabe sintetizar todas estas manifestaciones en un cuadro único de la brutalidad policíaca y de la explotación capitalista; que sabe aprovechar el hecho más pequeño para exponer ante todos sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar a todos y cada uno la importancia histórica universal de la lucha emancipadora del proletariado. (...)

Debemos "ir a todas las clases de la población" como teóricos, como propagandistas, como agitadores y como organizadores. Nadie pone en duda que la labor teórica de los socialdemócratas debe orientarse a estudiar todas las peculiaridades de la situación social y política de las diversas clases. Pero se hace muy poco, poquísimo, en este sentido, desproporcionadamente poco si se compara con la labor tendiente a estudiar las

peculiaridades de la vida fabril. En los comités y en los círculos podemos encontrar personas que incluso estudian a fondo especialmente algún ramo de la siderurgia; pero apenas encontrarán ejemplos de miembros de las organizaciones que (obligados por una u otra razón, como sucede a menudo, a retirarse de la labor práctica) se dediquen de manera especial a reunir datos sobre algún problema actual de nuestra vida social y política que pueda servir emotivo para desplegar una labor socialdemócrata entre todos sectores de la población. Cuando se habla de la poca preparación de la mayoría de los actuales dirigentes del movimiento obrero, es forzoso recordar asimismo la preparación en este aspecto, pues está ligada también a la concepción "economista" del "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria". Pero lo principal, por supuesto, es la propaganda y la agitación entre todos los sectores de la población. El socialdemócrata de Europa Occidente ve facilitada esta labor por las reuniones y asambleas populares, a las que asisten cuantos lo deseen, y por la existencia del Parlamento, en el cual el representante socialdemócrata habla ante los diputados de todas las clases. En nuestro país no tenemos ni Parlamento ni libertad de reunión; pero sabemos, sin embargo, organizar reuniones con los obreros que quieren escuchar a un socialdemócrata. Debemos saber también organizar reuniones con los componentes de todas las clases de la población que deseen escuchar a un demócrata. Porque no es socialdemócrata quien olvida en la práctica que "los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario"; que, por ello, debemos exponer y recalcar ante todo el pueblo los objetivos democráticos generales, sin ocultar en ningún momento nuestras convicciones socialistas. No es socialdemócrata quien olvida en la práctica que su deber consiste en ser el primero en plantear, acentuar y resolver todo problema democrático general.

(...)

Ese auditorio ideal para las denuncias políticas es precisamente la clase obrera, que necesita, primero y principalmente, amplios y vivos conocimientos políticos y que es la más capaz de transformar estos conocimientos en lucha activa, aunque no prometa ningún "resultado palpable". Ahora bien, la tribuna para estas denuncias ante todo el pueblo sólo puede ser un periódico central para toda Rusia. "Sin un órgano político es inconcebible en la Europa contemporánea un movimiento que merezca el nombre de movimiento político", y en este sentido por Europa contemporánea hay que entender también, sin duda alguna, a Rusia. La prensa se ha convertido, en nuestro país, desde hace ya mucho, en una fuerza; de lo contrario, el gobierno no gastaría decenas de miles de rublos en sobornarla y en subvencionar a los Katlov y los Mescherski de toda laya. Y en la Rusia autocrática no es una novedad que la prensa clandestina rompa los candados de la censura y oblige a hablar públicamente de ella a los órganos legales y conservadores. (...)

En nuestros días podrá convertirse en vanguardia de las fuerzas revolucionarias sólo el partido que organice campañas de denuncias de verdad ante todo el pueblo. Las palabras "todo el pueblo" encierran un gran contenido. (...) Para lograr que las personas ajenas nos consideren una fuerza política debemos trabajar mucho y con tenacidad a fin de elevar nuestro grado de conciencia, nuestra iniciativa y nuestra energía, pues no basta con pegar el marbete de "vanguardia" a una teoría y una práctica de retaguardia.

Pero los admiradores demasiado celoso del "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria" nos preguntarán y nos preguntan ya: si debemos encargarnos de organizar denuncias verdaderamente ante todo el pueblo sobre los abusos cometidos por el gobierno, ¿en qué se manifestará entonces el carácter de clase de nuestro movimiento? ¡Pues precisamente en que seremos nosotros, los socialdemócratas, quienes organizaremos esas campañas de denuncias ante todo el pueblo; en que todos los problemas plantados en nuestra agitación serán esclarecidos desde un punto de vista socialdemócrata firme, sin ninguna indulgencia para las deformaciones, intencionadas o no, del marxismo; en que esta polifacética agitación política será realizada por un partido que une en un todo indivisible la

ofensiva contra el gobierno en nombre del pueblo entero, la educación revolucionaria del proletariado –salvaguardando al mismo tiempo su independencia política -, la dirección de la lucha económica de la clase obrera y la utilización de sus conflictos espontáneos con sus explotadores, conflictos que ponen en pie y atraen sin cesar a nuestro campo a nuevos sectores proletarios!

(...) Sí, sí, se nos ha acabado, en efecto, toda la "pacienza" para "esperar" los días felices que nos prometen desde hace mucho los "conciliadores" de toda clase, en los cuales nuestros "economistas" dejarán de imputar su propio atraso a los obreros y de justificar su insuficiente energía con una pretendida insuficiencia de fuerzas de los obreros. Preguntamos a nuestros "economistas": ¿en qué debe consistir la "acumulación de fuerzas por los obreros para esta lucha"? ¿No es evidente que consiste en dar educación política a los obreros, en denunciar ante ellos todos los aspectos de nuestra abyecta autocracia? ¿Y no está claro que justamente para esta labor necesitamos tener "aliados entre los liberales y los intelectuales" dispuestos a compartir con nosotros sus denuncias de la campaña política contra la gente de los zemstvos, los maestros, estadísticos, estudiantes, etc.? ¿Será, en realidad, tan difícil de comprender esta asombrosa "treta"? ¿No les viene repitiendo P.B. Axelrod, ya desde 1897, que "el problema de que los socialdemócratas rusos conquisten adictos y aliados directos o indirectos entre las clases no proletarias se resuelve, ante todo y sobre todo, por el carácter de la propaganda que se hace en el seno del proletariado mismo"? ¡Pero no obstante, los Martínov y demás "economistas" siguen creyendo que los obreros deben primero, por medio de "la lucha económica contra los patronos y el gobierno", acumular fuerzas (para la política tradeunionista) y sólo después "pasar", según parece, del tradeunionista "infundir actividad" a la actividad socialdemócrata!

(...)

V.I. Lenin. El estado y la revolución (1917)

Capítulo III - El estado y la revolución. La experiencia de la comuna de paris de 1871. El análisis de Marx

1. ¿EN QUE CONSISTE EL HEROISMO DE LA TENTATIVA DE LOS COMUNEROS?

(...)

Marx veía en aquelmovimiento revolucionario de masas, aunque éste no llegó a alcanzar sus objetivos, una experiencia histórica de grandiosa importancia, un cierto paso hacia adelante de la revolución proletaria mundial, un paso práctico más importante que cientos de programas y de raciocinios. Analizar esta experiencia, sacar de ella las enseñanzastácticas, revisar a la luz de ella su teoría: he aquí cómo concebía su misión Marx. La única "corrección" que Marx consideró necesario introducir en el "Manifiesto Comunista" fue hecha por él a base de la experiencia revolucionaria de los comuneros de París. El último prólogo a la nueva edición alemana del "Manifiesto Comunista", suscrito por sus dos autores, lleva la fecha de 24 de junio de 1872. En este prólogo, los autores, Carlos Marx y Federico Engels, dicen que el programa del "Manifiesto Comunista" está "ahora anticuado en ciertos puntos".... La Comuna ha demostrado, sobre todo -- continúan --, que *la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines. . .* " Las palabras puestas entre asteriscos, en esta cita, fueron tomadas por sus autores de la obra de Marx "La guerra civil en Francia". Así, pues, Marx y Engels atribuían una importancia tan gigantesca a esta enseñanza fundamental y principal de la Comuna de Paris, que la introdujeron como corrección esencial en el "Manifiesto Comunista". Es sobremanera característico que

precisamente esta corrección esencial haya sido tergiversada por los oportunistas y que su sentido sea, probablemente, desconocido de las nueve décimas partes, si no del noventa y nueve por ciento de los lectores del "Manifiesto Comunista". De esta tergiversación trataremos en detalle más abajo, en el capítulo consagrado especialmente a las tergiversaciones. Aquí, bastará señalar que la manera corriente, vulgar, de "entender" las notables palabras de Marx citadas por nosotros consiste en suponer que Marx subraya aquí la idea del desarrollo lento, por oposición a la toma del Poder por la violencia, y otras cosas por el estilo. En realidad, es precisamente lo contrario. El pensamiento de Marx consiste en que la clase obrera debe destruir, romper la "máquina estatal existente" y no limitarse simplemente a apoderarse de ella.

El 12 de abril de 1871, es decir, justamente en plena Comuna, Marx escribió a Kugelmann: "Si te fijas en el último capítulo de mi '18 Brumario', verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa, no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como se venia haciendo hasta ahora, sino romperla [subrayado por Marx; en el original *zerbrechen*], y ésta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente. En esto, precisamente, consiste la tentativa de nuestros heroicos camaradas de Paris" (pág. 709 de la revista "Neue Zeit", t. XX, I, año 1901-1902). (Las cartas de Marx a Kugelmann han sido publicadas en ruso no menos que en dos ediciones, una de ellas redactada por mi y con un prólogo mío.) En estas palabras: "romper la máquina burocrático-militar del Estado", se encierra, concisamente expresada, la enseñanza fundamental del marxismo en punto a la cuestión de las tareas del proletariado en la revolución respecto al Estado. ¡Y esta enseñanza es precisamente la que no sólo olvida en absoluto, sino que tergiversa directamente la "interpretación" imperante, kautskiana, del marxismo! En cuanto a la referencia de Marx al "18 Brumario", más arriba hemos citado en su integridad el pasaje correspondiente.

Interesa señalar especialmente dos lugares en el mencionado pasaje de Marx. En primer término, Marx limita su conclusión al continente. Esto era lógico en 1871, cuando Inglaterra era todavía un modelo de país netamente capitalista, pero sin militarismo y, en una medida considerable, sin burocracia. Por eso, Marx excluía a Inglaterra, donde la revolución, e incluso una revolución popular, se consideraba y era entonces posible sin la condición previa de destruir "la máquina estatal existente". Hoy, en 1917, en la época de la primera gran guerra imperialista, esta limitación hecha por Marx no tiene razón de ser. Inglaterra y Norteamérica, los más grandes y los últimos representantes -- en el mundo entero -- de la "libertad" anglosajona, en el sentido de ausencia de militarismo y de burocratismo, han ido rodando completamente al inmundo y sangriento pantano, común a toda Europa, de las instituciones burocrático-militares, que todo lo someten y lo aplastan. Hoy, también en Inglaterra y en Norteamérica es "condición previa de toda revolución verdaderamente popular" el romper, el destruir la "máquina estatal existente" (y que allí ha alcanzado, en los años de 1914 a 1917, la perfección "europea", la perfección común al imperialismo). En segundo lugar, merece especial atención la observación extraordinariamente profunda de Marx de que la destrucción de la máquina burocrático-militar del Estado es "condición previa de toda revolución verdaderamente popular". Este concepto de revolución "popular" parece extraño en boca de Marx, y los plejanovistas y mencheviques rusos, estos secuaces de Struve que quieren hacerse pasar por marxistas, podrían tal vez explicar esta expresión de Marx como un "lapsus". Han reducido el marxismo a una deformación liberal tan mezquina, que, para ellos, no existe más que la antítesis entre revolución burguesa y proletaria, y hasta esta antítesis la comprenden de un

modo increíblemente escolástico. Si tomamos como ejemplos las revoluciones del siglo XX, tendremos que reconocer como burguesas, naturalmente, también las revoluciones portuguesa y turca. Pero ni la una ni la otra son revoluciones "populares", pues ni en la una ni en la otra actúa perceptiblemente, de un modo activo, por propia iniciativa, con sus propias reivindicaciones económicas y políticas, la masa del pueblo, la inmensa mayoría de éste. En cambio, la revolución burguesa rusa de 1905 a 1907, aunque no registrase éxitos tan "brillantes" como los que alcanzaron en ciertos momentos las revoluciones portuguesa y turca, fue, sin duda, una revolución "verdaderamente popular", pues la masa del pueblo, la mayoría de éste, las "más bajas capas" sociales, aplastadas por el yugo y la explotación, levantáronse por propia iniciativa, estamparon en todo el curso de la revolución el sello de sus reivindicaciones, de sus intentos de construir a su modo una nueva sociedad en lugar de la sociedad vieja que era destruida. En la Europa de 1871, el proletariado no formaba la mayoría ni en un solo país del continente. Una revolución "popular", que arrastrase al movimiento verdaderamente a la mayoría, sólo podía serlo aquella que abarcase tanto al proletariado como a los campesinos. Ambas clases formaban en aquel entonces el "pueblo". Ambas clases están unidas por el hecho de que la "máquina burocrático-militar del Estado" las opprime, las esclaviza, las explota. Destruir, romper esta máquina: tal es el verdadero interés del "pueblo", de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos, tal es la "condición previa" para una alianza libre de los campesinos pobres con los proletarios, sin cuya alianza la democracia será precaria, y la transformación socialista, imposible. Hacia esta alianza precisamente se abría camino, como es sabido, la Comuna de París, si bien no alcanzó su objetivo por una serie de causas de carácter interno y externo. Consiguientemente, al hablar de una "revolución verdaderamente popular", Marx, sin olvidar para nada las características de la pequeña burguesía (de las cuales habló mucho y con frecuencia), tenía en cuenta con la mayor precisión la correlación efectiva de clases en la mayoría de los Estados continentales de Europa, en 1871. Y, de otra parte, constataba que la "destrucción" de la máquina estatal responde a los intereses de los obreros y campesinos, los une, plantea ante ellos la tarea común de suprimir al "parásito" y sustituirlo por algo nuevo.

¿Pero con qué sustituirlo concretamente?

2. ¿CON QUE SUSTITUIR LA MAQUINA DEL ESTADO UNA VEZ DESTRUIDA?

En 1847, en el "Manifiesto Comunista", Marx daba a esta pregunta una respuesta todavía completamente abstracta, o, más exactamente, una respuesta que señalaba las tareas, pero no los medios para resolverlas. Sustituir la máquina del Estado, una vez destruida, por la "organización del proletariado como clase dominante", "por la conquista de la democracia": tal era la respuesta del "Manifiesto Comunista". Sin perderse en utopías, Marx esperaba de la experiencia del movimiento de masas la respuesta a la cuestión de qué formas concretas habría de revestir esta organización del proletariado como clase dominante y de qué modo esta organización habría de coordinarse con la "conquista de la democracia" más completa y más consecuente. En su "Guerra civil en Francia", Marx somete al análisis más atento la experiencia de la Comuna, por breve que esta experiencia haya sido. Citemos los pasajes más importantes de esta obra:

En el siglo XIX, se desarrolló, procedente de la Edad Media, "el poder centralizado del Estado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura". Con el desarrollo del antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, "el Poder del Estado fue adquiriendo cada vez más el carácter de un poder público para la opresión del trabajo, el carácter de una máquina de dominación de clase. Después de

cada revolución, que marcaba un paso adelante en la lucha de clases, se acusaba con rasgos cada vez más salientes el carácter puramente opresor del Poder del Estado". Después de la revolución de 1848-1849, el Poder del Estado se convierte en un "arma nacional de guerra del capital contra el trabajo". El Segundo Imperio lo consolida. "La antítesis directa del Imperio era la Comuna". "Era la forma definida" "de aquella república que no había de abolir tan sólo la forma monárquica de la dominación de clase, sino la dominación misma de clase..."

¿En qué había consistido, concretamente, esta forma "definida" de la república proletaria, socialista? ¿Cuál era el Estado que había comenzado a crear? ". . . El primer decreto de la Comuna fue . . . la supresión del ejército permanente para sustituirlo por el pueblo armado. . ." Esta reivindicación figura hoy en los programas de todos los partidos que deseen llamarse socialistas. ¡Pero lo que valen sus programas nos lo dice mejor que nada la conducta de nuestros socialrevolucionarios y mencheviques, que precisamente después de la revolución del 27 de febrero han renunciado de hecho a poner en práctica esta reivindicación!

". . . La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de París. Eran responsables y podían ser revocados en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. . . La policía, que hasta entonces había sido instrumento del gobierno central, fue despojada inmediatamente de todos sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ésta y revocable en todo momento. . . Y lo mismo se hizo con los funcionarios de todas las demás ramas de la administración. . . Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los que desempeñaban cargos públicos lo hacían por el salario de un obrero. Todos los privilegios y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron junto con éstos. . . Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, instrumentos de la fuerza material del antiguo gobierno, la Comuna se apresuró a destruir también la fuerza de opresión espiritual, el poder de los curas. . . Los funcionarios judiciales perdieron su aparente independencia.

. . . En el futuro debían ser elegidos públicamente, ser responsables y revocables. . ." Por tanto, la Comuna sustituye la máquina estatal destruida, aparentemente "sólo" por una democracia más completa: supresión del ejército permanente y completa elegibilidad y amovilidad de todos los funcionarios. Pero, en realidad, este "sólo" representa un cambio gigantesco de unas instituciones por otras de un tipo distinto por principio. Aquí estamos precisamente ante uno de esos casos de "transformación de la cantidad en calidad": la democracia, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado (fuerza especial para la represión de una determinada clase) en algo que ya no es un Estado propiamente dicho.

Todavía es necesario reprimir a la burguesía y vencer su resistencia. Esto era especialmente necesario para la Comuna, y una de las causas de su derrota está en no haber hecho esto con suficiente decisión. Pero aquí el órgano represor es ya la mayoría de la población y no una minoría, como había sido siempre, lo mismo bajo la esclavitud y la servidumbre que bajo la esclavitud asalariada. ¡Y, desde el momento en que es la mayoría del pueblo la que reprime por sí misma a sus opresores, no es ya necesaria una "fuerza especial" de represión! En este sentido, el Estado comienza a extinguirse.

En vez de instituciones especiales de una minoría privilegiada (la burocracia privilegiada,

los jefes del ejército permanente), puede llevar a efecto esto directamente la mayoría, y cuanto más intervenga todo el pueblo en la ejecución de las funciones propias del Poder del Estado tanto menor es la necesidad de dicho Poder. En este sentido, es singularmente notable una de las medidas decretadas por la Comuna, que Marx subraya: la abolición de todos los gastos de representación, de todos los privilegios pecuniarios de los funcionarios, la reducción de los sueldos de todos los funcionarios del Estado al nivel del "salario de un obrero". Aquí es precisamente donde se expresa de un modo más evidente el viraje de la democracia burguesa a la democracia proletaria, de la democracia de la clase opresora a la democracia de las clases oprimidas, del Estado como "fuerza especial" para la represión de una determinada clase a la represión de los opresores por la fuerza conjunta de la mayoría del pueblo, de los obreros y los campesinos. ¡Y es precisamente en este punto tan evidente -- tal vez el más importante, en lo que se refiere a la cuestión del Estado -- en el que las enseñanzas de Marx han sido más relegadas al olvido! En los comentarios de popularización -- cuya cantidad es innumerable -- no se habla de esto. "Es uso" guardar silencio acerca de esto, como si se tratase de una "ingenuidad" pasada de moda, algo así como cuando los cristianos, después de convertirse al cristianismo en religión del Estado, se "olvidaron" de las "ingenuidades" del cristianismo primitivo y de su espíritu democrático-revolucionario. La reducción de los sueldos de los altos funcionarios del Estado parece "simplemente" la reivindicación de un democratismo ingenuo, primitivo. Uno de los "fundadores" del oportunismo moderno, el ex-socialdemócrata E. Bernstein, se ha dedicado más de una vez a repetir esas burlas burguesas triviales sobre el democratismo "primitivo". Como todos los oportunistas, como los actuales kautskianos, no comprendía en absoluto, en primer lugar, que el paso del capitalismo al socialismo es imposible sin un cierto "retorno" al democratismo "primitivo" (pues ¿cómo, si no, pasar a la ejecución de las funciones del Estado por la mayoría de la población, por toda la población en bloque?); y, en segundo lugar, que este "democratismo primitivo", basado en el capitalismo y en la cultura capitalista, no es el democratismo primitivo de los tiempos prehistóricos o de la época precapitalista. La cultura capitalista ha creado la gran producción, fábricas, ferrocarriles, el correo y el teléfono, etc., y sobre esta base, una enorme mayoría de las funciones del antiguo "Poder del Estado" se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillísimas de registro, contabilidad y control, que estas funciones son totalmente asequibles a todos los que saben leer y escribir, que pueden ejecutarse en absoluto por el "salario corriente de un obrero", que se las puede (y se las debe) despojar de toda sombra de algo privilegiado y "jerárquico".

La completa elegibilidad y la amovibilidad en cualquier momento de todos los funcionarios sin excepción; la reducción de su sueldo a los límites del "salario corriente de un obrero": estas medidas democráticas, sencillas y "evidentes por sí mismas", al mismo tiempo que unifican en absoluto los intereses de los obreros y de la mayoría de los campesinos, sirven de puente que conduce del capitalismo al socialismo. Estas medidas ataúnen a la reorganización del Estado, a la reorganización puramente política de la sociedad, pero es evidente que sólo adquieren su pleno sentido e importancia en conexión con la "expropiación de los expropiadores" ya en realización o en preparación, es decir, con la transformación de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción en propiedad social.

"Al suprimir las dos mayores partidas de gastos, el ejército y la burocracia, la Comuna -- escribe Marx -- convirtió en realidad la consigna de todas las revoluciones burguesas: un gobierno barato". Entre los campesinos, al igual que en las demás capas de la pequeña burguesía, sólo "prospera", sólo "se abre paso" en sentido burgués, es decir, se convierten en gentes acomodadas, en burgueses o en funcionarios con una situación garantizada y

privilegiada, una minoría insignificante. La inmensa mayoría de los campesinos de todos los países capitalistas en que existe una masa campesina (y estos países capitalistas forman la mayoría), se halla oprimida por el gobierno y ansía derrocarlo, ansía un gobierno "barato". Esto puede realizarlo sólo el proletariado, y, al realizarlo, da al mismo tiempo un paso hacia la transformación socialista del Estado.

3. LA ABOLICION DEL PARLAMENTARISMO

"La Comuna -- escribió Marx -- debía ser, no una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, legislativa y ejecutiva al mismo tiempo. . ." ". . . En vez de decidir una vez cada tres o cada seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar [ver-und zertreten] al pueblo en el parlamento, el sufragio universal debía servir al pueblo, organizado en comunas, de igual modo que el sufragio individual sirve a los patronos para encontrar obreros, inspectores y contables con destino a sus empresas".

Esta notable crítica del parlamentarismo, trazada en 1871, figura también hoy, gracias al predominio del socialchovinismo y del oportunismo, entre las "palabras olvidadas" del marxismo. Los ministros y parlamentarios profesionales, los traidores al proletariado y los "mercachifles" socialistas de nuestros días han dejado integralmente a los anarquistas la crítica del parlamentarismo, y sobre esta base asombrosamente juiciosa han declarado toda crítica del parlamentarismo ¡¡como "anarquismo"!! No tiene nada de extraño que el proletariado de los países parlamentarios "adelantados", asqueado de "socialistas" como los Scheidemann, David, Legien, Sembat, Renaudel, Henderson, Vandervelde, Stauning, Branting, Bissolati y Cía., haya puesto cada vez más sus simpatías en el anarcosindicalismo, a pesar de que éste es hermano carnal del oportunismo. Pero para Marx la dialéctica revolucionaria no fue nunca esa vacua frase de moda, esa bagatela en que la han convertido Plejánov, Kautsky y otros. Marx sabía romper implacablemente con el anarquismo por su incapacidad para aprovecharse hasta del "establo" del parlamentarismo burgués -- sobre todo cuando se sabe que no se está ante situaciones revolucionarias --, pero, al mismo tiempo, sabía también hacer una crítica auténticamente revolucionario-proletaria del parlamentarismo.

Decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el parlamento: he aquí la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no sólo en las monarquías constitucionales parlamentarias, sino también en las repúblicas más democráticas. Pero si planteamos la cuestión del Estado, si enfocamos el parlamentarismo como una de las instituciones del Estado, desde el punto de vista de las tareas del proletariado en este terreno, ¿dónde está entonces la salida del parlamentarismo? ¿Cómo es posible prescindir de él?

Hay que decir, una y otra vez, que las enseñanzas de Marx, basadas en la experiencia de la Comuna, están tan olvidadas, que para el "socialdemócrata" moderno (léase: para los actuales traidores al socialismo) es sencillamente incomprensible otra crítica del parlamentarismo que no sea la anarquista o la reaccionaria. La salida del parlamentarismo no está, naturalmente, en la abolición de las instituciones representativas y de la elegibilidad, sino en transformar las instituciones representativas de lugares de charlatanería en corporaciones "de trabajo".

"La Comuna debía ser, no una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, legislativa y ejecutiva al mismo tiempo".

"No una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo": ¡este tiro va derecho al corazón de los parlamentarios modernos y de los "perrillos falderos" parlamentarios de la socialdemocracia! Fijaos en cualquier país parlamentario, de Norteamérica a Suiza, de Francia a Inglaterra, Noruega, etc.: la verdadera labor "de Estado" se hace entre bastidores y la ejecutan los ministerios, las oficinas, los Estados Mayores. En los parlamentos no se hace más que charlar, con la finalidad especial de embauchar al "vulgo". Y tan cierto es esto, que hasta en la república rusa, república democráticoburguesa, antes de haber conseguido crear un verdadero parlamento, se han puesto de manifiesto en seguida todos estos pecados del parlamentarismo. Héroes del filisteísmo podrido como los Skóbelev y los Tsereteli, los Chernov y los Avkséntiev se las han arreglado para envilecer hasta a los Soviets, según el patrón del más sórdido parlamentarismo burgués, convirtiéndolos en vacuos lugares de charlatanería.

En los Soviets, los señores ministros "socialistas" engañan a los ingenuos aldeanos con frases y con resoluciones. En el gobierno, se desarrolla un rigodón permanente, de una parte para "cebar" con puestecitos bien retribuidos y honrosos al mayor número posible de socialrevolucionarios y mencheviques, y, de otra parte, para "distraer la atención" del pueblo. ¡Mientras tanto, en las oficinas y en los Estados Mayores "se desarrolla" la labor "del Estado"!

El "Dielo Naroda", órgano del partido gobernante de los "socialistas revolucionarios", reconocía no hace mucho en un editorial -- con esa sinceridad inimitable de las gentes de la "buena sociedad" en la que "todos" ejercen la prostitución política -- que hasta en los ministerios regentados por "socialistas" (¡perdonad la expresión!), que hasta en estos ministerios subsiste sustancialmente todo el viejo aparato burocrático, funcionando a la antigua y saboteando con absoluta "libertad" las iniciativas revolucionarias! Y aunque no tuviésemos esta confesión, ¿acaso la historia real de la participación de los socialrevolucionarios y los mencheviques en el gobierno no demuestra esto? Lo único que hay de característico en esto es que los señores Chernov, Rusánov, Sensínov y demás redactores del "Dielo Naroda", asociados en el ministerio con los kadetes, han perdido el pudor hasta tal punto, que no se avergüenzan de contar públicamente, sin rubor, como si se tratase de una pequeñez, ¡¡que en "sus" ministerios todo está igual que antes!! Para engañar a los campesinos ingenuos, frases revolucionario-democráticas, y para "complacer" a los capitalistas, el laberinto burocrático-oficinesco: he ahí la esencia de la "honorable" coalición.

La Comuna sustituye el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de crítica y de examen no degenera en engaño, pues aquí los parlamentarios tienen que trabajar ellos mismos, tienen que ejecutar ellos mismos sus leyes, tienen que comprobar ellos mismos los resultados, tienen que responder directamente ante sus electores. Las instituciones representativas continúan, pero desaparece el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada para los diputados. Sin instituciones representativas no puede concebirse la democracia, ni aun la democracia proletaria; sin parlamentarismo, sí puede y debe concebirse, si la crítica de la sociedad burguesa no es para nosotros una frase vacua, si la aspiración de derrocar la dominación de la burguesía es en nosotros una aspiración seria y sincera y no una frase "electoral" para cazar los votos de los obreros, como es en los labios de los mencheviques y los socialrevolucionarios, como es en los labios de los Scheidemann y Legien, los Sembat y

Vandervelde.

Es sobremanera instructivo que, al hablar de las funciones de aquella burocracia que necesita también la Comuna y la democracia proletaria, Marx tome como punto de comparación a los empleados de "cualquier otro patrono", es decir, una empresa capitalista corriente, con "obreros, inspectores y contables".

En Marx no hay ni rastro de utopismo, en el sentido de que invente y fantasee sobre la "nueva" sociedad. No, Marx estudia como un proceso histórico-natural cómo nace la nueva sociedad de la antigua, estudia las formas de transición de la antigua a la nueva sociedad. Toma la experiencia real del movimiento proletario de masas y se esfuerza en sacar las enseñanzas prácticas de ella. "Aprende" de la Comuna, como todos los grandes pensadores revolucionarios no temieron aprender de la experiencia de los grandes movimientos de la clase oprimida, no dirigiéndoles nunca "sermones" pedantescos (por el estilo del "no se debía haber empuñado las armas", de Plejánov, o de la frase de Tsereteli: "una clase debe saber moderarse").

(...)

V. I. Lenin. Discurso sobre el papel del Partido Comunista 23 de julio de 1920

Pronunciado en el II Congreso de la III Internacional, Realizado en el Palacio Taurichesky, Petrogrado los días 19 de julio al 7 de agosto de 1920

Camaradas:

Quisiera hacer algunas observaciones que guardan relación con los discursos de los camaradas Tanner y McLaine. Tanner dice que está a favor de la dictadura del proletariado, pero la concibe de un modo completamente distinto a como la concebimos nosotros. Dice que nosotros entendemos en realidad por dictadura del proletariado la dictadura de su minoría organizada y consciente.

Y en efecto, en la época del capitalismo, cuando las masas obreras son sometidas a una incansable explotación y no pueden desarrollar sus capacidades humanas, lo más característico para los partidos políticos obreros es justamente que sólo pueden abarcar a una minoría de su clase. El partido político puede agrupar tan sólo a una minoría de la clase, puesto que los obreros verdaderamente conscientes en toda sociedad capitalista no constituyen sino una minoría de todos los obreros. Por eso nos vemos precisados a reconocer que sólo esta minoría consciente puede dirigir a las grandes masas obreras y llevarlas tras de sí. Y si el camarada Tanner dice que es enemigo del partido, pero al mismo tiempo está a favor de que la minoría de los obreros mejor organizados y más revolucionarios señale el camino a todo el proletariado, yo digo que en realidad no existe diferencia entre nosotros. ¿Qué representa una minoría organizada? Si esta minoría es realmente consciente, si sabe llevar tras de sí a las masas, si es capaz de dar respuesta a cada una de las cuestiones planteada en el orden del día, entonces esa minoría es, en esencia, el partido. Y si camaradas como Tanner, a los que tomamos particularmente en consideración, por tratarse de representantes del movimiento de masas -cosa que difícilmente se puede decir de los representantes del Partido Socialista Británico, si tales camaradas están a favor de que exista una minoría que luche decididamente por la dictadura del proletariado y que eduque en este sentido a las masas obreras, esa minoría no es, en esencia, otra cosa que el partido. El camarada Tanner dice que esta minoría debe organizar y llevar tras de sí a todas las masas obreras. Si el camarada Tanner y otros camaradas del grupo Shop Stewards y de la organización "Los Trabajadores Industriales del Mundo" (IWW) reconocen esto -y cada día,

en las conversaciones con ellos, vemos que en efecto lo reconocen-, si aprueban una situación en que la minoría comunista consciente de la clase obrera lleva tras de sí al proletariado, deben convenir en que el sentido de todas nuestras resoluciones es precisamente ése. Y entonces la única diferencia existente entre nosotros consiste en que ellos evitan emplear la palabra "partido", porque entre los camaradas ingleses existe una especie de prevención contra el partido político. Conciben el partido político algo así como los partidos de Gompers y de Henderson, partidos de politicastros parlamentarios, traidores a la clase obrera. Y si conciben el parlamentarismo como el inglés y el norteamericano de nuestros días, también nosotros somos enemigos de ese parlamentarismo y de esos partidos políticos. Necesitamos partidos nuevos, partidos distintos. Necesitamos partidos que estén en contacto efectivo y permanente con las masas y sepan dirigirlas.

Paso a la tercera cuestión que desearía tratar aquí en relación con el discurso del camarada McLaine. Este propugna que el Partido Comunista Inglés se adhiera al Partido Laborista. Ya me he manifestado a este respecto en mis tesis sobre el ingreso en la III Internacional. En mi folleto [*La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*], esta cuestión queda pendiente. Sin embargo, después de hablar con muchos camaradas, he llegado al convencimiento de que la decisión de quedarse en el Partido Laborista es la única táctica acertada. Pero interviene el camarada Tanner y afirma: No seáis demasiado dogmáticos. Esta expresión es totalmente inoportuna. El camarada Ramsay dice: Dejar que los comunistas ingleses resolvamos esta cuestión. ¿Qué sería la Internacional si cualquiera pequeña fracción dijese: Algunos de nosotros estamos favor de esto y otros están en contra; dejadnos que solvamos nosotros mismos? ¿Para qué harían falta entonces la Internacional, el Congreso y toda esta discusión? El camarada McLaine ha hablado únicamente del papel del partido político. Pero esto ataña también a los sindicatos y al parlamentarismo. Es totalmente exacto que la mayor parte de los mejores revolucionarios se oponen a adhesión al Partido Laborista, puesto que están en contra del parlamentarismo como medio de lucha. Por eso, tal vez sea lo mejor someter esta cuestión a estudio de una misión. Ella debe examinarla, estudiarla, y la cuestión debe ser resuelta sin falta en el presente Congreso de la Internacional Comunista. No podemos estar de acuerdo con que esta cuestión afecte sólo a los comunistas ingleses. Debemos decir, en general, qué táctica es la certera.

Ahora me detendré en algunos argumentos del camarada McLaine en torno al problema relativo al Partido Laborista Inglés. Es preciso decir abiertamente: el Partido Comunista sólo puede adherirse al Partido Laborista a condición de que conserve plena libertad de crítica y pueda aplicar su propia política. Esto es lo más importante. Cuando el camarada Serrati habla a este propósito de colaboración de clases yo afirmo esto no es colaboración de clases. Si los camaradas italianos consienten la presencia en su partido de oportunistas como Turati y Cía., es decir, de elementos burgueses, esto sí que es colaboración de clases. Pero en el caso que nos ocupa, en relación con el Partido Laborista Inglés, se trata sólo de la colaboración de la minoría avanzada de los obreros ingleses con su mayoría aplastante. Son miembros del Partido Laborista todos los afiliados a los sindicatos. Es una estructura muy original, que no encontramos en ningún otro país. Esta organización abarca a cuatro millones de obreros de los seis o siete millones de miembros de los sindicatos. No se les pregunta cuáles son sus convicciones políticas. Que me demuestre el camarada Serrati que se nos impide utilizar allí el derecho de crítica. Cuando lo demostréis, sólo entonces demostraréis que el camarada McLaine se equivoca. El Partido Socialista Británico puede decir con toda libertad que Henderson es un traidor y, sin embargo, sigue dentro del Partido Laborista. También aquí se hace efectiva la colaboración de la vanguardia de la clase obrera con los obreros atrasados, con la retaguardia. Esta colaboración reviste una importancia tan grande para todo el movimiento, que insistimos categóricamente en que los comunistas ingleses sean el eslabón de enlace entre el partido, es decir, entre la minoría de la clase

obrera, y toda la masa restante de los obreros. Si la minoría no sabe dirigir a las masas y vincularse estrechamente con ellas, no es un partido y, en general, no tiene ningún valor, aunque se denomine partido o Comité Nacional de consejos de delegados de fábrica; por lo que yo conozco los consejos de delegados de fábrica en Inglaterra tienen su Comité Nacional, su dirección central, y esto ya es un paso para la constitución de un partido. Por consiguiente, si no se desmiente que el Partido Laborista Inglés está compuesto de proletarios, esto es una colaboración de la vanguardia de la clase obrera con los obreros atrasados y si esta colaboración no se hace efectiva de modo sistemático, entonces el Partido Comunista no ofrece ningún valor, y entonces no se puede hablar de dictadura del proletariado. Y si nuestros camaradas italianos carecen de argumentos más convincentes, tendremos que decidir aquí más tarde y de modo definitivo la cuestión sobre la base de lo que sabemos, y llegaremos a la conclusión de que la adhesión al Partido Laborista es una táctica atinada.

V. I. Lenin. CINCO AÑOS DE LA REVOLUCIÓN RUSA Y PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Informe pronunciado ante el IV Congreso de la Internacional Comunista el 13 de noviembre de 1922

Camaradas: En la lista de oradores figuro como el informante principal, pero comprenderéis que, después de mi larga enfermedad, no estoy en condiciones de pronunciar un informe amplio. No podré hacer más que una introducción a los problemas de más importancia. Mi tema será muy limitado. El tema Cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial es demasiado amplio y grandioso para que pueda agotarlo un solo orador y en un solo discurso. Por eso tomo únicamente una pequeña parte del problema: la “nueva política económica”. Tomo deliberadamente sólo esta pequeña parte a fin de familiarizaros con este problema, de suma importancia hoy, al menos para mí, ya que me ocupo de él en la actualidad.(...)

En 1921 aprobamos en el III Congreso [de la IC, nota de JT] una resolución sobre la estructura orgánica de los partidos comunistas y los métodos y el contenido de su labor. La resolución es magnífica, pero es rusa casi hasta la médula; es decir, se basa en las condiciones rusas. Este es su aspecto bueno, pero también su punto flaco. Flaco porque estoy convencido de que casi ningún extranjero podrá leerla; yo la he releído antes de hacer esta afirmación. Primero, es demasiado larga, consta de cincuenta o más puntos. Por regla general, los extranjeros no pueden leer cosas así. Segundo, incluso si la leen, no la comprenderán precisamente porque es demasiado rusa. No porque esté escrita en ruso (ha sido magníficamente traducida a todos los idiomas), sino porque está sobresaturada de espíritu ruso. Y tercero, si, en caso excepcional, algún extranjero la llega a entender, no la podrá cumplir. Este es su tercer defecto. He conversado con algunos delegados extranjeros y confío en que podré conversar detenidamente con gran número de delegados de distintos países en el curso del congreso, aunque no participe personalmente en él, ya que, por desgracia, no me es posible. Tengo la impresión de que hemos cometido un gran error con esta resolución, es decir, que nosotros mismos hemos levantado una barrera en el camino de nuestro éxito futuro. Como ya he dicho, la resolución está excelentemente redactada, y yo suscribo todos sus cincuenta o más puntos. Pero no hemos comprendido cómo se debe llevar nuestra experiencia rusa a los extranjeros. Cuanto expone la resolución, ha quedado en letra muerta. Y si no comprendemos esto, no podremos seguir nuestro avance. Considero que lo más importante para todos nosotros, tanto para los rusos como para los camaradas extranjeros, es que, después de cinco años de revolución rusa, debemos estudiar. Sólo ahora hemos obtenido la posibilidad de estudiar. Ignoro cuánto durará esta posibilidad. No sé durante cuánto tiempo nos concederán las potencias capitalistas la posibilidad de estudiar

tranquilamente. Pero debemos aprovechar cada minuto libre de las ocupaciones militares, de la guerra, para estudiar, comenzando, además, por el principio.

El partido en su totalidad y todos los sectores de la población de Rusia lo demuestran con su afán de saber. Esta afición al estudio prueba que nuestra tarea más importante ahora es -estudiar y estudiar. Pero también los camaradas extranjeros deben estudiar, no en el mismo sentido en que lo hacemos nosotros: leer, escribir y comprender lo leído, que es lo que todavía precisamos. Se discute si esto corresponde a la cultura proletaria o a la cultura burguesa. Dejo pendiente la cuestión. Pero de lo que no cabe ninguna duda es de que nosotros necesitamos, ante todo, aprender a leer, a escribir y a comprender lo que leemos. Los extranjeros no lo necesitan. Les hace falta ya algo más elevado: esto implica, primero, que comprendan también lo que hemos escrito acerca de la estructura orgánica de los partidos comunistas y que los camaradas extranjeros firmaron sin leerlo y sin comprenderlo. Esta debe ser su primera tarea. Es preciso llevar a la práctica esta resolución. Pero no puede hacerse de la noche a la mañana, eso sería completamente imposible. La resolución es demasiado rusa: refleja la experiencia rusa. Por eso, los extranjeros no la comprenden en absoluto y no pueden conformarse con colocarla en un rincón como un ícono y rezar ante ella. Así no se conseguirá nada. Lo que necesitan es asimilar parte de la experiencia rusa. No sé cómo lo harán. Puede que los fascistas de Italia, por ejemplo, nos presten un buen servicio, explicando a los italianos que no son todavía bastante cultos y que su país no está garantizado aún contra las centurias negras. Quizá esto sea muy útil. Nosotros, los rusos, debemos buscar también la forma de explicar a los extranjeros las bases de esta resolución, pues, de otro modo, se verán imposibilitados por completo para cumplirla. Estoy convencido de que, en este sentido, debemos decir no sólo a los camaradas rusos, sino también a los extranjeros, que lo más importante del período en que estamos entrando es estudiar. Nosotros estudiamos en sentido general. Encambio, los estudios de ellos deben tener un carácter especial para que lleguen a comprender realmente la organización, la estructura, el método y el contenido de la labor revolucionaria. Si se logra esto, las perspectivas de la revolución mundial, estoy convencido de ello, serán no solamente buenas, sino incluso magníficas. (*Clamorosos aplausos que duran largo rato. Las exclamaciones de “¡Viva nuestro camarada Lenin!” promueven nuevas ovaciones clamorosas.*)

V. I. Lenin. Carta al Congreso. (22 dic. 1922 - 4 enero 1923)

A fines de diciembre de 1922 el ya invalido Lenin, desde cama, comenzó a dictar una carta al XIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en donde expone sus opiniones sobre ciertas propuestas, incluyendo la de ampliar el Comité Central del partido y, de interés en vista de la subsiguiente historia, su opinión sobre ciertos miembros propuestos para puestos de liderazgo en el CC y el partido. Esta carta, a la que se ha solido llamar el "testamento" político de Lenin, se leyó a los delegados del Congreso, realizado en mayo de 1924, quienes por verlo como parte de la discusión interna del Congreso no la publicitaron en el momento. Luego, por la opinión negativa de Stalin en que en ella se expresa, la carta fue suprimidaa hasta despues del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS en 1956.

I

Yo aconsejaría mucho que en este Congreso se introdujesen varios cambios en nuestra estructura política.

Desearía exponerles las consideraciones que estimo más importantes.

Lo primero de todo coloco el aumento del número de miembros del CC hasta varias decenas e incluso hasta un centenar. Creo que si no emprendiéramos tal reforma, nuestro

Comité Central se vería amenazado de grandes peligros, caso de que el curso de los acontecimientos no fuera del todo favorable para nosotros (y no podemos contar con eso).

También pienso proponer al Congreso que, dentro de ciertas condiciones, se dé carácter legislativo a las decisiones del Gosplán, coincidiendo en este sentido con el camarada Trotsky, hasta cierto punto y en ciertas condiciones.

Por lo que se refiere al primer punto, es decir, al aumento del número de miembros del CC, creo que esto es necesario tanto para elevar el prestigio del CC como para un trabajo serio con objeto de mejorar nuestro aparato y como para evitar que los conflictos de pequeñas partes del CC puedan adquirir una importancia excesiva para todos los destinos del Partido.

Opino que nuestro Partido está en su derecho de pedir a la clase obrera de 50 a 100 miembros del CC, y que puede recibirlos de ella sin hacerla poner demasiado en tensión sus fuerzas. Esta reforma aumentaría considerablemente la solidez de nuestro Partido y le facilitaría la lucha que sostiene, rodeado de Estados hostiles, lucha que, a mi modo de ver, puede y debe agudizarse mucho en los años próximos. Se me figura que, gracias a esta medida, la estabilidad de nuestro Partido se haría mil veces mayor.

Lenin. 23.XII.22. *Taquigrafiado por M. V.*

II

Continuación de las notas.

24 de diciembre del 22

Por estabilidad del Comité Central, de que hablaba más arriba, entiendo las medidas contra la escisión en el grado en que tales medidas puedan, en general, adoptarse. Porque, naturalmente, tenía razón el guardia blanco de Rússkaya Mysl (creo que era S. F. Oldenburg) cuando, lo primero, en el juego de esas gentes contra la Rusia Soviética ponía sus esperanzas en la escisión de nuestro Partido y cuando, lo segundo, las esperanzas de que se fuera a producir esta escisión las cifraba en gravísimas discrepancias en el seno del Partido.

Nuestro Partido se apoya en dos clases, y por eso es posible su inestabilidad y sería inevitable su caída si estas dos clases no pudieran llegar a un acuerdo. Sería inútil adoptar unas u otras medidas con vistas a esta eventualidad y, en general, hacer consideraciones acerca de la estabilidad de nuestro CC. Ninguna medida sería capaz, en este caso, de evitar la escisión. Pero yo confío que esto se refiere a un futuro demasiado lejano y es un acontecimiento demasiado improbable para hablar de ello.

Me refiero a la estabilidad como garantía contra la escisión en un próximo futuro, y tengo el propósito de exponer aquí varias consideraciones de índole puramente personal. Yo creo que lo fundamental en el problema de la estabilidad, desde este punto de vista, son tales miembros del CC como Stalin y Trotsky. Las relaciones entre ellos, a mi modo de ver, encierran más de la mitad del peligro de esa escisión que se podría evitar, y a cuyo objeto debe servir entre otras cosas, según mi criterio, la ampliación del CC hasta 50 o hasta 100 miembros.

El camarada Stalin, llegado a Secretario General, ha concentrado en sus manos un poder inmenso, y no estoy seguro que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotsky, según demuestra su lucha contra el CC con motivo del problema del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, no se distingue únicamente por su gran capacidad. Personalmente, quizá sea el hombre más capaz del actual CC, pero está demasiado ensoberbecido y demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de los asuntos.

Estas dos cualidades de dos destacados jefes del CC actual pueden llevar sin quererlo a la escisión, y si nuestro Partido no toma medidas para impedirlo, la escisión puede venir sin que nadie lo espere.

No seguiré caracterizando a los demás miembros del CC por sus cualidades personales. Recordaré sólo que el episodio de Zinoviev y Kamenev en Octubre no es, naturalmente, una casualidad, y que de esto se les puede culpar personalmente tan poco como a Trotsky de su no bolchevismo.

En cuanto a los jóvenes miembros del CC, diré algunas palabras acerca de Bujarin y de Piatakov. Son, a mi juicio, los que más se destacan (entre los más jóvenes), y en ellos se debería tener en cuenta lo siguiente: Bujarin no sólo es un valiosísimo y notabilísimo teórico del Partido, sino que, además, se le considera legítimamente el favorito de todo el Partido; pero sus concepciones teóricas muy difícilmente pueden calificarse de enteramente marxistas, pues hay en él algo escolástico (jamás ha estudiado y creo que jamás ha comprendido por completo la dialéctica).

25.XII. Viene después Piatakov, hombre sin duda de gran voluntad y gran capacidad, pero a quien atraen demasiado la administración y el aspecto administrativo de los asuntos para que se pueda confiar en él en un problema político serio.

Naturalmente, una y otra observación son valederas sólo para el presente, en el supuesto de que estos dos destacados y fieles militantes no encuentren ocasión de completar sus conocimientos y de corregir su unilateral formación.

Lenin

25.XII.22

Taquigrafiado por M. V.

SUPLEMENTO A LA CARTA DEL 24 DE DICIEMBRE DE 1922

Stalin es demasiado brusco, y este defecto, plenamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, los comunistas, se hace intolerable en el cargo de Secretario General. Por eso propongo a los camaradas que piensen la forma de pasar a Stalin a otro puesto y de nombrar para este cargo a otro hombre que se diferencie del camarada Stalin en todos los demás aspectos sólo por una ventaja, a saber: que sea más tolerante, más leal, más correcto y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc. Esta circunstancia puede parecer una fútil pequeñez. Pero yo creo que, desde el punto de vista de prevenir la escisión y desde el punto de vista de lo que he escrito antes acerca de las relaciones entre Stalin y Trotsky, no es una pequeñez, o se trata de una pequeñez que puede adquirir importancia decisiva.

Lenin

Taquigrafiado por L. F. 4 de enero de 1923

III

Continuación de las notas.

26 de diciembre de 1922

La ampliación del CC hasta 50 o incluso 100 miembros debe perseguir, a mi modo de ver, un fin doble o incluso triple: cuanto mayor sea el número de miembros del CC, más gente aprenderá a realizar el trabajo de éste y tanto menor será el peligro de una escisión debida a cualquier imprudencia. La incorporación de muchos obreros al CC ayudará a los obreros a mejorar nuestro aparato, que es pésimo. En el fondo lo hemos heredado del viejo régimen, puesto que ha sido absolutamente imposible rehacerlo en un plazo tan corto, sobre todo con la guerra, con el hambre, etc. Por eso podemos contestar tranquilamente a los "críticos" que con sonrisa burlona o con malicia nos señalan los defectos de nuestro aparato, que son gentes que no comprenden nada las condiciones de nuestra revolución. En cinco años es imposible por completo reformar el aparato en medida suficiente, sobre todo atendidas las

condiciones en que se ha producido nuestra revolución. Bastante es si en cinco años hemos creado un nuevo tipo de Estado en el que los obreros van delante de los campesinos contra la burguesía, lo que, considerando las condiciones de la hostil situación internacional, es una obra gigantesca. Pero la conciencia de que esto es así no debe en modo alguno cerrarnos los ojos ante el hecho de que, en esencia, hemos tomado el viejo aparato del zar y de la burguesía y que ahora, al advenir la paz y cubrir en grado mínimo las necesidades relacionadas con el hambre, todo el trabajo debe orientarse al mejoramiento del aparato.

Según me imagino yo las cosas, una decenas de obreros incluidos en el CC pueden, mejor que cualquiera otro, entregarse a la labor de revisar, mejorar y rehacer nuestro aparato. La Inspección Obrera y Campesina, a la que en un principio pertenecía esta función, ha sido incapaz de cumplirla y únicamente puede ser empleada como "apéndice" o como auxiliar, en determinadas condiciones, de estos miembros del CC. Los obreros que pasen a formar parte del CC deben ser preferentemente, según mi criterio, no de los que han actuado largo tiempo en las organizaciones soviéticas (en esta parte de la carta, lo que digo de los obreros se refiere también por completo a los campesinos), porque en ellos han arraigado ya ciertas tradiciones y ciertos prejuicios con los que es deseable precisamente luchar.

Los obreros que se incorporen al CC deben ser, de preferencia, personas que se encuentren por debajo de la capa de los que en los cinco años han pasado a ser funcionarios soviéticos, y deben hallarse más cerca de los simples obreros y campesinos, que, sin embargo, no entren, directa o indirectamente, en la categoría de los explotadores. Creo que esos obreros, que asistirán a todas las reuniones del CC y del Buró Político, y que leerán todos los documentos del CC, pueden ser cuadros de fieles partidarios del régimen soviético, capaces, lo primero, de dar estabilidad al propio CC y, lo segundo, de trabajar realmente en la renovación y mejoramiento del aparato.

Lenin

Taquigrafiado por L. F. 26.11.22.

IV.

Antonio Gramsci. El partido como la fase más elevada de la autonomía de clase: la conquista de la hegemonía. De nuevo el partido en el sentido histórico y no en el sentido técnico-burocrático.

Antonio Gramsci. El partido y la revolución. (L'Ordine Nuovo, 27 de diciembre de 1919.)

El Partido Socialista, con su red de secciones (que en los grandes centros industriales son, a su vez, el eje de un compacto y potente sistema de círculos de barrio), con sus federaciones provinciales, unificadas sólidamente por las corrientes de ideas y de actividad que irradian las secciones urbanas, con sus congresos anuales, que aplican la soberanía más alta del partido, ejercida por la masa de los inscritos a través de delegaciones bien definidas y limitadas de poder, congresos convocados siempre para discutir y resolver problemas inmediatos y concretos, con su dirección, que emana directamente del congreso y constituye el comité permanente ejecutivo y de control, el Partido Socialista constituye un aparato de democracia proletaria que, en la fantasía política puede fácilmente ser visto como "ejemplar".

El Partido Socialista es un modelo de sociedad "libertaria", disciplinada voluntariamente, por medio de un acto explícito de conciencia; imaginar toda la sociedad humana como un colosal Partido Socialista, con sus solicitudes de admisión, no puede dejar de suscitar el prejuicio contractual de muchos espíritus subversivos, educados más en Juan Jacobo Rousseau y en los folletos anarquistas, que en las doctrinas históricas y económicas del marxismo. La constitución de la república rusa de los sóviets se funda sobre principios idénticos a aquellos sobre los que se funda el Partido Socialista; el gobierno de la soberanía popular rusa funciona en formas sugestivamente idénticas a las formas de gobierno del Partido Socialista. No es para nada extraño que de estos motivos de analogías y de aspiraciones instintivas haya nacido el mito revolucionario, por medio del cual se concibe la instauración del poder proletario como una dictadura del sistema de secciones del Partido Socialista.

Esta concepción es por lo menos tan utópica como aquella que reconoce en los sindicatos y en las cámaras de trabajo, las formas del proceso de desarrollo revolucionario. La sociedad comunista puede ser concebida sólo como una formación "natural" adherente al instrumento de producción y de intercambio; y la revolución puede ser concebida como el acto de reconocimiento histórico de la "naturaleza" de esta formación. El proceso revolucionario se identifica por tanto, solamente con un movimiento espontáneo de las masas trabajadoras, determinado por el choque de las contradicciones inherentes a la convivencia humana bajo un régimen de propiedad capitalista. Aprisionadas en la tenaza de los conflictos capitalistas, amenazadas de una condena sin apelación a la pérdida de los derechos civiles y espirituales, las masas se alejan de las formas de la democracia burguesa, salen de la legalidad de la constitución burguesa. Sin una reacción de la conciencia histórica de las masas populares que encuentran un nuevo marco, que aplican un nuevo orden en el proceso de producción y de distribución de la riqueza, la sociedad iría a su disolución, toda producción de riqueza útil se detendría y los hombres se precipitarían en un oscuro abismo de miseria, de barbarie y de muerte. Los organismos de lucha del proletariado son los "agentes" de este colosal movimiento de masas; el Partido Socialista es indudablemente el máximo "agente" de este proceso de derrumbamiento y de nueva formación, pero no es y no puede ser concebido como la forma de este proceso, forma maleable y plasmable al arbitrio de los

dirigentes. La socialdemocracia alemana (entendida en su conjunto de movimiento sindical y político) ha aplicado la paradoja de constreñir violentamente el proceso de la revolución a las formas de su organización y creyó dominar la historia. Creó sus consejos de autoridad, con la mayoría segura de sus hombres; trabó la revolución, la domesticó. Hoy ha perdido todo contacto con la realidad histórica, a no ser el contacto del puño de Noske con la nuca del obrero, y el proceso revolucionario sigue su curso incontrolado, aun misterioso, que aflorará en desconocidos estallidos de violencia y de dolor.

Una vez obtenido el resultado de paralizar el funcionamiento del gobierno legal de las masas populares, se inicia para el partido la fase de actividad más difícil y más delicada: la fase de actividad positiva. Las concepciones difundidas por el partido actúan autónomamente en las conciencias individuales y determinan configuraciones sociales nuevas, adherentes a estas concepciones, determinan organismos que funcionan por ley íntima, determinan aparatos embrionales de poder, en los que la masa actúa en su gobierno, en los que la masa adquiere conciencia de su responsabilidad histórica y de su misión precisa de crear las condiciones del comunismo regenerador. El partido, como formación compacta del militante de una idea da su influencia a este íntimo trabajar de nuevas estructuras, a esta laboriosidad de millones y millones de difusores sociales que preparan los rojos bancos coralíferos que un día no lejano, al salir a la superficie romperán los ímpetus de la borrasca oceánica, tranquilizarán otra vez las olas, fijarán nuevamente un equilibrio en las corrientes y en los climas; pero este influjo es orgánico, está en el circuito de las ideas, está en mantener intacto el aparato de gobierno espiritual, está en el hecho de que millones y millones de trabajadores, fundando las nuevas jerarquías, instituyendo los nuevos órdenes, saben que la conciencia histórica que los mueve tiene una encarnación viviente en el Partido Socialista, está justificada por una doctrina, la doctrina del Partido Socialista, tiene un potente baluarte, la fuerza política del Partido Socialista.

El partido sigue siendo la jerarquía superior de este movimiento irresistible de masas, el partido ejerce la más eficaz de las dictaduras, esa que nace del prestigio, que es la aceptación consciente y espontánea de una autoridad que se reconoce como indispensable para el logro de la obra emprendida. Habrá grandes líos si debido a una concepción sectaria del papel del partido en la revolución se pretende fijar en formas mecánicas de poder inmediato el aparato de gobierno de las masas en movimiento, se pretende constreñir el proceso revolucionario dentro de las formas del partido; se logrará desviar una parte de los hombres, se logrará "dominar" la historia; pero el proceso revolucionario real escapará al control y a la influencia del partido, convertido inconscientemente en organismo de conservación.

La propaganda del Partido Socialista insiste hoy en estas tesis irrefutables:

Las relaciones tradicionales de apropiación capitalista del producto del trabajo humano han cambiado radicalmente. Antes de la guerra, el trabajo italiano permitía, sin graves choques repentinos, la apropiación del 60 por ciento de la riqueza producida por el trabajo por parte de la exigua minoría capitalista y por parte del estado, mientras que las decenas de millones de la población trabajadora debían contentarse con un escaso 40 por ciento para satisfacer las exigencias de la vida elemental y de la vida superior cultural. Hoy, después de la guerra, se verifica este fenómeno: la sociedad italiana produjo sólo la mitad de la riqueza que consume; el estado adeuda sumas colosales al trabajo futuro; es decir, hace al trabajo italiano cada vez más esclavo de la plutocracia internacional. A los dos recaudadores de dividendos sobre la producción (los capitalistas y el estado) se ha agregado un tercero, puramente parasitario: la pequeña burguesía de la casta militar-burocrática que se formó durante la guerra. Ella toma precisamente esa mitad de riqueza no producida que viene cargada a la cuenta del trabajo futuro; la toma directamente como sueldos y pensiones, la toma indirectamente por su función parasitaria; presupone la existencia de todo un aparato

parasitario. Si la sociedad italiana produce sólo 15 000 millones de riqueza mientras consume 30000, y estos 15 000 millones son producidos por ocho horas diarias de trabajo de las decenas de millones de trabajadores que reciben 6 ó 7 mil millones de salario, el presupuesto capitalista sólo puede ser equilibrado de una manera: obligando a la población trabajadora, a dar, por la misma cantidad de salario, una, dos, tres, cuatro, cinco horas de trabajo de más, de trabajo no pagado, de trabajo que va a enriquecer el capital, para que reconquiste su función de acumulación, que va al estado para que pague sus deudas, para que consolide la situación económica de la pequeña burguesía pensionada y la premie por los servicios prestados con las armas, al estado y al capital, para que obligue a la población trabajadora a reventar encima de las máquinas y en los surcos de la tierra.

En esta situación general de las relaciones capitalistas, la lucha de clases no puede ser dirigida a otro objetivo que a la conquista del poder del estado por parte de la clase obrera, para dirigir este inmenso poder contra los parásitos y obligarlos a regresar al orden del trabajo y abolir de un golpe la monstruosa porción de la riqueza que se llevan hoy. En esta tarea debe cooperar toda la clase trabajadora y toda la clase trabajadora debe asumir forma consciente según el orden que ella asume en el proceso de producción y de intercambio: de esta manera cada obrero, cada campesino es llamado al consejo a colaborar en el esfuerzo de regeneración, es llamado para constituir el aparato del gobierno industrial y de la dictadura: en el consejo se encarna la forma actual de la lucha de clases tendiente al poder. Y se perfila así la red de instituciones dentro de las cuales se desarrolla el proceso revolucionario: el consejo, el sindicato, el Partido Socialista. El consejo, formación histórica de la sociedad, determinado por la necesidad de dominar el aparato de producción, formación nacida por la conciencia de sí conquistada por una parte de los productores. El sindicato y el partido, asociaciones voluntarias, instrumentos de propulsión del proceso revolucionario, "agentes" y "gerentes" de la revolución; el sindicato que coordina las fuerzas productivas e imprime al aparato industrial la forma comunista; el Partido Socialista, modelo viviente y dinámico de una convivencia social que une la disciplina a la libertad y hace rendir al espíritu humano toda la energía y el entusiasmo de que es capaz.

Antonio Gramsci. Por una renovación del partido socialista. L'Ordine Nuovo, 8 de mayo de 1920.

1) La fisonomía de la lucha de clases se caracteriza en Italia, en el momento actual, por el hecho de que los obreros industriales y agrícolas están incoerciblemente determinados, en todo el territorio nacional, a plantear de modo explícito y violento la cuestión de la propiedad de los medios de producción. La agravación de las crisis nacionales e internacionales que destruyen progresivamente el valor de la moneda prueba que el capital ha llegado a una situación extrema; el actual orden de producción y distribución no consigue ya satisfacer ni siquiera las exigencias elementales de la vida humana, y se mantiene sólo porque está ferozmente defendido por la fuerza armada del Estado burgués; todos los movimientos del pueblo trabajador italiano tienden irresistiblemente a realizar una gigantesca revolución económica que introduzca nuevos modos de producción, un orden nuevo en el proceso productivo y distributivo, que dé a la clase de los obreros industriales y agrícolas el poder de iniciativa en la producción, arrancándoselo de las manos a los capitalistas y a los terratenientes.

2) Los industriales y los terratenientes han realizado una concentración máxima de la disciplina y de la potencia de clase: una orden lanzada por la Confederación General de la Industria italiana se realiza inmediatamente en cada fábrica. El Estado burgués ha creado un cuerpo armado mercenario dispuesto para funcionar como instrumento ejecutivo de la voluntad de esa nueva y fuerte organización de la clase propietaria, la cual tiende, por medio

del lock-out aplicado en gran escala y del terrorismo, a restaurar su poder sobre los medios de producción, obligando a los obreros y a los campesinos a dejarse expropiar de una multiplicada cantidad de trabajo no pagado. El último lock-out de los establecimientos metalúrgicos de Turín ha sido un episodio de esa voluntad de los industriales de pisar la nuca de la clase obrera; los industriales han aprovechado la falta de coordinación y de concentración revolucionaria de las fuerzas obreras italianas para intentar destruir la organización del proletariado turinés y aniquilar en la conciencia de los proletarios el prestigio y la autoridad de las instituciones de fábrica (Consejos y comisarios de sección) que habían empezado la lucha por el control obrero. La prolongación de las huelgas agrícolas en las regiones de Novara y la Lomellina prueba que los propietarios de la tierra están dispuestos a destruir la producción con tal de llevar al hambre y a la desesperación al proletariado agrícola y subyugarlo implacablemente bajo las condiciones de trabajo y existencia más duras y humillantes.

3) La fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que precede a la conquista del poder político por el proletariado revolucionario, mediante el paso a nuevos modos de producción y de distribución que permitan una recuperación de la productividad, o bien a una tremenda reacción de la clase propietaria y de la casta de gobierno. Ninguna violencia dejará de aplicarse para someter el proletariado industrial y agrícola a un trabajo de siervos; se intentará destruir inexorablemente los organismos de lucha política de la clase obrera (Partido Socialista) e incorporar los organismos de resistencia económica (los sindicatos y las cooperativas) al sistema de engranajes del Estado burgués.

4) Las fuerzas obreras y campesinas carecen de coordinación y de concentración revolucionaria porque los organismos directivos del Partido Socialista han mostrado que no entienden absolutamente nada de la fase de desarrollo que atraviesa en el período actual la historia nacional e internacional, y que no comprenden nada de la misión que incumbe a los organismos de lucha del proletariado revolucionario. El Partido Socialista asiste como espectador al desarrollo de los acontecimientos, no tiene nunca opinión propia que formular en dependencia de las tesis revolucionarias del marxismo y de la Internacional comunista, no lanza ninguna consigna que puedan recoger las masas y que pueda dar una dirección general, unificar y concentrar la acción revolucionaria. El Partido Socialista, como organización política de la parte de vanguardia de la clase obrera, debería realizar una acción de conjunto capaz de situar a toda la clase obrera en condiciones de lograr la revolución y vencer de un modo duradero. El Partido Socialista, constituido por la parte de la clase obrera que no se ha dejado deprimir ni postrar por la opresión física y espiritual del sistema capitalista, sino que ha conseguido salvar su autonomía y su espíritu de iniciativa consciente y disciplinada, debería encarnar la conciencia revolucionaria vigilante de toda la clase explotada. Su tarea consiste en atraer la atención de toda la masa, en obtener que sus directivas sean directivas de toda la masa, en conquistar la confianza permanente de toda la masa, para convertirse en su guía y cabeza reflexiva. Por eso es necesario que el partido viva siempre sumergido en la efectiva realidad de la lucha de clases desarrollada por el proletariado industrial y agrícola, que sepa comprender las diversas fases, los diversos episodios, las múltiples manifestaciones de esa lucha, con objeto de precisar la unidad de la diversidad múltiple, con objeto de poder dar una dirección real al conjunto de los movimientos e infundir en las masas la convicción de que hay un orden inmanente al espantoso desorden actual, un orden que, una vez organizado, regenerará la sociedad de los hombres y hará que el instrumento de trabajo sea adecuado para satisfacer las exigencias de la vida elemental y del proceso civil. Incluso después del Congreso de Bolonia, el Partido Socialista ha seguido siendo un partido meramente parlamentario, que se mantiene inmóvil dentro de los estrechos límites de la democracia burguesa, que se preocupa sólo de las superficiales afirmaciones políticas de la

casta de gobierno; no ha adquirido una figura autónoma de partido característica del proletariado revolucionario y sólo del proletariado revolucionario.

5) Despues del Congreso de Bolonia los organismos centrales del partido habrían tenido que empezar inmediatamente y desarrollar hasta el final una enérgica acción para homogeneizar y cohesionar la formación revolucionaria del partido, para dar a éste la fisonomía específica y propia del Partido Comunista adherido a la III Internacional. La polémica con los reformistas y los oportunistas no se empezó siquiera: ni la dirección del partido ni el Avanti! contrapusieron una concepción revolucionaria a la incesante propaganda que desarrollan los reformistas y los oportunistas en el Parlamento y en los organismos sindicales. Los órganos centrales del partido no hicieron nada por dar a las masas una educación política en sentido comunista, por inducir a las masas a eliminar a los reformistas y a los oportunistas de la dirección de las instituciones sindicales y cooperativas, por dar a las diversas secciones y grupos del partido que eran más activos una orientación y una táctica unificadas. Así ha ocurrido que mientras la mayoría revolucionaria del partido no ha podido expresar su pensamiento ni ha tenido ejecutores de su voluntad en la dirección ni en el periódico, los elementos oportunistas, en cambio, se han organizado sólidamente y han aprovechado el prestigio y la autoridad del partido para consolidar sus posiciones parlamentarias y sindicales. La dirección les ha permitido concentrarse y votar resoluciones contradictorias de los principios y la táctica de la III Internacional y hostiles a la orientación del partido; la dirección ha dejado autonomía absoluta a organismos subordinados, los cuales han desarrollado acciones y han difundido concepciones contrarias a los principios y a la táctica de la III Internacional; la dirección del partido ha estado sistemáticamente ausente de la vida y de la actividad de las secciones, de los organismos, de los diversos compañeros. La confusión que existía en el partido antes del Congreso de Bolonia y que podía explicarse por el régimen de guerra no ha desaparecido, sino que incluso ha aumentado de una manera espantosa; es natural que en esas condiciones el partido haya decaído en la confianza de las masas, y que en muchos lugares hayan intentado imponerse las tendencias anarquistas. El partido político de la clase obrera se justifica sólo en la medida en que, centralizando y coordinando enérgicamente la acción proletaria, contrapone un poder revolucionario de hecho al poder legal del Estado burgués y limita la libertad de iniciativa y de maniobra de éste; si el partido no realiza la unidad y la simultaneidad de los esfuerzos, si el partido resulta ser un mero organismo burocrático, sin alma y sin voluntad, la clase obrera tiende instintivamente a constituir otro partido y se desplaza hacia las tendencias anarquistas, las cuales se dedican precisamente siempre a criticar ásperamente la centralización y el funcionarismo de los partidos políticos.

6) El partido ha estado ausente del movimiento internacional. La lucha de clases va tomando en todos los países del mundo formas gigantescas; los proletarios oyen en todas partes la exhortación a renovar sus métodos de lucha, y a menudo, como en Alemania tras el golpe de fuerza militar, a levantarse con las armas en la mano. El partido no se preocupa por explicar al pueblo trabajador italiano esos acontecimientos, por justificarlos a la luz de la concepción de la Internacional comunista, no se ocupa de desarrollar toda una acción educativa orientada a dar conciencia al pueblo trabajador italiano de la verdad, de que la revolución proletaria es un fenómeno mundial y de que cada acaecimiento tiene que considerarse y juzgarse en un cuadro mundial. La III Internacional se ha reunido ya dos veces en Europa occidental, en diciembre de 1919 en una ciudad alemana y en febrero de 1920 en Amsterdam: el partido italiano no estuvo representado en ninguna de esas dos reuniones; los militantes del partido no han sido siquiera informados por los organismos centrales acerca de las discusiones ocurridas ni de las resoluciones tomadas por las dos conferencias. En el campo de la III Internacional hierven las polémicas acerca de la doctrina y la táctica de la Internacional comunista: esas polémicas han llevado a veces (como en Alemania) a

escisiones internas. El partido italiano está completamente al margen de ese floreciente debate ideal en el cual se templan las conciencias revolucionarias y se construye la unidad espiritual y de acción del proletariado de todos los países. El órgano central del partido no tiene correspondentes ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni siquiera en Suiza: rara situación para el periódico del partido socialista, que representa en Italia los intereses del proletariado internacional, y rara situación la provocada para la clase obrera italiana, que tiene que informarse por las noticias de las agencias y de los periódicos burgueses, truncas y tendenciosas. El *Avanti!*, como órgano del partido, tendría que ser órgano de la III Internacional; en el *Avanti!* deberían encontrarse todas las noticias, las polémicas, los estudios de problemas proletarios que interesan a la III Internacional; en el *Avanti!* habría que llevar a cabo, con espíritu unitario, una polémica constante contra todas las desviaciones y los compromisos oportunistas; el *Avanti!*, en cambio, resalta manifestaciones del pensamiento oportunista, como el reciente discurso parlamentario del diputado Treves, basado en una concepción pequeño-burguesa de las relaciones internacionales para desarrollar una teoría contrarrevolucionaria y derrotista de las energías proletarias. Esta carencia de preocupación de los órganos centrales por informar al proletariado de los acontecimientos y de las discusiones teóricas que se desarrollan en la III Internacional puede observarse también en la actividad de la Librería-Editorial del partido. La librería sigue publicando opúsculos sin importancia o escritos para difundir concepciones y opiniones propias de la II Internacional, mientras que ignora las publicaciones de la III Internacional. Escritos de camaradas rusos absolutamente imprescindibles para comprender la revolución bolchevique se han traducido en Suiza, en Inglaterra, en Alemania, y son ignorados en Italia: valga como ejemplo por todos el volumen de *Lenin Estado y Revolución*; los opúsculos de la III Internacional que se publican están, además, traducidos pésimamente y son a menudo incomprensibles por los retorcimientos de la gramática y del sentido común.

7) Resulta ya del análisis precedente cuál es la obra de renovación y de organización que consideramos indispensable en el partido. El partido tiene que adquirir una figura precisa y clara: de partido parlamentario pequeño-burgués tiene que convertirse en partido del proletariado revolucionario que lucha por el porvenir de la sociedad comunista a través del Estado obrero; partido homogéneo, cohesionado, con su doctrina, su táctica y una disciplina rígida e implacable. Los que no son comunistas revolucionarios tienen que ser eliminados del partido, y la dirección, liberada de la preocupación de conservar la unidad y el equilibrio entre las diversas tendencias y entre los diversos leaders, debe dirigir toda su energía a la organización de las fuerzas obreras en un dispositivo de guerra. Todo acontecimiento de la vida proletaria nacional e internacional tiene que comentarse inmediatamente en manifiestos y circulares de la dirección, para obtener argumentos de propaganda comunista y de educación de las conciencias revolucionarias. La dirección, manteniéndose siempre en contacto con las secciones, debe convertirse en centro motor de la acción proletaria en todas sus manifestaciones. Las secciones deben promover en todas las fábricas, en los sindicatos, en las cooperativas, en los cuarteles, la formación de grupos comunistas que difundan constantemente entre las masas las concepciones y la táctica del partido, que organicen la creación de Consejos de fábrica para el ejercicio del control de la producción industrial y agrícola, que desarrollen la propaganda necesaria para conquistar orgánicamente los sindicatos, las Cámaras del Trabajo y la Confederación General del Trabajo, para convertirse en los elementos de confianza que las masas delegarán para formar Sóviets políticos y para ejercer la dictadura proletaria. La existencia de un Partido Comunista cohesionado y fuertemente disciplinado, que coordine y concentre en su comité ejecutivo central toda la acción revolucionaria del proletariado, a través de sus núcleos de fábrica, de sindicato, de cooperativa, es la condición fundamental e indispensable para intentar cualquier experimento de Sóviet; a falta de esa condición, toda propuesta de experimento debe rechazarse por

absurda y útil sólo para los difamadores de la idea soviética. Del mismo modo hay que rechazar la propuesta del pequeño parlamento socialista, el cual se convertiría pronto en un instrumento en manos de la mayoría reformista y oportunista del grupo parlamentario para difundir utopías democráticas y proyectos contrarrevolucionarios.

8) La dirección debe estudiar, redactar y difundir inmediatamente un programa de gobierno revolucionario del Partido Socialista en el que se propongan las soluciones reales que el proletariado, convertido en clase revolucionaria, dará a todos los problemas esenciales --económicos, políticos, religiosos, educativos, etc.-- que acosan a los diversos estratos de la población trabajadora italiana. Basándose en la concepción de que el partido funda su potencia y su acción sólo en la clase de los obreros industriales y agrícolas que no tienen ninguna propiedad privada, y considera a los demás estratos del pueblo trabajador como auxiliares de la clase estrictamente proletaria, el partido debe lanzar un manifiesto en el cual plantee explícitamente la conquista revolucionaria del poder político, en el cual se invite al proletariado industrial y agrícola a prepararse y armarse y se indiquen los elementos de las soluciones comunistas a los problemas actuales: control obrero de la producción y la distribución, desarme de los cuerpos armados mercenarios, control de los ayuntamientos por las organizaciones obreras.

9) La sección socialista de Turín se propone promover, sobre la base de esas consideraciones, un acuerdo con los grupos de camaradas de todas las secciones que quieran constituirse para discutirlas y aprobarlas; acuerdo organizado que prepare en plazo breve un congreso dedicado a discutir los problemas de táctica y de organización proletaria y que controle al mismo tiempo la actividad de los organismos ejecutivos del partido.

Antonio Gramsci. Los partidos y la masa. L'Ordine Nuovo -diario-, 25 de septiembre de 1921.

La crisis constitucional en que se debate el Partido Socialista interesa a los comunistas en cuanto que es el reflejo de la crisis constitucional aun más profunda en que se debaten las grandes masas del pueblo italiano. Desde este punto de vista la crisis del partido socialista no puede y no debe ser considerada en forma aislada: forma parte de un cuadro más complejo, que abarca también al Partido Popular y al fascismo.

Políticamente las grandes masas no existen sino encuadradas en los partidos políticos: los cambios de opinión que se verifican en las masas bajo el empuje de las fuerzas económicas determinantes son interpretadas por los partidos, que se dividen primero en tendencias y después en una multiplicidad de nuevos partidos orgánicos: A través de este proceso de desarticulación, de neoasociación, de fusión entre los homogéneos, se revela un profundo proceso interior de descomposición de la sociedad democrática, hasta llegar a la alineación definitiva de las clases en lucha por la conservación o la conquista del poder de estado y del poder sobre el aparato de producción.

En el período entre el armisticio y la ocupación de las fábricas, el Partido Socialista representó a la mayoría del pueblo trabajador italiano, constituida por tres clases fundamentales: el proletariado, la pequeña burguesía, los campesinos pobres. De estas tres clases, sólo el proletariado era esencialmente y por tanto permanentemente revolucionario; las otras dos clases eran "ocasionalmente" revolucionarias, eran "socialistas de guerra", aceptaban la idea de la revolución en general, por los sentimientos de rebelión antigubernamental germinados durante la guerra. Ya que el Partido Socialista estaba constituido en su mayoría por elementos pequeñoburgueses y campesinos, hubiera podido hacer la revolución sólo en un primer tiempo después del armisticio, cuando los sentimientos de revuelta antigubernamental eran todavía activos y vivaces; por otro lado, estando el Partido Socialista constituido en su mayoría por pequeñoburgueses y campesinos (cuya

mentalidad no es muy diversa de la de los pequeñoburgueses de ciudad), no podía ser más que oscilante, dubitativo, sin un programa nítido y preciso, sin rumbo, y sin especialmente una conciencia internacionalista.

La ocupación de las fábricas, esencialmente proletaria, tomó desprevenido al Partido Socialista que era sólo parcialmente proletario, que estaba ya en una crisis de conciencia en sus otras partes constituyentes, gracias a los primeros golpes del fascismo. El fin de la ocupación de las fábricas desordenó completamente al Partido Socialista; las creencias revolucionarias infantiles y sentimentales se derrumbaron completamente; los dolores de la guerra se habían atenuado en parte (¡no se hace una revolución con los recuerdos del pasado!); el gobierno burgués parecía todavía fuerte en la persona de Giolitti y en la actividad fascista; los jefes reformistas afirmaron que era una locura pensar en la revolución comunista en general; Serrati afirmó que era una locura pensar en la revolución comunista en Italia en ese período. Sólo la minoría del partido, formada por la parte más avanzada y culta del proletariado industrial, no cambió su punto de vista comunista e internacionalista, no se desmoralizó por los sucesos cotidianos, no se dejó ilusionar por las apariencias de robustez y de energía del estado burgués. Así nació el Partido Comunista, primera organización autónoma e independiente del proletariado industrial, de la sola clase popular esencial y permanentemente revolucionaria.

El Partido comunista no se convirtió inmediatamente en partido de las grandes masas. Ello prueba una sola cosa: las condiciones de gran desmoralización y de gran abatimiento en que habían caído las masas en seguida del fracaso político de la ocupación de las fábricas. La fe se había apagado en un gran número de dirigentes; lo que antes había sido exaltado, era despreciado hoy; los sentimientos más íntimos y delicados de la conciencia proletaria eran torpemente aplastados por esa subalterna oficialidad dirigente, transformada en escéptica y corrupta en el arrepentimiento y en el remordimiento de su pasado de demagogia maximalista.

La masa popular, que inmediatamente después del armisticio se había formado alrededor del Partido Socialista, se desmembró, se licuó, se dispersó. La pequeña burguesía que había simpatizado con el socialismo, simpatizó con el fascismo; los campesinos, sin apoyo ya en el Partido Socialista, tuvieron más bien simpatía para el Partido Popular. Pero esta confusión de los antiguos efectivos del Partido Socialista con los fascistas por un lado y con los populares por el otro, no se quedó sin consecuencias.

El Partido Popular se acercó al Partido Socialista: en las elecciones parlamentarias, las listas abiertas populares, acogieron en todas las circunscripciones a centenares y millares de candidatos socialistas; en las elecciones municipales que se desarrollaron en algunas regiones rurales, por su parte, los socialistas, en lo que va de las elecciones políticas hasta hoy, generalmente no presentaron listas de minoría sino que aconsejaron a sus partidarios depositar sus votos por la lista popular; en Bérgamo el fenómeno tuvo una manifestación clamorosa: los populares extremistas se separaron de la organización blanca y se fundieron con los socialistas, fundando la cámara del trabajo y un semanario dirigido y escrito por socialistas y populares juntos. Objetivamente este proceso de acercamiento popular-socialista representa un progreso. La clase campesina se unifica, adquiere conciencia y noción de su solidaridad difusa, rompiendo el envoltorio de la cultura anticlerical pequeñoburguesa que hay en el campo socialista. Debido a esta tendencia de sus efectivos rurales, el Partido Socialista se separa cada vez más del proletariado industrial y por tanto parece que se va a romper la fuerte ligazón unitaria que el Partido Socialista parecía que había creado entre ciudad y campo; pero como esta ligazón en realidad no existía, no se desprende ningún daño efectivo de la nueva situación. En cambio se hace evidente una ventaja real: el Partido Popular sufre una inclinación muy fuerte a la izquierda y se convierte cada vez más en laico; acabará por separarse de su ala derecha, constituida por grandes y medianos propietarios de

tierras, es decir, entrará decididamente en el campo de la lucha de clases, ocasionando un formidable debilitamiento del gobierno burgués.

El mismo fenómeno se perfila en el campo fascista. La pequeña burguesía urbana, reforzada políticamente por los tránsfugas del Partido Socialista, después de la guerra, había intentado hacer fructificar la capacidad de organización y de acción militar adquirida durante la guerra. La guerra italiana fue dirigida, en ausencia de un estado mayor eficiente, por la oficialidad subalterna, es decir, por la pequeña burguesía. Las desilusiones sufridas en guerra habían desatado sentimientos muy fuertes de rebelión antigubernamental en esta clase, la cual, perdida la unidad militar de sus cuadros después del armisticio, se desparramó en los diversos partidos de masas, llevando consigo fermentos de rebelión, pero también incertidumbre, oscilaciones, demagogia. Una vez derrumbada la fuerza del Partido Socialista después de la ocupación de las fábricas, esta clase, con rapidez fulminante y bajo el empuje del mismo estado mayor que la había explotado en la guerra, reconstruyó militarmente a sus cuadros, se organizó nacionalmente. Maduración rapidísima, crisis constitucional rapidísima. La pequeña burguesía urbana, juguete en manos del estado mayor y de las fuerzas más retrógradas del gobierno, se alió con los propietarios agrarios y rompió por cuenta de ellos la organización de los campesinos. El pacto de Roma entre fascistas y socialistas marca el alto a esta política ciega y políticamente desastrosa para la pequeña burguesía urbana, que comprendió que estaba vendiendo su "primogenitura" por un plato de lentejas. Si el fascismo continuaba con sus expediciones punitivas como las hechas en Trevi, Sarzana, Roccastrada, la población se hubiera levantado en masa, y en el caso de una derrota popular, ciertamente, los pequeñoburgueses no hubieran tomado el poder sino el estado mayor y los latifundistas. El fascismo se acerca nuevamente al socialismo, la pequeña burguesía intenta romper sus ligas con la gran propiedad de la tierra, busca tener un programa que acaba por parecerse extrañamente al de Turati y D'Aragona.

Esta es la situación actual de las masas populares italianas: una gran confusión que siguió a la unidad artificial creada por la guerra y personificada en el Partido Socialista, una gran confusión que encuentra puntos de polarización dialéctica en el Partido Comunista, organización independiente del proletariado industrial; en el Partido Popular, organización de los campesinos; en el fascismo, organización de la pequeña burguesía. El Partido Socialista, que desde el armisticio hasta la ocupación de las fábricas representó la confusión demagógica de estas tres clases del pueblo trabajador, es hoy el máximo exponente y la víctima más conspicua del proceso de desarticulación (hacia un nuevo, definitivo asentamiento) que las masas populares italianas sufren como consecuencia de la descomposición de la democracia.

Cuaderno de la Cárcel nº 13 § <21>. Continua del "Nuevo Príncipe".

Continua del "Nuevo Príncipe". Dijimos anteriormente que en la época moderna el protagonista del nuevo Príncipe no podría ser un héroe personal, sino un partido político, el determinado partido que en cada momento dado y en las diversas relaciones internas de las diferentes naciones intenta crear (y este fin está racional e históricamente fundado) un nuevo tipo de Estado.

(...)

Con el partido totalitario, estas fórmulas pierden significación y son menospreciadas por consiguiente las instituciones que funcionaban en el sentido de tales fórmulas. Dichas funciones pasan a ser absorbidas por el partido, que exaltará el concepto abstracto de "Estado" y tratará de diversas maneras de dar la impresión de que la función de "fuerza imparcial" es activa y eficaz.

¿Es necesaria la acción política (en sentido estricto) para que se pueda hablar de "partido político"? En el mundo moderno se puede observar que en muchos países los partidos orgánicos y fundamentales, por necesidades de lucha o por otras razones, se han dividido en fracciones, cada una de las cuales asume el nombre de "partido" y aún, de partido independiente. Debido a ello con mucha frecuencia el Estado Mayor intelectual del partido orgánico no pertenece a ninguna de tales fracciones pero actúa como si fuese una fuerza dirigente por completo independiente, superior a los partidos y a veces considerada así por el público. Esta función se puede estudiar con mayor precisión si se parte del punto de vista de que un periódico (o un grupo de periódicos), una revista (o un grupo de revistas), son también "partidos" o "fracciones de partido" o "función de determinado partido". Piénsese en la función del "Times" en Inglaterra y del "Corriere della Sera" en Italia, pero también en la función de la llamada "prensa informativa", que se llama a sí misma "apolítica" y hasta de la prensa deportiva y técnica. Por otro lado, el fenómeno ofrece aspectos interesantes en los países donde existe un partido único y totalitario de gobierno, porque tal partido no cumple ya funciones estrictamente políticas, sino solamente técnicas, de propaganda, de policía, de influencia moral y cultural. La función política es indirecta, pues si no existen otros partidos legales, existen siempre de hecho otros partidos y tendencias que escapan a la coerción legal, contra los cuales se polemiza y lucha como en una partida de gallo ciego. De todas maneras es verdad que en tales partidos predominan las funciones culturales, dando lugar a un lenguaje político de jerga: es decir, que las cuestiones políticas revisten formas culturales y como tales devienen irresolubles. Pero hay un partido tradicional que tiene un carácter esencial "indirecto", o sea, se presenta como puramente "educativo" (lucus, etc.), moralista, de cultura (sic): es el movimiento libertario. Aun la llamada acción directa (terrorista) es concebida como "propaganda" por el ejemplo, lo cual permite reforzar el juicio de que el movimiento libertario no es autónomo, sino que vive al margen de los otros partidos "para educarlos". Se puede hablar de un "liberalismo" inherente a cada partido orgánico. (¿Qué son los "libertarios intelectuales o cerebrales" sino un aspecto de tal "marginalismo" con respecto a los grandes partidos de los grupos sociales dominantes?). La misma "secta de los economistas" era un aspecto histórico de este fenómeno.

Se presentan, por lo tanto, dos formas de "partido" que parecen hacer abstracción, como tal, de la acción política inmediata: el constituido por una élite de hombres de cultura que tienen la función de dirigir desde el punto de vista de la cultura, de la ideología general, un gran movimiento de partidos afines (que son en realidad fracciones de un mismo partido orgánico); y en el período más reciente, el partido no de élite sino de masas, que como tales no tienen otra función política que la de una fidelidad genérica de tipo militar, a un centro político visible o invisible (frecuentemente el centro visible es el mecanismo de comando de fuerzas que no desean mostrarse a plena luz sino operar sólo indirectamente, por interpósita persona y por "interpósita ideología"). La masa es simplemente de "maniobra" y se la mantiene "ocupada" con prédicas morales, con estímulos sentimentales, con mesiánicos mitos de espera de épocas fabulosas, en las cuales todas las contradicciones y miserias presentes serán automáticamente resueltas y curadas.

Cuando se quiere escribir la historia de un partido político es necesario en realidad afrontar toda una serie de problemas mucho menos simples de cuanto cree Robert Michels, por ejemplo, que sin embargo es considerado un especialista en la materia. ¿Cómo deberá ser la historia de un partido? ¿Será la mera narración de la vida interna de una organización política, cómo nace, los primeros grupos que la constituyen, las polémicas ideológicas a través de las cuales se forma su programa y su concepción del mundo y de la vida? Se trataría, en tal caso, de la historia de grupos restringidos de intelectuales y a veces de la biografía política de una sola personalidad. El marco del cuadro deberá ser, por consiguiente, más vasto y comprensivo.

Se deberá hacer la historia de una determinada masa de hombres que siguió a los promotores, los sostuvo con su confianza, con su lealtad, con su disciplina o los criticó en forma "realista" dispersándose o permaneciendo pasiva frente a algunas iniciativas. Pero esta masa ¿estará constituida solamente por los adherentes al partido? ¿Será suficiente seguir los congresos, las votaciones y el conjunto de actividades y de modos de existencia con los cuales una masa de partido manifiesta su voluntad? Evidentemente, será necesario tener en cuenta el grupo social del cual el partido en cuestión es la expresión y la parte más avanzada. La historia de un partido, en suma, no podrá ser menos que la historia de un determinado grupo social. Pero este grupo no está aislado, tiene amigos, afines, adversarios, enemigos. Sólo del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y frecuentemente también con interferencias internacionales) resultará la historia de un determinado partido, por lo que se puede decir que escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso, justamente en la medida en que su actividad particular haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país.

He aquí por qué del modo de escribir la historia de un partido deriva el concepto que se tiene de lo que un partido es y debe ser. El sectario se exaltará frente a los pequeños actos internos que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo. El historiador, aún dando a cada cosa la importancia que tiene en el cuadro general, pondrá el acento sobre todo en la eficiencia real del partido, en su fuerza determinante, positiva y negativa, en haber contribuido a crear un acontecimiento y también en haber impedido que otros se produjese.

El problema de saber cuándo se forma un partido, es decir, cuándo tiene un objetivo preciso y permanente, da lugar a muchas discusiones y con frecuencia, desgraciadamente, a una forma de vanidad que no es menos ridícula y peligrosa que la "vanidad de las naciones" de la cual habla Vico. Se puede decir, es verdad, que un partido jamás está acabado y formado en el sentido que todo desarrollo crea nuevas tareas y nuevas cargas, pero también en el sentido de que en ciertos partidos se verifica la paradoja de que concluyen de formarse cuando no existen más, es decir, cuando su existencia deviene históricamente inútil. Así, ya que cada partido no es más que una nomenclatura de clase, es evidente que para el partido que se propone anular la división en clases, su perfección y acabado consiste en no existir más, porque no existen clases y por lo tanto, tampoco sus expresiones. Pero aquí se quiere hacer resaltar un momento particular de este proceso de desarrollo, el momento subsiguiente a aquel en que un hecho puede o no existir, debido a que la necesidad de su existencia no se convirtió aún en "perentoria" y depende en "gran parte" de la existencia de personas de enorme poder volitivo y de extraordinaria voluntad.

¿Cuándo un partido deviene "necesario" históricamente? Cuando las condiciones para su "triunfo", para su ineludible transformarse en Estado están al menos en vías de formación y dejan prever normalmente su desarrollo ulterior. Pero en tales condiciones, ¿cuándo se puede decir que un partido no puede ser destruido por los medios normales? Para responder es necesario desarrollar un razonamiento: para que exista un partido es preciso que coexistan tres elementos fundamentales (es decir tres grupos de elementos):

1) Un elemento indefinido, de hombres comunes, medios, que ofrecen como participación su disciplina y su fidelidad, mas no el espíritu creador y con alta capacidad de organización. Sin ellos el partido no existiría, es verdad, pero es verdad también que el partido no podría existir "solamente" con ellos. Constituyen una fuerza en cuanto existen hombres que los centralizan, organizan y disciplinan, pero en ausencia de esta fuerza cohesiva se dispersarían y se anularían en una hojarasca inútil. No es cuestión de negar que cada uno de estos elementos pueda transformarse en una de las fuerzas de cohesión, pero de

ellos se habla precisamente en el momento en que no lo son y no están en condiciones de serlo, o si lo son actúan solamente en un círculo restringido, políticamente ineficaz y sin consecuencia.

2) El elemento de cohesión principal, centralizado en el campo nacional, que transforma en potente y eficiente a un conjunto de fuerzas que abandonadas a sí mismas contaría cero o poco más. Este elemento está dotado de una potente fuerza de cohesión, que centraliza y disciplina y sin duda a causa de esto está dotado igualmente, de inventiva (si se entiende "inventiva" en una cierta dirección, según ciertas líneas de fuerzas, ciertas perspectivas y también ciertas premisas). Es verdad también que un partido no podría estar formado solamente por este elemento, el cual sin embargo tiene más importancia que el primero para su constitución. Se habla de capitanes sin ejército, pero en realidad es más fácil formar un ejército que formar capitanes. Tan es así que un ejército ya existente sería destruido si le llegasen a faltar los capitanes, mientras que la existencia de un grupo de capitanes, acordes entre sí, con fines comunes, no tarda en formar un ejército aún donde no existe.

3) Un elemento medio, que articula el primero y el segundo, que los pone en contacto, no sólo "físico" sino moral e intelectual. En la realidad, para cada partido existen "proporciones definidas" entre estos tres elementos y se logra el máximo de eficacia cuando tales "proporciones definidas" son alcanzadas.

Partiendo de estas consideraciones, se puede decir que un partido no puede ser destruido por medios normales cuando existe necesariamente el segundo elemento, cuyo nacimiento está ligado a la existencia de condiciones materiales objetivas (y si este elemento no existe todo razonamiento es superfluo), aunque sea disperso y errante, ya que no pueden dejar de formarse los otros dos, o sea el primero que forma necesariamente el tercero como su continuación y su medio de expresarse.

Para que esto ocurra es preciso que haya surgido la convicción férrea de que es necesaria una determinada solución de los problemas vitales. Sin esta convicción no se formará más que el segundo elemento, cuya destrucción es más fácil a causa de su pequeño número. Sin embargo, es necesario que este segundo elemento si fuera destruido deje como herencia un fermento que le permita regenerarse. Pero, ¿dónde subsistirá y podrá desarrollarse mejor este fermento que en el primero y en el tercer elementos, los cuales, evidentemente, son los más homogéneos con el segundo? La actividad que el segundo elemento consagra a la constitución de este fermento es por ello fundamental, debiéndose juzgar en función 1) de lo que hace realmente; 2) de lo que prepara para el caso de que fuera destruido. Entre estos dos hechos es difícil indicar el más importante. Ya que en la lucha siempre se debe prever la derrota, la, preparación de los propios sucesores es un elemento tan importante como los esfuerzos que se hacen para vencer.

A propósito de la "vanidad" de los partidos se puede decir que es peor que la "vanidad de las naciones" de la cual habla Vico. ¿Por qué? Porque una nación no puede dejar de existir y en el hecho de su existencia es siempre posible considerar, aunque sea con buena voluntad y forzando la expresión, que su existencia está plena de destino y de significación. Un partido puede en cambio no existir en virtud de una necesidad interna. Es necesario no olvidar jamás que en la lucha entre las naciones, cada una de ellas tiene interés en que la otra sea debilitada por las luchas internas y que los partidos son justamente los elementos de dicha lucha. Para los partidos, por consiguiente, es siempre posible la pregunta de si existen por sus propias fuerzas, en virtud de una necesidad interna, o si por el contrario, existen solamente en función de intereses extranjeros (y en efecto, este punto no es olvidado jamás en las polémicas, por el contrario, es un tema sobre el cual se insiste aún en aquellos casos donde la respuesta no es dudosa, lo cual significa que este punto penetra y deja dudas). Naturalmente, es una tontería dejarse lacerar por esta duda. Políticamente, la cuestión tiene una importancia

sólo momentánea. En la historia del llamado principio de las nacionalidades, las intervenciones extranjeras en favor de los partidos nacionales que turban el orden interno de los Estados antagonistas son innumerables, tanto que cuando se habla, por ejemplo, de la política "oriental" de Cavour se pregunta si se trata de una "política", vale decir de una línea permanente, o de una estratagema del momento para debilitar a Austria con vistas al 1859 y al 1866. Así, en los movimientos mazzinianos de principios de 1870 (ejemplo: el asunto Barsanti) se ve la intervención de Bismarck, quien previendo una guerra con Francia y el peligro de una alianza ítalo-francesa, pensaba debilitar a Italia mediante conflictos internos. Así en los hechos de junio de 1914 algunos ven la intervención del Estado Mayor austriaco preparando la guerra que después sobrevendría. Como observamos la casuística es numerosa y es preciso tener ideas claras al respecto. Si se admite que con cualquier actitud que se adopte se le hace siempre el juego a alguien, lo importante es buscar por todos los medios de hacer bien el propio juego, esto es, de vencer netamente. De todas maneras, es necesario despreciar la "vanidad" de partido y sustituirla por hechos concretos. Quien sustituye los hechos concretos por la vanidad o hace la política de la vanidad, de inmediato es sospechado de poca seriedad. No es necesario agregar que para los partidos es preciso evitar aún la apariencia "justificada" de que se hace el juego a alguien, especialmente si ese alguien es un Estado extranjero; que luego se especule sobre esto, nadie lo puede evitar.

Es difícil pensar que un partido político cualquiera (de los grupos dominantes pero también de los grupos subalternos) no cumpla asimismo una función de policía, vale decir, de tutela de un cierto orden político y legal. Si esto fuese demostrado taxativamente, la cuestión debería ser planteada en otros términos: sobre los modos y direcciones en que tal función es ejercida. ¿Se realiza en el sentido de represión o de difusión? ¿Es de carácter reaccionario o progresista? El partido considerado, ¿ejerce su función de policía para conservar un orden exterior, extrínseco, obstaculizador de las fuerzas vivas de la historia, o la ejerce en el sentido de que tiende a conducir el pueblo a un nuevo nivel de civilización del cual el orden político y legal es una expresión programática? En efecto, una ley encuentra quienes la infringen: 1) entre los elementos sociales reaccionarios que la ley ha desposeído; 2) entre los elementos progresistas que la ley opprime; 3) entre los elementos que no alcanzaron el nivel de civilización que la ley puede representar. La función de policía de un partido puede ser, por consiguiente, progresista o regresiva; es progresista cuando tiende a mantener en la órbita de la legalidad a las fuerzas reaccionarias desposeídas y a elevar al nivel de la nueva legalidad a las masas atrasadas. Es regresiva cuando tiende a oprimir las fuerzas vivas de la historia y a mantener una legalidad superada, anti-histórica, transformada en extrínseca. Por otro lado, el funcionamiento del partido en cuestión suministra criterios discriminatorios; cuando el partido es progresista funciona "democráticamente" (en el sentido de un centralismo democrático), cuando el partido es regresivo funciona "burocráticamente" (en el sentido de un centralismo burocrático). En este segundo caso el partido es meramente ejecutor, no deliberante; técnicamente es un órgano de policía y su nombre de "partido político" es una pura metáfora de carácter mitológico.

Antonio Gramsci, Cuaderno de la Cárcel nº 13 § <23>

Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en los períodos de crisis orgánica. En cierto momento de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales. Esto significa que los partidos tradicionales, con la forma de organización que presentan, con aquellos determinados hombres que los constituyen, representan y dirigen; ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella. Cuando estas crisis se manifiestan, la situación inmediata se torna

delicada y peligrosa, porque el terreno es propicio para soluciones de fuerza, para la actividad de potencias oscuras, representadas por hombres providenciales o carismáticos.

¿Cómo se forman estas situaciones; de contraste entre "representados y representantes" que desde el terreno de los partidos (organizaciones de partido en sentido estricto, campo electoral-parlamentario, organización periodística) se transmiten a todo el organismo estatal, reforzando la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de las altas finanzas, de la Iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes a las fluctuaciones de la opinión pública? En cada país el proceso es diferente, aunque el contenido sea el mismo. Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que ocurre ya sea porque dicha clase fracasó en alguna gran empresa política para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas (la guerra por ejemplo) o bien porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeños burgueses intelectuales) pasaron de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su caótico conjunto constituyen una revolución. Se habla de "crisis de autoridad" y esto es justamente la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto.

La crisis crea peligrosas situaciones inmediatas porque los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. La clase dirigente tradicional que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reasume el control que se le estaba escapando con una celeridad mayor de cuanto ocurre en las clases subalternas; si es necesario hace sacrificios, se expone a un porvenir oscuro cargado de promesas demagógicas, pero se mantiene en el poder, lo refuerza por el momento y se sirve de él para destruir al adversario y dispersar a su personal directivo que no puede ser muy numeroso y adiestrado. El pasaje de las masas de muchos partidos bajo la bandera de un partido único, que representa mejor y resume las necesidades de toda la clase, es un fenómeno orgánico y normal, aunque su ritmo sea rapidísimo y casi fulminante en relación a las épocas tranquilas. Representa la fusión de todo un grupo social bajo una dirección única considerada como la única capaz de resolver un grave problema existente y alejar un peligro mortal. Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica, sino la solución del jefe carismático, ello significa que existe un equilibrio estático (cuyos factores pueden ser eliminados, prevaleciendo sin embargo la inmadurez de las fuerzas progresistas); que ningún grupo, ni el conservador ni el progresista, tiene fuerzas como para vencer y que el mismo grupo conservador tiene necesidad de un jefe (Cfr., *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*).

Este tipo de fenómenos está vinculado a una de las cuestiones más importantes que conciernen a los partidos políticos; a la capacidad del partido de reaccionar contra el espíritu de rutina, contra la tendencia a momificarse y a devenir anacrónico. Los partidos nacen y se constituyen en organizaciones para dirigir las situaciones en momentos históricamente vitales para sus clases; pero no siempre saben adaptarse a las nuevas tareas y a las nuevas épocas, no siempre saben adecuarse al ritmo de desarrollo del conjunto de las relaciones de fuerza (y por ende de la posición relativa de sus clases) en un país determinado o en el campo internacional. Cuando se analizan estos desarrollos de los partidos, es preciso distinguir el grupo social, la masa de los partidos, la burocracia y el Estado Mayor de los partidos. La burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa; si ella termina por constituir un cuerpo solidario y aparte y se siente independiente de la masa, el partido termina por convertirse en anacrónico y en los momentos de crisis aguda desaparece su contenido social y queda como en las nubes. Véase lo ocurrido a una serie de partidos alemanes con la expansión del hitlerismo. Los partidos franceses constituyen un campo rico para tales investigaciones: todos ellos son anacrónicos y están momificados, son documentos histórico-políticos de las diversas fases de la historia pasada de Francia, repitiendo una terminología envejecida; su crisis puede llegar a ser aún más catastrófica que la de los partidos alemanes.

Al examinar este tipo de acontecimientos se descuida habitualmente el dar una adecuada ubicación al elemento burocrático, civil y militar y no se tiene presente, además, que en tales análisis no deben entrar solamente los elementos militares y burocráticos en acción, sino también aquellos estratos sociales de los cuales, en los complejos estatales que estamos considerando, se recluta tradicionalmente la burocracia. Un movimiento político puede ser de carácter militar aunque el ejército como tal no participe allí abiertamente. Un gobierno puede ser de carácter militar aunque el ejército como tal no participe en el gobierno. En determinadas circunstancias puede ocurrir que convenga no "descubrir" al ejército, no hacerlo salir de la constitucionalidad, o como se dice, no llevar la política entre los soldados, para mantener la homogeneidad entre oficiales y soldados en un terreno de aparente neutralidad y superioridad, más allá de las facciones y sin embargo, es el ejército, o sea, el Estado Mayor y la oficialidad, quien determina la nueva situación y la domina. Por otro lado, no es cierto que el ejército, según la Constitución, jamás debe hacer política; el ejército debe justamente defender la Constitución, esto es, la forma legal del Estado con sus instituciones conexas. De allí que la llamada neutralidad significa solamente el apoyo a la parte más reaccionaria. Pero en tales situaciones, es necesario plantear la cuestión de esta manera, para impedir que en el ejército se reproduzcan las divergencias del país y desaparezca en consecuencia el poder determinante del Estado Mayor a causa de la disgregación del instrumento militar. Todos estos elementos de observación no son, por cierto, absolutos, tienen un peso muy diferente según los momentos históricos y según los países.

La primera investigación a realizar es la siguiente: ¿existe en algún país un estrato social generalizado para el cual la carrera burocrática, civil y militar, sea un elemento muy importante de vida económica y de afirmación política (participación efectiva en el poder, aunque sea indirectamente, por "chantaje")? En la Europa moderna este estrato se puede identificar en la burguesía rural media y pequeña, que está más o menos difundida en los diversos países según el desarrollo de las fuerzas industriales, por un lado, y de la reforma agraria por el otro. Ciertamente, la carrera burocrática (civil y militar) no es un monopolio de este estrato social; sin embargo, ella le es particularmente apta debido a la función social que este estrato desempeña y a las tendencias psicológicas que la función determina o favorece. Estos dos elementos dan al conjunto del grupo social una cierta homogeneidad y energía en la dirección, y por ende un valor político y una función frecuentemente decisiva en el conjunto del organismo social. Los miembros de este grupo están habituados a mandar directamente núcleos de hombres, aunque sean a veces exiguos, y a comandar desde un punto de vista "político", no "económico"; es decir, que en su arte de dirección no hay una aptitud para ordenar las "cosas", para ordenar "hombres y cosas" en un todo orgánico, como ocurre en la producción industrial, porque este grupo no tiene funciones económicas en el sentido moderno del término. Tiene una renta porque jurídicamente es propietario de una parte del suelo nacional y su función consiste en impedir "políticamente" al campesino cultivador mejorar su propia existencia, porque todo mejoramiento de la posición relativa del campesino sería catastrófico para su posición social. La miseria crónica y el trabajo prolongado del campesino, con el consiguiente embrutecimiento, constituyen para él una necesidad primordial. Por ello despliega la máxima energía en la resistencia y en el contraataque a la menor tentativa de organización autónoma del trabajo campesino y a todo movimiento cultural campesino que escape del ámbito de la religión oficial. Este grupo social encuentra sus límites y las razones de su debilidad intrínseca en su dispersión territorial y en la "falta de homogeneidad" que está vinculada estrechamente a tal dispersión; esto explica también otras características como la volubilidad, la multiplicidad de los sistemas ideológicos seguidos, la misma rareza de las ideologías a veces adoptadas.

La voluntad está orientada hacia un fin, pero ella es lenta y tiene necesidad, por lo general, de un largo proceso para centralizarse organizada y políticamente. El proceso se

acelera cuando la "voluntad" específica de este grupo coincide con la voluntad y los intereses inmediatos de la clase alta; no sólo el proceso se acelera sino que a veces, estando organizada, dicta su ley a la clase alta, al menos en lo que respecta a la "forma" de la solución si no al contenido. Se ven aquí jugar las mismas leyes observadas en las relaciones ciudad-campo en lo que respecta a las clases subalternas, la fuerza de la ciudad se transforma automáticamente en fuerza del campo, pero ya que en el campo los conflictos asumen de inmediato una forma aguda y "personal", por la ausencia de márgenes económicos y de la presión normalmente más fuerte que se ejerce de arriba hacia abajo, en el campo los contraataques deben ser más rápidos y decisivos. El grupo en cuestión comprende y ve que el origen de sus males está en la ciudad, en la fuerza de las ciudades y por ello comprende que "debe" dictar la solución a las clases altas urbanas, a fin de que el foco principal sea apagado, aunque esto no convenga de inmediato a las altas clases urbanas, ya sea porque es demasiado dispendioso o porque a la larga se transforma en peligroso (estas clases parten de la visión de ciclos más amplios de desarrollo, en los cuales es posible maniobrar, y no solamente del interés "físico" inmediato). En este sentido debe entenderse la función directiva del estrato en cuestión y no en un sentido absoluto; sin embargo no es poca cosa. Es preciso anotar cómo el carácter "militar" de dicho grupo social, que tradicionalmente era un reflejo espontáneo de ciertas condiciones de existencia es ahora conscientemente educado y preparado en forma orgánica. En este movimiento consciente entran los esfuerzos sistemáticos para hacer surgir y para mantener de una manera estable las diferentes asociaciones de militares en retiro y de ex-combatientes de los diferentes cuerpos y armas, especialmente de oficiales, que están ligados a los Estados Mayores y pueden ser movilizados oportunamente sin necesidad de movilizar el ejército de leva, quien mantendría así su carácter de reserva de alarma, reforzada e inmunizada de la descomposición política por estas fuerzas "privadas" que no podrán dejar de influir en su "moral", sosteniéndola y robusteciéndola. Puede decirse que se verifica un movimiento de tipo "cosaco", no en formaciones escalonadas a lo largo de la frontera nacional, como ocurría con los cosacos zaristas, sino a lo largo de las "fronteras" de cada grupo social.

Un reflejo de este grupo se ve en la actividad ideológica de los intelectuales conservadores de derecha. El libro de GAETANO MOSCA, *Teorica dei governi e governo parlamentare* (segunda edic. de 1925, primera edic. de 1883) Puede servir de ejemplo a este respecto; desde 1883 Mosca estaba aterrorizado por un posible contacto entre la ciudad y el campo. Mosca, por su posición defensiva (de contra-ataque) comprendía mejor en 1883 la técnica de la política de las clases subalternas que la comprensión que tenían de ella, aún muchas decenas de años después, los representantes de estas fuerzas subalternas, comprendidas las urbanas.

En toda una serie de países, por lo tanto, la influencia del elemento militar en la vida estatal no significa sólo influencia y peso del elemento técnico-militar, sino también influencia y peso del estrato social de donde el elemento técnico-militar (sobre todo de los oficiales subalternos) extrae su origen. Esta serie de observaciones son indispensables para analizar el aspecto más íntimo de aquella determinada forma política que suele llamarse cesarismo o bonapartismo, para distinguirla de otras formas en las cuales el elemento técnico militar como tal predomina, bajo formas quizá más visibles y exclusivas.

(...)

En los análisis concretos de los acontecimientos reales las formas históricas están bien caracterizadas y son casi "únicas". César representa una combinación de circunstancias reales muy diferentes a las representadas por Napoleón I, así como las de Primo de Rivera difieren de las de Zivkovitch, etc.

En el análisis del tercer grado o momento del sistema de las relaciones de fuerzas existentes en una situación determinada, se puede recurrir con utilidad al concepto que, en la

ciencia militar, se denomina "coyuntura estratégica", o sea, con mayor precisión, el grado de preparación estratégica del teatro de la lucha, uno de cuyos principales elementos está dado por las condiciones cualitativas del personal dirigente y de las fuerzas activas que se pueden llamar de primera línea (comprendidas también las de asalto). El grado de preparación estratégica puede dar la victoria a fuerzas "aparentemente" (es decir cuantitativamente) inferiores a las adversarias. Se puede decir que la preparación estratégica tiende a reducir a cero los llamados "factores imponderables", esto es, las reacciones inmediatas y sorpresivas de parte, en un momento dado, de las fuerzas tradicionalmente inertes y pasivas. Entre los elementos de la preparación de una coyuntura estratégica favorable deben incluirse justamente aquellos considerados en las observaciones sobre la existencia y la organización de un grupo militar junto al organismo técnico del ejército nacional.

(...)

Antonio Gramsci, Cuaderno de la Cárcel nº 13 § <36> 1932-1943

Sobre la burocracia. 1) El hecho de que en el desarrollo histórico de las formas políticas y económicas se haya venido formando el tipo del funcionario de "carrera", técnicamente adiestrado en el trabajo burocrático (civil y militar), tiene una importancia primordial en la ciencia política y en la historia de las formas estatales. ¿Se trató de una necesidad o de una degeneración, con respecto al autogobierno (self-government), como pretenden los liberalistas "puros"? Es cierto que toda forma social y estatal tuvo sus problemas de funcionarios, un modo propio de plantearlo y resolverlo, un sistema de selección, un tipo de funcionario a educar. Reconstruir el desarrollo de todos estos elementos es de una importancia capital. El problema de los funcionarios coincide en parte con el problema de los intelectuales. Pero si es verdad que toda forma social y estatal nueva tuvo necesidad de un nuevo tipo de funcionario, es verdad, también, que los nuevos grupos dirigentes jamás pudieron prescindir, al menos por un cierto tiempo, de la tradición y de los intereses constituidos, es decir, de las formaciones de funcionarios ya existentes y constituidos antes de su advenimiento (esto sobre todo en la esfera eclesiástica y militar). La unidad del trabajo manual e intelectual y un ligamen más estrecho entre el poder legislativo y el ejecutivo (por el cual los funcionarios electos se interesan no sólo por el control sino también por la ejecución de los asuntos de Estado), pueden ser motivos que inspiren tanto una nueva dirección en la solución del problema de los intelectuales como de los funcionarios.

2) A la cuestión de la burocracia y de su organización "óptima" está vinculada la discusión sobre el llamado "centralismo orgánico" y el "centralismo democrático" (el cual, por otro lado, no tiene nada que ver con la democracia abstracta, puesto que la Revolución francesa y la tercera república, por ejemplo, desarrollaron formas de centralismo orgánico que no habían conocido ni la monarquía absoluta ni Napoleón I). Será preciso investigar y examinar las reales relaciones económicas y políticas, que encuentran su forma organizativa, su articulación y su funcionalidad en las diversas manifestaciones de centralismo orgánico y democrático en todos los campos: en la vida estatal (unitarismo, federalismo, unión de Estados federados, federación de Estados o Estado federal, etc.); en la vida interestatal (alianzas, diversas formas de "constelación" política internacional); en la vida de las asociaciones políticas y culturales (masonería, Rotary Club, Iglesia católica); sindicales, económicas (cárteles, truts); en un mismo país, en diversos países, etc.

(...)

Sin embargo, es preciso distinguir entre aquellas teorías del centralismo orgánico que ocultan un programa preciso de predominio real de una parte sobre el todo (aún cuando dicha parte esté constituida por una capa como la de los intelectuales o por un grupo

territorial "privilegiado") y aquéllas que son una simple posición unilateral de sectarios y fanáticos y que aun pudiendo ocultar un programa de predominio (generalmente de una personalidad, como la del Papa, infalible, respecto del cual el catolicismo se ha transformado en una especie de culto del pontífice), no parecen esconder en lo inmediato un programa tal como hecho político consciente. El nombre más exacto sería el de centralismo burocrático. El carácter "orgánico" sólo puede pertenecer al centralismo democrático, que es un "centralismo" en movimiento, vale decir, una continua adecuación de la organización al movimiento real, una capacidad de equilibrar el impulso de la base con las directivas de la superioridad, una inserción continua de los elementos que surgen de lo profundo de la masa en el sólido cuadro del aparato de dirección, el cual asegura la continuidad y la acumulación regular de las experiencias. Tal centralismo es "orgánico" porque tiene en cuenta el movimiento, que es la forma orgánica en que se revela la realidad histórica, y no se esteriliza mecánicamente en la burocracia; al mismo tiempo tiene en cuenta aquello que es relativamente estable y permanente o que por lo menos se mueve en una dirección fácil de proveer. En el Estado, este elemento de estabilidad se encarna en el desarrollo orgánico del núcleo central del grupo dirigente, de una manera análoga a lo ocurrido en pequeña escala en la vida de los partidos. La preponderancia del centralismo burocrático en el Estado indica que el grupo dirigente está saturado, que se ha transformado en una camarilla estrecha que tiende a perpetuar sus mezquinos privilegios regulando o también sofocando el nacimiento de las fuerzas opositoras, aunque estas fuerzas sean análogas a los intereses dominantes fundamentales (por ej. en los sistemas proteccionistas a ultranza en lucha con el liberalismo económico). En los partidos que representan a grupos socialmente subalternos, el elemento de estabilidad es necesario para asegurar la hegemonía no de los grupos privilegiados sino de los elementos progresistas, orgánicamente progresivos en relación a las otras fuerzas afines o aliadas, pero compuestas y oscilantes.

En todo caso es preciso poner de relieve que las manifestaciones morbosas de centralismo burocrático han ocurrido por la deficiencia de iniciativa y de responsabilidad existente en la base, vale decir, por el primitivismo político de las fuerzas periféricas, aun cuando éstas fueran homogéneas con el grupo territorial hegemónico (fenómeno del "piamontismo" en los primeros decenios de la unidad italiana). El que tales situaciones se produzcan puede ser extremadamente dañoso y peligroso en los organismos tradicionales (Sociedad de las Naciones).

(...)

El centralismo democrático ofrece una fórmula elástica, que se presta a muchas encarnaciones; dicha fórmula vive en cuanto es interpretada y adaptada continuamente a las necesidades. Consiste en la búsqueda crítica de lo que es igual en la aparente disformidad, y en cambio distinto y aún opuesto en la aparente uniformidad, para organizarlo y conectarlo estrechamente a aquello que es similar, aunque de una manera tal que esta organización y esta conexión aparezcan como una necesidad práctica, "inductiva", experimental y no como resultado de un proceso racionalista, deductivo, abstracto, es decir, propio de los intelectuales puros (o puros asnos). Este lento y continuo trabajo por separar el elemento "internacional" y "unitario" en la realidad nacional y localista es, en esencia, la acción política concreta, la única actividad creadora de progreso histórico. Exige una unidad orgánica entre teoría y práctica, entre capas intelectuales y masas populares, entre gobernantes y gobernados. Desde este punto de vista las fórmulas de unidad y federación pierden gran parte de su significado, mientras continúan siendo perniciosas en la concepción burocrática, partiendo de la cual no llegaremos a la unidad sino a un pantano estancado, superficialmente calmo y "mudo", ni tampoco a una federación sino a una "bolsa de patatas", vale decir, a una yuxtaposición mecánica de "unidades" particulares sin nexos entre sí.

Antonio Gramsci, Cuaderno de la Cárcel nº 2 § <75> 1929-1933

R. Michels, "Le parti politique --escribe Michels-- ne saurait être étymologiquement et logiquement qu'une partie de l'ensemble des citoyens, organisée sur le terrain de la politique. Le parti n'est donc qu'une fraction, pars pro toto" ["El partido político no podría ser, desde un punto de vista etimológico y lógico, más que una parte del conjunto de los ciudadanos. El partido es, por consiguiente, sólo una fracción, solo es una parte de la totalidad"].

Según Max Weber, tiene su origen en dos tipos de causas: sería especialmente una asociación espontánea de propaganda y agitación que tiende al poder para procurar así a sus adherentes activos (militantes) las posibilidades morales y materiales para realizar los fines objetivos o ventajas personales, o también las dos cosas juntas. La orientación general de los partidos políticos consistiría, por tanto, en el Machtstreben, personal o impersonal. En el primer caso los partidos personales se basarían en la protección acordada a los inferiores por un hombre poderoso. En la historia de los partidos políticos son muy frecuentes los casos de este tipo. En la vieja dieta prusiana de 1855, que comprendía muchos grupos políticos, todos tenían el nombre de sus jefes. El único grupo que se dio un nombre verdadero fue uno nacional, el polaco. La historia del movimiento obrero demuestra que los socialistas no despreciaron esta tradición burguesa. Frecuentemente, los partidos socialistas tienen los nombres de sus jefes ("comme pour faire l'aveu public de leur assujettissement complet à ces chefs" ["como para confesar públicamente su sometimiento completo a estos jefes"]). En Alemania, entre 1863 y 1875, las fracciones socialistas rivales eran los marxistas y los lassallianos. En Francia, en una época más reciente, las grandes corrientes socialistas se dividían en brousistos, alemanistas, blanquistas, guesdistas y jauresistas. Es verdad que los hombres que daban el nombre a los diversos movimientos personificaban lo más completamente posible las ideas y las tendencias que inspiraban al partido y lo guiaron durante toda su evolución. Existe quizás alguna analogía entre los partidos políticos y las sectas religiosas o las órdenes monásticas, Ives Guyot ha observado que el individuo perteneciente al partido moderno actúa como los frailes del Medioevo, que adoptaron el nombre de san Domingo, san Benedicto, san Agustín, san Francisco. He aquí partidos-tipo que podrían ser llamados *partis de patronage*⁴. Cuando el jefe ejerce una influencia sobre sus adherentes por cualidades tan sorprendentes que parecen sobrenaturales, puede ser llamado jefe carismático (carisma don de Dios, recompensa: cfr. M. WEBER, op. cit., p. 140) (...) Sin embargo, esta especie de partido se presenta a veces bajo formas más generales. El mismo Lassalle, el jefe de los lassallianos, oficialmente era sólo el presidente por vida de la Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein. Se complacía en jactarse ante sus fautores de la idolatría de que gozaba por parte de las masas delirantes y de las vírgenes vestidas de blanco que le cantaban coros y le ofrecían flores. Esta fe carismática no era sólo fruto de una psicología exuberante y un poco megalómana, sino que correspondía también a una concepción teórica. Nosotros debemos --decía a los obreros renanos, exponiéndoles sus ideas sobre la organización del partido-- con todas nuestras voluntades dispersas forjar un martillo y ponerlo en las manos de un hombre cuya inteligencia, carácter y devoción (dévouement) sean una garantía de que golpeará enérgicamente. Era el martillo del dictador. Más tarde las masas exigieron al menos un simulacro de democracia y de poder colectivo, se formaron grupos cada vez más numerosos de jefes que no admitían la dictadura de uno sólo. Jaurès y Bebel son dos tipos de jefes carismáticos. Bebel, huérfano de un suboficial de Pomerania, hablaba altivamente (?) y era imperativo (...). Jaurès, orador extraordinario, sin igual,

⁴ Nota de JT: partidos de padronazgo.

inflamado, romántico y al mismo tiempo realista, trataba de superar las dificultades "poniendo en serie" los problemas, para abatirlos a medida que se planteaban. Los dos grandes jefes, amigos y enemigos, tenían en común una fe indómita tanto en la eficacia de su acción como en los destinos de las legiones de las cuales eran abanderados. Ambos fueron deificados: Babel aún vivo, Jaurès después de muerto.

Mussolini es otro ejemplo de jefe-partido con algo de profeta y de creyente. Más él, por otro lado, no es sólo jefe único de un gran partido sino también el jefe único de un gran Estado. Con él la noción del axioma: "El partido soy yo", ha logrado, en el sentido de la responsabilidad y del trabajo asiduo, el máximo desarrollo. Esto es históricamente inexacto. En tanto está prohibida la formación de grupos está prohibida toda discusión de asamblea, puesto que éstas han sido desastrosas. Mussolini se sirve del Estado para dominar al partido y sólo en parte se sirve del partido para dominar al Estado. Por otro lado el llamado "carisma", en el sentido utilizado por Michels, coincide siempre en el mundo moderno con una fase primitiva de los partidos de masa, aquélla en que la doctrina se presenta a las masas como algo nebuloso y no coherente que necesita de un Papa infalible para ser interpretada y adaptada a las circunstancias. Este fenómeno ocurre tanto más cuanto el partido, que nace y se forma, lo hace no sobre la base de una concepción del mundo unitaria y rica en desarrollos por ser expresión de una clase históricamente esencial y progresista, sino sobre la base de ideologías incoherentes y desordenadas, alimentadas por sentimientos y emociones que no alcanzaron todavía la disolución total porque las clases (o la clase) de las cuales son expresión, aún cuando desde un punto de vista histórico estén en trance de disolverse, tienen todavía una cierta base y apelan a las glorias del pasado para defenderse del porvenir. El ejemplo que Michels da como prueba de la resonancia en las masas de esta concepción es infantil para quien conoce la facilidad con que caen las masas italianas en la exageración sentimental y en el entusiasmo "emotivo": una voz sobre diez mil presentes ante el Palazzo Chigi habría gritado: "No: tú eres Italia" en una ocasión de conmoción objetivamente real de la masa fascista. Mussolini habría luego manifestado la esencia carismática de su carácter en el telegrama enviado a Bolonia, en el cual decía estar seguro, absolutamente seguro (y lo estaba por cierto, pour cause) que nada grave podía ocurrirle antes de haber concluido su misión. "Nous n'avons pas ici à indiquer les dangers que la conception carismatique peut entraîner" (?). La dirección carismática lleva consigo un dinamismo político muy vigoroso. Saint-Simon, en su lecho de muerte, dijo a sus discípulos que siempre era necesario recordar que para hacer grandes cosas es preciso ser apasionados. Ser apasionados significa tener el don de apasionar a los demás. Es un estimulante formidable. Esta es la ventaja de los partidos carismáticos sobre los otros, basados en un programa bien definido y en los intereses de clase. Es cierto, sin embargo, que la duración de los partidos carismáticos está regulada con frecuencia por la duración de su impulso y de su entusiasmo, que tiene a veces una base muy frágil. De allí que veamos en los partidos carismáticos la tendencia a apoyar sus valores psicológicos sobre organizaciones más duraderas de los intereses humanos. El jefe carismático puede pertenecer a cualquier partido, ya sea autoritario como antiautoritario. [En el caso de que existan partidos antiautoritarios como partidos; sucede por el contrario que los "movimientos" antiautoritarios, anarquistas, anarco-sindicalistas se transforman en "partido" porque el agrupamiento se da en torno a personalidades organizativamente "irresponsables", en cierto sentido "carismáticas"].

La clasificación de los partidos de Michels es muy superficial y sumaria, pues se atiene a caracteres externos y genéricos: 1) partidos "carismáticos", o sea, agrupados en torno a ciertas personalidades, con programas rudimentarios. La base de estos partidos es la fe y la autoridad de uno sólo [tales partidos no existieron nunca; ciertas expresiones de intereses están representadas en cierto momento por algunas personalidades más o menos excepcionales: en ciertos momentos de "permanente anarquía" debida al equilibrio estático de

las fuerzas en lucha, un hombre representa el "orden", es decir, la ruptura a través de medios excepcionales del equilibrio normal y en torno a él se reagrupan los "aterrados", las "pécoras hidrófobas" de la pequeña burguesía; pero siempre hay un programa, aunque sea general, o mejor general, justamente, porque tiende sólo a rehacer el barniz político exterior, adaptándolo a un contenido social que atraviesa más que una verdadera crisis constitucional, una crisis debida al número demasiado grande de descontentos, difíciles de dominar por su mera cantidad y por la simultánea, pero mecánicamente simultánea, manifestación del descontento sobre toda el área nacional]; 2) partidos que tienen como base los intereses de clase, económicos y sociales, partidos de obreros, campesinos o de petites gens, ya que los burgueses no pueden por sí solos formar un partido; 3) partidos políticos generados (!) por ideas políticas o morales, generales y abstractas: cuando esta concepción se basa en un dogma más desarrollado y elaborado hasta en los detalles, se podría hablar de partidos doctrinarios, cuyas doctrinas serían privilegios de los jefes: partidos libre-cambistas o protecciónistas o que proclaman los derechos de libertad o de justicia como: ¡a cada uno el producto de su trabajo!, ¡a cada uno según sus fuerzas!, ¡a cada uno según sus necesidades!".

Michels descubre, menos mal, que esta distinción no puede ser neta ni completa, ya que los partidos "concretos" representan por lo general matices intermedios o combinaciones de los tres. A estos tres tipos se les agregan otros dos: los partidos confesionales y los partidos nacionales [sería preciso agregar también los partidos republicanos en el régimen monárquico y los partidos monárquicos en el régimen republicano]. Según Michels los partidos confesionales más que una Weltanschauung profesan una Ueberweltanschauung [que por otro lado es lo mismo]. Los partidos nacionales profesan el principio general del derecho de cada pueblo y de cada fracción de pueblo a la soberanía completa, sin condiciones (teorías de P. S. Mancini). Pero luego de 1848 estos partidos desaparecieron y surgieron los partidos nacionalistas sin principios generales ya que niegan a todos los demás, [aun cuando los partidos nacionalistas no siempre niegan "teóricamente" a los otros pueblos lo que afirman para el suyo: remiten la resolución del conflicto a las armas, cuando no parten de vagas concepciones sobre misiones nacionales, tal como lo afirma el mismo Michels].

El artículo está lleno de palabras vacías e imprecisas. "La necesidad de la organización y las tendencias ineluctables (!) de la psicología humana, individual y colectiva, cancelan a la larga la mayor parte de las distinciones originarias". [Esto quiere decir: el tipo "sociológico" no corresponde al hecho concreto]. "El partido político como tal tiene su propia alma (!) independiente de los programas y de los reglamentos que se ha dado y de los principios eternos de los que está embebido". Tendencia a la oligarquía. "Dándose los jefes, los mismos obreros se crean, con sus propias manos, nuevos patrones cuya principal arma de dominio consiste en su superioridad técnica e intelectual y en la imposibilidad de un control eficaz de parte de sus mandantes". Los intelectuales tienen una función (en esta manifestación). Los partidos socialistas, gracias a los numerosos puestos retribuidos y honoríficos de los cuales disponen, ofrecen a los obreros [¡a un cierto número de obreros, naturalmente!] una posibilidad de hacer carrera, lo cual ejerce sobre ellos una considerable fuerza de atracción [esta fuerza se ejerce, pero más sobre los intelectuales]. Complejidad progresiva de la función política por la cual los jefes de los partidos se transforman cada vez más en profesionales que deben tener nociones cada vez más exactas, un tacto, una práctica burocrática y frecuentemente una astucia cada vez más vasta. Así, los dirigentes se alejan siempre más de las masas y se observa la flagrante contradicción que existe en los partidos avanzados entre las declaraciones y las intenciones democráticas y la realidad oligárquica. [Es preciso observar, sin embargo, que una cosa es la democracia en el partido y otra la democracia en el Estado: para conquistar la democracia en el Estado puede ser necesario (o mejor es casi siempre necesario) un partido fuertemente centralizado; y aún más: las

cuestiones de democracia y de oligarquía tienen un significado preciso que está dado por la diferencia de clase entre jefes y gregarios. La cuestión deviene política, o sea adquiere un valor real y no sólo de esquematismo sociológico, cuando en la organización se producen escisiones de clase: esto ocurrió en los sindicatos y en los partidos socialdemócratas. Si no existen diferencias de clase la cuestión es puramente técnica (la orquesta no cree que el director sea un patrón oligárquico) de división del trabajo y de educación, es decir: que la concentración debe tener en cuenta que en los partidos populares la educación y el "aprendizaje" político se verifica en gran parte a través de la participación activa de los gregarios en la vida intelectual (discusiones) y organizativa de los partidos. La solución del problema, que se complica justamente por el hecho de que en los partidos avanzados los intelectuales cumplen una gran función, puede encontrarse en la formación de un estrato medio colocado entre los jefes y las masas, que sea lo más numeroso posible y que sirva de equilibrio para impedir a los jefes desviarse en los momentos de crisis radical y para elevar cada vez más a las masas].

Las ideas de Michels sobre los partidos políticos son bastante confusas y esquemáticas, pero son interesantes como recolección de materiales en bruto y de observaciones empíricas y dispares. Además, no son pocos los errores de hecho (el partido bolchevique habría nacido de las ideas minoritarias de Blanqui y de las concepciones, más severas y diversificadas, del movimiento sindical francés, inspiradas por G. Sorel). La bibliografía de los escritos de Michels siempre se puede reconstruir partiendo de sus mismos escritos, ya que la cita abundantemente. La investigación puede comenzar por los libros que ya tengo. Una observación interesante sobre el modo de trabajar y de pensar de Michels: sus escritos están repletos de citas bibliográficas, en gran parte ociosas y molestas. (...) Puede tener alguna importancia saber quién hizo por primera vez una cierta observación, tanto más si ésta observación ha servido de estímulo a una investigación o ha hecho progresar de alguna manera una ciencia, pero anotar que tal o cual dijo que dos más dos son cuatro, es por lo menos inadecuado.

(...)

La pura descriptividad y la clasificación externa de la vieja sociología positivista constituyen otro carácter esencial de estos escritos de Michels, quien carece de la metodología intrínseca a los hechos, de todo punto de vista crítico que no sea un amable escepticismo de salón o de café reaccionario respecto de las píllerías igualmente superficiales del sindicalismo revolucionario y del sorelismo.

(...)

Antonio Gramsci, Cuaderno de la Cárcel nº 3 (XX) § <48>

Es spontaneidad y dirección consciente. Se pueden dar varias definiciones de la expresión "es spontaneidad", porque el fenómeno al que se refiere es multilateral. Hay que observar, por de pronto, que la espontaneidad "pura" no se da en la historia: coincidiría con la mecanicidad "pura". En el movimiento "más espontáneo" los elementos de "dirección consciente" son simplemente incontrolables, no han dejado documentos identificables. Puede por eso decirse que el elemento de la espontaneidad es característico de la "historia de las clases subalternas", y hasta de los elementos más marginales y periféricos de esas clases, los cuales no han llegado a la conciencia de la clase "para sí" y por ello no sospechan siquiera que su historia pueda tener importancia alguna, ni que tenga ningún valor dejar de ella restos documentales.

Existe, pues, una "multiplicidad" de elementos de "dirección consciente" en esos movimientos, pero ninguno de ellos es predominante ni sobrepasa el nivel de la "ciencia popular" de un determinado estrato social, del "sentido común", o sea, de la concepción del

mundo tradicional de aquel determinado estrato. Este es precisamente el elemento que De Man contrapone empíricamente al marxismo, sin darse cuenta (aparentemente) de que está cayendo en la misma posición de los que, tras describir el folklore, la hechicería, etc., y tras demostrar que estos modos de concebir tienen una raíz históricamente robusta y están tenazmente aferrados a la sicología de determinados estratos populares, creyeran haber "superado" con eso la ciencia moderna y tomaran por "ciencia moderna" los burdos artículos de las revistas de difusión popular de la ciencia y las publicaciones por entregas. Este es un verdadero caso de teratología intelectual, del cual hay más ejemplos: los "hechiceristas" relacionados con Maeterlinck, que sostienen que hay que recoger el hilo de la alquimia y de la hechicería, roto por la violencia, para poner a la ciencia en un camino más fecundo de descubrimientos, etc. Pero De Man tiene un mérito incidental: muestra la necesidad de estudiar y elaborar los elementos de la sicología popular, históricamente y no sociológicamente, activamente (o sea, para transformarlos, educándolos, en una mentalidad moderna) y no descriptivamente como hace él; pero esta necesidad estaba por lo menos implícita (y tal vez incluso explícitamente declarada) en la doctrina de Ilíci [Lenin.], cosa que De Man ignora completamente. El hecho de que existan corrientes y grupos que sostienen la espontaneidad como método demuestra indirectamente que en todo movimiento "espontáneo" hay un elemento primitivo de dirección consciente, de disciplina. A este respecto hay que practicar una distinción entre los elementos puramente "ideológicos" y los elementos de acción práctica, entre los estudiosos que sostienen la espontaneidad como "método" inmanente y objetivo del devenir histórico y los políticos que la sostienen como método "político". En los primeros se trata de una concepción equivocada; en los segundos se trata de una contradicción inmediata y mezquina que trasluce un origen práctico evidente, a saber, la voluntad práctica de sustituir una determinada dirección por otra. También en los estudiosos tiene el error un origen práctico, pero no inmediato como en el caso de los políticos. El apoliticismo de los sindicalistas franceses de anteguerra contenía ambos elementos: era un error teórico y una contradicción (contenía el elemento "soreliano" y el elemento de concurrencia entre la tendencia anarquista-sindicalista y la corriente socialista. Era, además, consecuencia de los terribles hechos de París de 1871: la continuación, con métodos nuevos y con una teoría brillante, de los treinta años de pasividad (1870-1900) de los obreros franceses. La lucha puramente "económica" no podía disgustar a la clase dominante, sino al contrario. Lo mismo puede decirse del movimiento catalán, que no "disgustaba" a la clase dominante española más que por el hecho de que reforzaba objetivamente el separatismo republicano catalán, produciendo un bloque industrial republicano propiamente dicho contra los terratenientes, la pequeña burguesía y el ejército monárquico. El movimiento turinés fue acusado al mismo tiempo de ser "espontaneista" y "voluntarista" o bergsoniano (!). La acusación contradictoria muestra, una vez analizada, la fecundidad y la justeza de la dirección que se le dio. Esa dirección no era "abstracta", no consistía en una repetición mecánica de las fórmulas científicas o teóricas; no confundía la política, la acción real, con la disquisición teórica; se aplicaba a hombres reales, formados en determinadas relaciones históricas, con determinados sentimientos, modos de concebir, fragmentos de concepción del mundo, etc., que resultaban de las combinaciones "espontáneas" de un determinado ambiente de producción material, con la "casual" aglomeración de elementos sociales dispares. Este elemento de "espontaneidad" no se descuidó, ni menos se despreció: fue educado, orientado, depurado de todo elemento extraño que pudiera corromperlo, para hacerlo homogéneo, pero de un modo vivo e históricamente eficaz, con la teoría moderna. Los mismos dirigentes hablaban de la "espontaneidad" del movimiento, y era justo que hablaran así: esa afirmación era un estimulante, un energético, un elemento de unificación en profundidad; era ante todo la negación de qué se tratará de algo arbitrario, artificial, y no históricamente necesario. Daba a la masa una conciencia "teórica" de creadora de valores históricose institucionales, de

fundadora de Estados. Esta unidad de la "espontaneidad" y la "dirección consciente", o sea, de la "disciplina", es precisamente la acción política real de las clases subalternas en cuanto política de masas y no simple aventura de grupos que se limitan a apelar a las masas.

A este propósito se plantea una cuestión teórica fundamental: ¿puede la teoría moderna⁵ encontrarse en oposición con los sentimientos "espontáneos" de las masas? ("Espontáneos" en el sentido de no debidos a una actividad educadora sistemática por parte de un grupo dirigente ya consciente, sino formados a través de la experiencia cotidiana iluminada por el sentido común, o sea, por la concepción tradicional popular del mundo, cosa que muy pedestremente se llama "instinto" y no es sino una adquisición histórica también él, sólo que primitiva y elemental). No puede estar en oposición: hay entre una y otros diferencia "cuantitativa", de grado, no de calidad: tiene que ser posible una "reducción", por así decirlo, recíproca, un paso de los unos a la otra y viceversa. (Recordar que Kant quería que sus teorías filosóficas estuvieran de acuerdo con el sentido común; la misma posición se tiene en Croce; recordar la afirmación de Marx en la Sagrada Familia, según la cual las fórmulas de la política francesa de la Revolución se reducen a los principios de la filosofía clásica alemana.) Descuidar --y aun más, despreciar-- los movimientos llamados "espontáneos", --o sea, renunciar a darles una dirección consciente, a elevarlos a un plano superior insertándolos en la política, puede a menudo tener consecuencias serias y graves. Ocurre casi siempre que un movimiento "espontáneo" de las clases subalternas coincide con un movimiento reaccionario de la derecha de la clase dominante, y ambos por motivos concomitantes: por ejemplo, una crisis económica determina descontento en las clases subalternas y movimientos espontáneos de masas, por una parte, y, por otra, determina complotos de los grupos reaccionarios, que se aprovechan de la debilitación objetiva del gobierno para intentar golpes de estado. Entre las causas eficientes de estos golpes de estado hay que incluir la renuncia de los grupos responsables a dar una dirección consciente a los movimientos espontáneos para convertirlos así en un factor político positivo. Ejemplo de las Vísperas sicilianas y discusiones de los historiadores para averiguar si se trató de un movimiento espontáneo o de un movimiento concertado: me parece que en las Vísperas sicilianas se combinaron los dos elementos: la insurrección espontánea del pueblo siciliano contra los provenzales --ampliada con tanta velocidad que dio la impresión de ser simultánea y, por tanto, de basarse en un acuerdo, aunque la causa fue la opresión, ya intolerable en toda el área nacional-- y el elemento consciente de diversa importancia y eficacia, con el predominio de la conjura de Giovanni da Procida con los aragoneses. Otros ejemplos pueden tomarse de todas las revoluciones del pasado en las cuales las clases subalternas eran numerosas y estaban jerarquizadas por la posición económica y por la homogeneidad. Los movimientos "espontáneos" de los estratos populares más vastos posibilitan la llegada al poder de la clase subalterna más adelantada por la debilitación objetiva del Estado. Este es un ejemplo "progresivo", pero en el mundo moderno son más frecuentes los ejemplos regresivos.

Concepción histórico-política escolástica y académica, para la cual no es real y digno sino el movimiento consciente al ciento por ciento y hasta determinado por un plano trazado previamente con todo detalle o que corresponde (cosa idéntica) a la teoría abstracta. Pero la realidad abunda en combinaciones de lo más raro, y es el teórico el que debe identificar en esas rarezas la confirmación de su teoría, "traducir" a lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no al revés, exigir que la realidad se presente según el esquema abstracto. Esto no ocurrirá nunca y, por tanto, esa concepción no es sino una expresión de pasividad. (Leonardo sabía descubrir el número de todas las manifestaciones de la vida cósmica, incluso cuando los ojos del profano no veían más que arbitrio y desorden.)

⁵ "teoría moderna= marxismo" (Nota de JT)

Antonio Gramsci, Cuaderno de la Cárcel nº 13 § <33>

Sobre el concepto de partido político. Cuando se quiere escribir la historia de un partido político en realidad hay que encarar toda una serie de problemas mucho menos simples de lo que cree, por ejemplo Robert Michels, que sin embargo es considerado un especialista en la materia. ¿Qué será la historia de un partido? ¿Será la mera narración de la vida interna de una organización política? ¿Cómo nace, los primeros grupos que lo constituyen, las poéticas ideológicas a través de las cuales se forma su programa y su concepción del mundo y de la vida? En ese caso se trataría de la historia de grupos restingidos de intelectuales y a veces de la biografía política de un individuo aislado. El marco del cuadro, por lo tanto, tendrá de ser más amplio y global. Deberá hacerse la historia de una determinada masa de hombres que habrá seguido a los promotores, los habrá apoyado con su confianza, con su lealtad, con su disciplina, o los habrá criticado “realísticamente” dispersándose o permaneciendo pasivos frente a algunas iniciativas. ¿Pero estará constituida esta masa solamente por afiliados al partido? ¿Será suficiente seguir los congresos, las votaciones, etcétera, o sea todo el conjunto de actividades y de modos de existencia con que una masa partidaria muestra su voluntad? Evidentemente habrá que tener en cuenta el grupo social del que el partido dada es expresión y parte más avanzada: la historia de un partido, pues, no podrá dejar de ser la historia de un determinado grupo social. Pero este grupo no está aislado: tiene amigos, afines, adversarios, enemigos. Sólo del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y a menudo incluso con interferencias internacionales) se desprenderá la historia de un determinado partido, por lo que puede decirse que escribir la historia de un determinado partido significa lo mismo que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para poner de relieve un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso en la medida en que su particular actividad haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país.

He aquí pues que del modo de escribir la historia de un partido de desprende qué concepto se tiene de lo que es un partido o lo que debe ser. El sectario se exaltará en los detalles internos, que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo; el historiador, aún dando a cada cosa la importancia que posee en el cuadro general, pondrá el acento en la eficiencia del partido, en su fuerza determinante, positiva o negativa, en el haber contribuido a crear un acontecimiento y también en el haber impedido que otros acontecimientos se realicen.

Antonio Gramsci, Cuaderno de la Cárcel nº 15 § <55>

Pasado y presente. Una de las manifestaciones más típicas del pensamiento sectario (pensamiento sectario es aquél por el que no se logra ver cómo el partido político no es sólo la organización técnica del partido mismo, sino todo el bloque social activo del cual el partido es la guía porque es la expresión necesaria) es aquella por la que se considera poder hacer siempre ciertas aun cuando la “situación político-militar” haya cambiado. Fulano lanza un grito y todos aplauden y se entusiasman; al día siguiente, la misma gente que aplaudió y se entusiasmó al oír lanzar aquel grito, finge no oír, se aleja, etcétera; al tercer día la misma gente reprende a Fulano, le insulta e incluso lo golpea y lo denuncia. Fulano no entiende nada; pero Mengano que ha mandando a Fulano, reprende a Fulano por no haber gritado bien, o por ser un miserable y un incapaz etcétera. Mengano está convencido de que aquel grito elaborado por su excelentísima capacidad teórica, debe siempre entusiasmar y arrastrar, porque su camarilla los presentes siguen fingiendo que se entusiasman etcétera. Sería interesante describir el estado de ánimo de estupor e [incluso] de indignación del primer francés que vio rebelarse al pueblo siciliano de las Vísperas.

Els Arbres de Fahrenheit

Biblioteca de ciències socials d'**espai Marx**